

El edificio de las letras

Y EL MODO DE USAR DE ELLAS

Discursos del rector
José Ramón Busto Saiz S.J.

2002
2012



EL EDIFICIO DE LAS LETRAS
Y EL MODO DE USAR DE ELLAS

EL EDIFICIO DE LAS LETRAS Y EL MODO DE USAR DE ELLAS

Discursos del rector
José Ramón Busto Saiz S. J.
(2002-2012)



2012

Servicio de Biblioteca. Universidad Pontificia Comillas de Madrid

BUSTO SAIZ, José Ramón (1950-)

El edificio de las letras y el modo de usar de ellas : discursos del rector José Ramón Busto Saiz S.J.(2002-2012) / [presentación Cristina Gortázar Rotaache, Antonio Obregón García]. -- Madrid : Universidad Pontificia Comillas, 2012. -- 182 p.
ISBN 978-84-8468-466-4

1. Universidad Pontificia Comillas 2. Discursos académicos 3. Misceláneas 4. Enseñanza superior
I. Título

Esta editorial es miembro de la Unión de Editoriales Universitarias Españolas (UNE), lo que garantiza la difusión y comercialización nacional e internacional de sus publicaciones



© 2012 UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS
Universidad Comillas, 3
28049 Madrid

Diseño de cubierta: Belén Recio Godoy

ISBN: 978-84-8468-466-4
Depósito Legal: M-39969-2012

Maquetación e impresión: Imprenta Kadmos

Reservados todos los derechos. Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier sistema de almacenamiento o recuperación de la información, sin permiso escrito de la UNIVERSIDAD PONTIFICIA COMILLAS.

“Siendo el escopo que derechamente pretende la Compañía ayudar las ánimas suyas y de sus prójimos a conseguir el último fin para que fueron criadas, y para esto, ultra del ejemplo de vida, siendo necesaria doctrina y modo de proponerla, después que se viere en ellos el fundamento debido de la abnegación de sí mismos y aprovechamiento en las virtudes que se requiere, será de procurar el edificio de letras y el modo de usar de ellas, para ayudar a más conocer y servir a Dios nuestro Criador y Señor. Para esto abraza la Compañía los colegios y también algunas universidades...”
(Constituciones de la Compañía de Jesús, 307)



ÍNDICE

Presentación	13
Discurso de entrada en cargo.....	19
Día de la comunidad universitaria (2003).....	25
Acto de graduación del curso 2002-03	31
Apertura del curso 2003-04.....	35
Día de la comunidad universitaria (2004).....	43
Homilía pronunciada en la eucaristía celebrada en la universidad por las víctimas del atentado terrorista del 11 de marzo de 2004	49
Acto de graduación del curso 2003-2004	53
Apertura del curso 2004-05.....	57
Día de la comunidad universitaria (2005).....	65
Acto de graduación del curso 2004-05	71
Apertura del curso 2005-06.....	75
Día de la comunidad universitaria (2006).....	85
Acto de graduación del curso 2005-2006	89
Apertura del curso 2006-07.....	93
Día de la comunidad universitaria (2007).....	99
Acto de graduación del curso 2006-2007	105
Apertura del curso 2007-08.....	109

Saludo para el día de la comunidad universitaria (2008)	117
Acto de graduación del curso 2007-08	119
Apertura del curso 2008-09. Año centenario del ICAI	123
Día de la comunidad universitaria (2009).....	129
Acto de graduación del curso 2008-09	133
Apertura del curso 2009-10	137
Día de la comunidad universitaria (2010).....	141
Acto de graduación del curso 2009-2010	147
Apertura del curso 2010-11 en el quincuagésimo aniversario de ICADE	151
Día de la comunidad universitaria (2011).....	159
Acto de graduación del curso 2010-11	165
Apertura del curso 2011-12	169
Día de la comunidad universitaria (2012).....	175
Despedida en el cargo de rector	179

PRESENTACIÓN

Como signo de reconocimiento y de agradecimiento, pero, ante todo, debido a la profundidad de su mensaje y la conveniencia de fijarlo y difundirlo, la Universidad ha considerado pertinente la publicación de la mayor parte de los discursos pronunciados por José Ramón Busto Saiz S.J. como Rector de la Universidad Pontificia Comillas. De esta manera, además, adquiere continuidad una práctica iniciada al término de los rectorados de los Padres Guillermo Rodríguez-Izquierdo Gavala y Manuel Gallego Díaz, cuyos discursos fueron, asimismo, objeto de publicación por parte de la Universidad. También ha sido costumbre que la presentación del libro se confiase a algún miembro de sus sucesivos equipos de dirección, encomienda que recibimos con cierta emoción y no menos alegría, aplicándonos complacidos a esta tarea de hacer constar la gratitud de la comunidad universitaria hacia quien ha sido su Rector durante más de nueve años.

En todo caso, creemos que los textos que a continuación se reproducen testimonian el juicio expresado por su sucesor y actual Rector, Julio Martínez Martínez S.J., en su entrada en cargo el 23 de abril de 2012, al calificar la labor y la persona del P. José Ramón Busto como la de un magnífico Rector, con un buen gobierno, que ha hecho verdad la fórmula de tal tratamiento oficial mediante una síntesis muy excepcional –que adorna a poquísimos seres humanos– de inteligencia, integridad y entrega, cuya generosidad y disponibilidad inquebrantables lo distinguen como ejemplo de abnegación y de coherencia entre vida y palabras, en una combinación de universitario y jesuita que lo convierte en una gran maestro.

En este sentido, la compilación de los discursos de José Ramón Busto S.J. constituye un legado meritorio que, además, ganará valor con el devenir del tiempo ya que –con prosa rica y contundente– retrata en buena manera el

transcurso de los días de nuestra sociedad en la práctica totalidad de la primera década del siglo XXI. No escapa a este texto casi ninguno de los acontecimientos que urgían nuestro presente, pero, además, se encuentra trufado de sabrosas referencias históricas que, a modo de oportunas citas estructurantes, son traídas con habilidad para ilustrar sus pensamientos o consejos, y cómo no, entreverada, se nos regala una casi constante invitación a abrirnos a lo trascendente.

Esta antología tiene un título que, aunque con otro origen y otra intención, parece hacer un guiño al nuevo edificio del campus de Canto Blanco, que bien pudiera ser de las letras por las Facultades que allí tienen su sede (Teología y Ciencias Humanas y Sociales, antiguamente denominada de Filosofía y Letras), y que se ha estrenado, justamente, el último curso en el que José Ramón Busto S.J. es Rector de Comillas (2011-2012). En cuanto al “modo de usar de ellas” cabe decir que, durante todos estos años, José Ramón Busto S.J. nos ha dado buena muestra de cómo utilizarlas: “Los primeros jesuitas entendían que el cultivo de las letras se encontraba estrechamente relacionado con la virtud” (una idea popularizada por Petrarca), de ahí la importancia que la Compañía ha dedicado desde sus orígenes a los colegios y universidades (p. 77). Y como Rector ha tenido letras para todos los miembros de la comunidad universitaria; letras claras y certeras, letras llenas de significado, ya que como él mismo nos ha dejado dicho: “imperceptiblemente las palabras se van tiñendo de connotaciones más allá de su significado propio porque al usar las palabras las vamos cargando de valores” (p. 67). Nos habla el profesor, el investigador, el sacerdote, el jesuita; nos habla a todos o a un grupo concreto: profesores, investigadores, personal de administración y servicios, personal que alcanza la edad de jubilación, jóvenes doctores, alumnos, antiguos alumnos, patronos, etc.

Desde su discurso de entrada en el cargo de Rector, José Ramón Busto S.J. nos convoca a los miembros de la Comunidad Universitaria a que “reavivemos la ilusión”, en nuestro quehacer diario, para “poner lo mejor de nosotros mismos al servicio de la obra común” y, a tal efecto, nos propone que empecemos por “evocar... el anhelo” en cuantos nos rodean de la belleza y trascendencia de la labor a acometer (p. 19); que juntos, el Rector y la comunidad universitaria, podamos “alentar ilusiones, discernir deseos, resolver dificultades y acariciar ideas acerca del servicio que cada uno presta” (p. 22). Nos recuerda que la identidad de Comillas como Universidad Católica y de la Compañía de Jesús –lo repetirá en el discurso de despedida– está en su necesaria calidad y cualidad; finalmente, nos participa que él inicia su cargo con la ilusión renovada de con-

tribuir a que la universidad proporcione a la sociedad un horizonte de sentido, que la haga crecer en verdad, justicia y libertad. Precisamente, ésta es una de sus obras principales en estos años como Rector: la Universidad se ha hecho más Universidad, al tiempo que ha consolidado y reforzado su identidad.

Nueve años y cuatro meses después, cuando cesa como Rector de Comillas, comparte con nosotros que sus días al frente del rectorado también a él –como se puede leer en el libro de Job (cf. Job 7,1.6)– le han pasado “como los de un jornalero (...) que corren más que la lanzadera” (p. 179) y nos descubre una confesión bonita y sencilla: todos estos días ha sido feliz porque ha desempeñado un buen servicio, por lo que da gracias a Dios que le ha proporcionado la salud y el ánimo que ha precisado. Sin embargo, ni él ni nosotros olvidamos todo lo que han traído esos días, semanas y meses que a él le han pasado “como la lanzadera”, pero que han supuesto la refundación de nuestros títulos universitarios por las exigencias del Espacio Europeo de Educación Superior (el denominado “proceso de Bolonia”), de modo que –utilizando el símil tantas veces empleado por el Rector– hemos vivido poseídos por el síndrome de Penélope, tejiendo y destejiendo el tapiz, al albur de las solicitudes de hasta cuatro legislaciones civiles distintas en nueve años. Al mismo tiempo que dedica buenas palabras para su sucesor, P. Julio Martínez, y agradece a todos los miembros de la comunidad universitaria su trabajo y su ilusión, realiza una breve rendición de cuentas, reconociendo que ha tenido un comportamiento justo y diciendo con Samuel (1Sam 12,1-5): “¿A quién he oprimido o a quién he hecho mal? ¿De quién he aceptado soborno para hacer la vista gorda a su caso?”, a lo que los miembros de la comunidad universitaria podríamos responder con palabras semejantes a las de los israelitas: “No nos has oprimido, ni nos has maltratado, ni has aceptado nada de nadie” (p. 181). Como se decía al comienzo, la integridad personal ha sido un aspecto incuestionable de la conducta de José Ramón Busto.

Entre ese primer y último discurso, podemos leer otros veintinueve: casi todos de Apertura del curso académico respectivo, de celebración del Día de la comunidad universitaria y de Acto de graduación de los alumnos; a los que se añaden la Homilía pronunciada durante la Eucaristía celebrada por las víctimas de los atentados terroristas del 11 de marzo de 2004 y una Nota de saludo, enviada en 2008, para sumarse a nosotros en la festividad de Santo Tomás de Aquino cuando se encontraba en Roma participando en la Congregación General 35ª de la Compañía de Jesús.



El lector comprobará cómo José Ramón Busto S.J. nos alerta contra la rutina y el tedio, ya que nuestros actos son únicos e irrepetibles: “el tiempo que se nos ofrece no volverá” (p. 137) y, además, “poseen una densidad definitiva y un valor eterno” (p. 35). Asimismo, en todo momento (y no sólo con las palabras, sino con su propio ejemplo de entrega y dedicación) nos trata de impregnar la cultura del esfuerzo: “sólo en el diccionario el éxito aparece antes que el trabajo” (p. 44); en nuestro escudo –nos dice– se representa un león con trece garras que “no solo es recuerdo curioso del Papa fundador, sino que ha de ser para nosotros símbolo del aliento que anima a la institución fundada y del compromiso de quienes empeñamos en ella lo mejor de nuestro esfuerzo” (p. 36).

Nos señala con el Padre Kolvenbach S.J. que el conocimiento no es neutro, porque éste implica valores y una concepción del ser humano (p. 111). Nos exhorta a contagiar a nuestros alumnos la pasión por la búsqueda de la verdad –frente a la apariencia de verdad– pero nos advierte sobre la importancia de nuestro ejemplo: “Formar significa transmitir –como por contagio– los valores en los que se vive”, más allá del programa hemos de enseñar a los alumnos a ser mejores personas poniendo experiencia y generosidad al servicio de su formación (p. 40). Con el Padre Arrupe S.J. nos invita al empeño por la verdadera calidad, que no consiste en “ser mejor que nadie” sino en ser capaz de “servir mejor” (p. 100).

En diferentes ocasiones nos menciona que la pedagogía universitaria del denominado Proceso de Bolonia no nos es nueva ni desconocida, pues la enseñanza de la Compañía de Jesús desde sus orígenes estuvo basada en una pedagogía centrada en la participación del alumno y en el aprendizaje práctico (*utilitas*); pero además, la educación jesuítica se sustentó y se sustenta también en la formación integral de la persona (*humanitas*); en el servicio a los más desfavorecidos (*iustitia*) y en la apertura a lo trascendente (*fides*). Dicho esto, no pocas veces nos repite que los rasgos y valores de nuestra identidad no se imponen a nadie sino que se proponen a todos, idea que constituye trasunto de su propia personalidad –forjada en el estilo de la Compañía de Jesús–, tan tajante en su esencia como enorme, radical, cordial y anímicamente respetuosa con la libertad de los demás.

Sabiamente y como proyección de su propia abnegación, nos explica respecto a las etapas de nuestra vida académica –fiel reflejo de las de la vida humana en todas sus facetas–, que “la existencia humana parte apoyada del empuje y entusiasmo que genera la fuerza vital de la juventud, se acrisola luego frente a

las dificultades, tiene que luchar para no perder la esperanza y se va abriendo a los otros al tiempo que da paso a la generosidad” (p. 46).

Así, a los profesores e investigadores propios de Comillas nos explica que tenemos una relación mutua de “pertenencia” con respecto a nuestra Universidad (p. 25); que nuestras promociones no son sólo una categoría académica que se adquiere sino principalmente una responsabilidad para servir más y mejor, para estar más disponibles, más entregados a la tarea común. Nos aconseja que, como Santo Tomás de Aquino, seamos innovadores y críticos de nuestra propia docencia e investigación; asimismo, nos recuerda que el profesor no puede engañarse “pensando que él enseña bien cuando el alumno aprende mal o no aprende” (p. 138). Respecto de nuestra faceta de investigadores nos repite que hemos de investigar “avanzando al sol y a la fatiga” (p. 64) volcando nuestro tiempo y motivación (aun cuando en ocasiones pueda faltarnos infraestructura).

A los egresados, en la entrega de las becas e insignias de Comillas, les habla de la satisfacción por trabajo bien hecho y de cómo su principal aprendizaje en su universidad ha sido, ante todo, intentar cada día ser mejores personas: “Algo anida en el corazón del hombre que le anima a caminar hacia delante y hacia mejor” (p. 31-2). Ese pensamiento es particularmente entrañable en el P. José Ramón Busto, puesto que, con un punto de ingenuidad inusual en un hombre de su perspicacia, siempre tiende a pensar bien de los demás, ahuyentando maledicencias y promoviendo una actitud compasiva hacia el ser humano. Por ello anima a los estudiantes a que aprovechen el día en un *¡Carpe Diem!* con acento diferente al habitual: “Aprovechad cada día. No dejéis pasar un solo día de vuestra vida sin haber mejorado un poco, sin sentirnos felices porque os habéis esforzado por hacer el bien” (p. 91). Les empuja a luchar por la libertad de todos, libertad que no consiste en elegir entre dos posibilidades sino que es “sencillamente la capacidad de hacer el bien...No hay verdadera libertad más que en el servicio del bien y de la justicia. Pues elegir el mal no es libertad sino cautiverio” (p. 73). Les recuerda, con el Padre Arrupe S.J., que nuestra tarea es formar hombres para los demás y, con Séneca, que el hombre es algo sagrado para el hombre (*homo homini sacra res*), así como, con Virgilio, que la suerte favorece a los valientes (*Audaces fortuna iuvat*, p. 136).

José Ramón Busto nos ha animado a que busquemos la felicidad con el significado que tiene la felicidad como vocación hacia una meta, no tanto como un estado en posesión. Entiende con Aristóteles que la felicidad terrenal se identifica con la *areté*, término griego a medio camino entre virtud y excelencia

(p. 85); y comparte con nosotros que no hay tanta diferencia entre utopía y realidad, que podemos hacer como El Quijote y tratar de construir la Universidad (o nuestra vida en la tierra) tal y como la deseamos: “píntola (a la señora de sus pensamientos) en mi imaginación como la deseo” (p. 65).

Por fin, como decíamos al comienzo de estas líneas, a todos nos ha propuesto –que no impuesto– que cultiváramos la dimensión de lo trascendente con pensamientos tan dignos de quedar como el siguiente: “El empeño de la humanidad no se agota en esta vida que parece sino que el hombre trabaja a veces sin saberlo para la eternidad. Si los esfuerzos que la humanidad lleva milenios acumulando en la tierra, generación tras generación, en último término, solo condujeran a los hombres a la nada, seríamos dignos de lástima y difícilmente podríamos escapar de la desesperación. Pero gracias a Dios no es así; todo lo bueno, lo justo, lo decente que construimos en esta vida lleva en sí la semilla de lo eterno” (p. 167).

Terminamos con otro testimonio. José Ramón Busto S.J. asistió en 2010, en Ciudad de México, a una reunión de más de 200 universidades e instituciones de enseñanza superior dirigidas por la Compañía de Jesús, para discutir en torno a los “Retos para la formación superior jesuítica en el mundo globalizado de hoy”. En el marco de un ambiente verdaderamente satisfactorio –fueron días en que por el alma corría aire fresco– y, tras una Eucaristía presidida por el Padre General, José Ramón Busto –contagiado por el entorno de alegría y autenticidad– se allanó en una sobremesa a hacer una confidencia: contó que siendo adolescente rezaba a Dios y le pedía “dame, Padre, un corazón bueno y el don de la sabiduría”. Podemos pensar, quienes hemos repasado sus escritos y, sobre todo, lo hemos acompañado de cerca en sus actos, que Dios ha escuchado a ese niño en oración, pues bondad y sabiduría abundan en José Ramón Busto, S.J.

Madrid, 19 de noviembre de 2012

Cristina Gortázar Rotaeché
Antonio Obregón García

DISCURSO DE ENTRADA EN CARGO

Quiero comenzar expresando mi agradecimiento personal a cuantos han hecho posible que hoy me encuentre aquí por la confianza sin medida que han puesto en mí. Aunque no voy a citar a todos los que debo, sí debo agradecimiento a todos los que menciono. Primero, a la propia Universidad, representada en su Senado, que desde el año 1984 me ha incluido siempre en las quinas elaboradas para el nombramiento de Rector, al P. Provincial de España y a su Consulta que ha propuesto mi nombramiento, al Padre General de la Compañía de Jesús que me ha nombrado y a las autoridades de la Congregación para la Educación Católica de la Santa Sede que han confirmado el nombramiento. Quiero dar las gracias de modo especial al Sr. Nuncio de Su Santidad en España D. Manuel Monteiro de Castro, que nos acompaña en este acto, y al Sr. Arzobispo de Madrid, Cardenal D. Antonio María Rouco, representado en este acto por D. Eugenio Romero, por la acogida favorable que ha tenido en ellos la propuesta de mi nombramiento. No quiero alargarme en este capítulo de agradecimientos. Baste decir que la hondura de mi reconocimiento es comparable a la concisión con que la expreso.

Al buscar las palabras para dirigirme ahora a todos los que como docentes, personal de administración y servicios o alumnos, formamos esta Universidad Pontificia Comillas me han venido a la memoria unas palabras de Antoine de Saint-Exupéry en una de sus obras menos conocidas, publicada tras su muerte. Escribió: “Si quieres construir un barco, no empieces por buscar madera, cortar tablas o distribuir el trabajo, sino que primero has de evocar en los hombres el anhelo del mar libre y ancho”. En esta mi primera intervención ante los miembros de la comunidad universitaria no voy a hablar de cortar tablas o de distribuir el trabajo. Quiero sencillamente convocaros –me permitís el tú– a reavivar la ilusión para poner lo mejor de vosotros mismos al servicio de un proyecto

común. Es evidente que para que el barco de la Universidad, que ya tenemos construido, continúe su singladura tendremos que hablar de maderas, jarcias, tripulación y timón. Y tendremos que hablar todos. Pero hoy, que, por exigencias del guión, vais a permanecer en silencio quiero que mis primeras palabras como rector a cuantos constituimos esta Universidad sirvan para despabilar en vosotros la esperanza y la ilusión.

Como nos recordó el P. Manuel Gallego en el acto de apertura de curso, este año nuestra Universidad, de existencia más que centenaria, cumple veinticinco años en su actual configuración. Es decir, hace 25 años que se unieron las Facultades Eclesiásticas de la originaria Universidad Pontificia de Comillas, trasladada a Madrid unos años antes, con el ICAI y el ICADE para dar lugar a la actual Universidad Pontificia Comillas de Madrid, que ha ampliado durante estos años sus centros, titulaciones, y actividad. Es, quizá, una casualidad o, mejor dicho, un designio providencial del Señor que conduce nuestras vidas, del que yo quiero extraer algún valor simbólico, que en este curso también yo cumplo los 25 años como profesor en la Universidad. Durante este tiempo la Universidad se ha consolidado, gracias en gran medida al trabajo desarrollado por todos vosotros; los últimos años bajo la dirección del P. Manuel Gallego y sus equipos de gobierno. Por citar sólo algunas de las realizaciones importantes quiero aludir al esfuerzo de integrar en una única Universidad centros con tradiciones y solicitudes tan distintas, el camino recorrido para expresar una imagen unitaria de la Universidad, la renovación de sus Estatutos y la aprobación reciente de su Reglamento General, que deben servir para lograr un funcionamiento ágil y coherente de todos los estamentos y funciones universitarias, la redacción del Proyecto Educativo de la Universidad, el crecimiento, organización y mejora de los servicios de la Universidad, y, últimamente, el hecho de que la Universidad se haya dotado de un Plan Estratégico que marcará –pero no agotará– su caminar en los próximos años.

El simbolismo de los 25 años me ayuda para compartir con vosotros la sensación que tengo de iniciar una nueva etapa en mi vida académica y personal y me gustaría que también fuera así para la Universidad. Etapa nueva cuya construcción ha de basarse, en parte, en la continuidad, pero que sólo podremos recorrer con éxito con los ojos puestos en la innovación. La Universidad habrá de responder a nuevas exigencias que le vienen marcadas desde fuera, pero también deberá señalarse nuevas metas, alentadas por su dinámica interna y nacidas de lo que esta Universidad –como Universidad de la Iglesia y de la Compañía de Jesús– siente como su identidad y su misión. No voy a hacer un

elenco de unas y otras. Sólo quiero señalar que tanto las exigencias exteriores como la propia dinámica interna confluyen en aspectos importantes señalando algunos de los caminos por donde debemos avanzar. Hemos de ser capaces de dar una respuesta creativa y fecunda al nuevo marco legal, que se va a ir estableciendo como consecuencia de la aprobación de la Ley Orgánica de Universidades (LOU) y de mantenernos en el espacio universitario español al tiempo que colocarnos adecuadamente en el europeo. Todo ello en unos años en que el descenso previsto de los alumnos universitarios en España va a obligar a todas las Universidades a esforzarse aún más por la competitividad de su oferta. Estas exigencias nos marcan el camino de la calidad. Pero la palabra calidad es una variante fonética del término cualidad. La dinámica interna de la Universidad y la fidelidad a su origen plural –en Comillas y en Areneros– nos exigen el esfuerzo por la formación integral de nuestros estudiantes y por la promoción de una comunidad universitaria en la que la acción de todos los que la componen, alumnos, personal de administración y servicios y profesores se deje presidir por los valores del humanismo cristiano. La Compañía de Jesús, que nació en la Universidad de París, considera que el trabajo universitario en su triple dimensión de hacer avanzar el conocimiento, transmitirlo y prestar a la sociedad los servicios para los que su competencia intelectual le capacita, es ya realización de su propia razón de ser al servicio la misión de Cristo, si se realiza desde los valores que le inspira el Evangelio y contribuye así a que el hombre realice su más último destino. Os agradezco vuestra dedicación a cuantos lleváis años poniendo vuestra sabiduría y vuestro esfuerzo al servicio de esta Universidad y, al tiempo que os lo agradezco, quiero convocaros de nuevo a reavivar vuestro compromiso ilusionado con esta empresa.

Durante la etapa que ahora se cierra para mí, he ejercido como profesor de la Facultad de Teología durante un cuarto de siglo, de los cuales 11 años he sido decano de esa Facultad –un catalán hubiera dicho, en expresión feliz “he hecho de decano de la Facultad”–. Me gustaría, mientras “haga de rector” de nuestra Universidad, continuar la experiencia vivida en mi Facultad, al menos en dos aspectos que voy a compartir ahora con vosotros. Creo que todos los que formamos parte de la Facultad de Teología nos hemos relacionado de modo cercano, humano e, incluso, fraterno, es decir, una relación de encuentro entre personas y no de meras relaciones entre funciones. Esto no resta rigor a los planteamientos, eficacia a la labor ni responsabilidad a las personas. Al contrario, los potencia. Creo también que esa relación, que no dudo en calificar de entrañable, debía no poco de la posibilidad de su existencia a la

conciencia de cuantos trabajamos en la Facultad –en gran medida secundada también por los alumnos– de sabernos al servicio de una obra común, más que construyendo un legítimo pero individual proyecto personal o de grupo. Creo que esa conciencia de trabajar al servicio de una obra común debe presidir toda la actuación de nuestra Universidad: desde su gobierno y su gestión económica hasta las actuaciones de cada departamento y cada servicio pasando por los programas docentes e investigadores de todos los centros. A esta doble tarea: que unas relaciones humanas cercanas de cuantos constituimos la comunidad universitaria sirvan de base al trabajo diario de todos y a poner ese trabajo diario al servicio de la obra común me comprometo y os convoco.

Por lo que a mí toca –permitidme una confidencia personal–, recibí con disponibilidad, como misión de la Compañía, el cargo de decano en un momento en que no era la tarea en la que más deseaba ocupar mi tiempo, porque prefería dedicarme a la investigación que a la gestión. Ahora, sin embargo, recibo el cargo de rector de la Universidad también como misión de la Compañía y de la Iglesia y, por tanto, con la misma disponibilidad. Pero lo recibo con esperanza y con una renovada ilusión que durante estos últimos años ha generado en mí, el contacto cada vez más cercano y más frecuente con muchas personas que enseñan o trabajan en otros centros y servicios distintos de mi Facultad en los que he palpado vuestra competencia y vuestro compromiso, al tiempo que me he beneficiado de vuestros servicios y he disfrutado de vuestra amistad. Con aquella disponibilidad antigua y con esta ilusión nueva, desde este momento me pongo al servicio de la Universidad y a vuestra disposición. Para ello deseo que mi despacho esté siempre abierto a cada miembro de la comunidad universitaria de modo que juntos podamos alentar ilusiones y discernir deseos, resolver dificultades y acariciar ideas acerca del servicio que cada uno presta y de los caminos que la Universidad recorre.

Pero la comunidad universitaria no la formamos sólo los que trabajamos o estudian en la Universidad. Se amplía a los antiguos alumnos, los padres y familias de alumnos y profesores, a quienes nos ayudan y cooperan con la Universidad y aquellos a los que nosotros servimos o ayudamos. También a todos ellos, especialmente a los antiguos alumnos y a los patronos de la Fundación Universitaria Comillas-ICAI quiero dirigirles una palabra de ofrecimiento y de petición. En la línea de lo que ya se venía haciendo deberemos intensificar y hacer más fluidas las relaciones entre nuestra Universidad y su entorno social. La Universidad sirve a la sociedad con la preparación de profesionales, y suministrándole instrumentos para hacer más humanas y liberadoras las

relaciones entre los hombres y para dominar la naturaleza al tiempo que la sociedad demanda a la Universidad, cada vez más, esos servicios. Pero es preciso que la Universidad proporcione a la sociedad un horizonte de sentido y una reflexión cuya necesidad no siempre es percibida ni demandada. Empeñaremos nuestro esfuerzo en ofrecer a la sociedad aquello que necesite de nosotros, pero también todo lo que, aunque, a veces, a la sociedad le parezca que no lo necesita o que no es muy importante, nosotros como Universidad Católica de la Compañía de Jesús, pensemos que va a ayudar a la sociedad a crecer en verdad, justicia y libertad.

Creo que, además de intensificar y profundizar en lo que viene haciendo por nuestro entorno social más cercano, nuestra Universidad puede ofrecer servicios más significativos a la Iglesia española en su conjunto. Prestar apoyo a los obispos diocesanos, desde la tarea estrictamente universitaria, es uno de los compromisos incluidos en la profesión de fe que ante el libro de los Evangelios he pronunciado esta mañana. También ayudará establecer lazos más estrechos, hasta llegar a trabajar en red en aquellos aspectos que parezca conveniente, con los otros centros universitarios de la Compañía de Jesús de España tal como nos han pedido los PP. Provinciales. Además, en la línea de que lo que ya venimos haciendo, quizá debamos aprovechar mejor las ocasiones de potenciar nuestra cooperación al desarrollo con los países latinoamericanos, lo que no necesariamente significa llevar profesores allá sino también traer alumnos aquí, desarrollando así en nuevas y distintas circunstancias histórico-sociales algunos aspectos de nuestros fines fundacionales: en concreto, el compromiso latinoamericano de la originaria Universidad nacida en la villa cántabra y la profunda conciencia social del ICAI surgido en Areneros. De estos deseos de ampliar nuestro servicio a la sociedad de nuestro entorno, a los países de América Latina y, como Universidad Católica, a la Iglesia española brota mi petición a cuantos desde la sociedad estáis en estrecha relación con esta Universidad: necesitamos vuestro apoyo y vuestra ayuda. La Universidad es Universidad no sólo por que se estudian todas las ciencias sino porque vive y actúa gracias al esfuerzo de todos. Nuestra Universidad está dispuesta a una mayor y mejor presencia social y, en su nombre, os pido vuestra colaboración para lograrlo, ayuda que ya desde ahora os agradezco.

Voy a terminar. Estamos celebrando este acto en la fiesta de S. Francisco Javier, exactamente el día en que se cumplen 450 años de su muerte a las puertas de China, que quería ganar para el evangelio. Probablemente entre todos los primeros jesuitas es Francisco Javier, aquel universitario de París, en

quien resaltan de modo más patente la generosidad en la entrega de la vida, la amplitud de miras y horizontes y la capacidad de asumir todo el riesgo personal necesario para sacar adelante causas que merezcan la pena. Nuestra misión universitaria –y en esta Universidad, en concreto–, es sin duda una de esas causas que merecen la pena. Por eso, pido al Eterno Señor de todas las cosas, por intercesión de nuestra Madre la Virgen María, que nos conceda la generosidad y amplitud de miras de Francisco Javier, que nos haga capaces de arrostrar el riesgo de salir de nuestro propio amor, querer e interés en servicio de la misión universitaria que está en las manos de todos nosotros y que bendiga la entrega de nuestras personas al trabajo haciéndola fecunda para el servicio de la sociedad y de la Iglesia.

Muchas gracias por vuestra atención.

3 de diciembre de 2002

DÍA DE LA COMUNIDAD UNIVERSITARIA (2003)

Dejó escrito Hesiodo que una vida sin fiestas era como un camino sin posada. Celebramos hoy la fiesta de la comunidad universitaria que viene a ser como posada donde hacer un alto en el camino para echar cuenta del trecho recorrido y para animarnos, tras tomar un poco de aliento, a remontar nuevos repechos. Echando la vista atrás festejamos los logros de muchos miembros de la comunidad universitaria. Durante el año 2002 veintisiete de nuestros alumnos de tercer ciclo han alcanzado el grado de doctor. A ellos nuestra enhorabuena y el deseo de los mejores éxitos para su vida profesional y académica y a nosotros la satisfacción de constatar el desarrollo en número y calidad de las tesis doctorales defendidas en la Universidad durante los últimos años.

Desde el Día de la Comunidad Universitaria que celebramos el año pasado se han incorporado como propios en la categoría de adjuntos veinticinco profesores en distintas Facultades y Escuelas. Como profesores propios, la Universidad os considera, en cierto sentido, propiedad suya. Sois de la Universidad porque la Universidad no podría llevar a cabo sus funciones ni lograr sus objetivos sin vosotros y porque sois los profesores propios quienes, de modo principal, dentro y fuera de la Universidad expresáis y realizáis lo que ella es. En razonable correspondencia la Universidad os pide que también vosotros la consideréis y la sintáis como algo propio. Vosotros pertenecéis a esta Universidad y esta Universidad os pertenece. Esta mutua pertenencia implica exigencias y fidelidades que Universidad y profesores propios hemos asumir y de cuidar. Ser profesor propio no es sólo ni principalmente una categoría académica ni, mucho menos una prebenda. Es, sobre todo, un compromiso libremente aceptado, que supone una tarea y que exige un mayor servicio. Al tiempo que os doy la enhorabuena os animo a hacer crecer en vosotros el sentido de pertenencia a esta Universidad. Que durante toda vuestra vida académica sintáis cada vez más profundamente que fue una hora buena aquella en la que asumisteis y comenzasteis a ejercer ese servicio y que crezca en vosotros el sentido de pertenencia, la identificación con esta Universidad y sus valores y vuestro compromiso con ella y con cuantos formamos esta comunidad Universitaria.

Somos diez, entre profesores y personal de administración y servicios, los que hemos alcanzado los 25 años de trabajo en la Universidad. Blanca Ruiz, profesora de la Facultad de Derecho y Asesora Jurídica de la Universidad ha

hablado en nuestro nombre, lo que vosotros y yo le agradecemos. Para quienes han cumplido los 25 años de servicio a Comillas un par de palabras más en nombre de la Universidad: la primera es la palabra “gracias” por las capacidades, el esfuerzo y el servicio derrochado y también por el modo como habéis sacado adelante ese trabajo. Quiero agradeceros vuestra generosidad, vuestra entrega a la obra común y la ilusión puesta en las cosas. La segunda palabra es “ánimo” para que olvidando dificultades, problemas o desamores que hayan podido darse en el pasado continuemos con magnanimidad y alegría nuestro servicio a la Universidad y a su misión. No sé si la Universidad nos dará muchas veces las gracias desde hoy hasta que cumplamos los 40 años de servicios, cuando espero que podamos celebrar otra fiesta parecida a ésta. Ahora bien, en el fondo, la Universidad somos nosotros mismos, que, a buen seguro, día a día nos iremos mostrando unos a otros nuestro agradecimiento con nuestro aprecio personal, nuestro apoyo profesional y el calor de nuestras relaciones.

Es natural que el agradecimiento sea más amplio y profundo aún para quienes celebran en este acto, con su jubilación, el final de sus servicios profesionales a la Universidad. Agradezco al profesor Luis García Pascual de la Escuela Técnica Superior de Ingeniería sus palabras con las que ha expresado los sentimientos de quienes llegan al final de su dedicación a la Universidad. Aunque jubilación tiene que ver etimológicamente con júbilo, sin embargo, no es infrecuente que en la fiesta de la jubilación se viertan algunas gotas de melancolía o de tristeza. Concluye vuestra relación laboral con la Universidad pero no acaba ni vuestra relación con la Universidad ni vuestra capacidad de servicio. Como escribió Amiel, “cuando la vida parece que deja de ofrecerse como una promesa, no por eso deja de ser todavía una tarea”. Se os abre por delante una nueva etapa de la vida, en la que de otra manera distinta, pero no menos real ni menos importante queremos –y seguro que podremos– seguir contando con vosotros.

Mi felicitación también para cuantos han obtenido durante el año 2002 alguno de los premios que acabamos de entregar: A quienes han merecido Premio Extraordinario de licenciatura en las distintas titulaciones, a aquellos cuya tesis doctoral se ha hecho acreedora de mención honorífica, a los ganadores de los premios P. Rubio e Ignacio Ellacuría. La vida universitaria no puede entenderse sin la emulación, la creatividad y el servicio, tres ingredientes imprescindibles para alcanzar la calidad. Cuantos habéis recibido hoy alguno de estos premios sois ejemplo y estímulo para todos nosotros. No porque deseemos ser premiados como vosotros sino porque nos animáis a sacar adelante nuestras cosas con la calidad y la perfección con que vosotros habéis hecho las vuestras.

Hemos echado la vista atrás y hemos celebrado logros personales de algunos de los miembros de la comunidad universitaria. Pero os invito a mirar hacia el futuro. Estamos celebrando el día de la comunidad universitaria en la fiesta de Santo Tomás de Aquino, declarado en 1880 patrono de los centros de enseñanza católicos por León XIII, el pontífice fundador de nuestra Universidad. Creo que Tomás de Aquino puede decirnos a los universitarios de hoy alguna palabra útil que nos ayude a afrontar nuestras tareas futuras.

Tomás de Aquino nació en 1224, el siglo en el que en Europa nacen las Universidades que, sin cambios profundos en la concepción de fondo, han perdurado hasta hoy. Desde los 15 años en que comenzó a estudiar en la Facultad de Artes de la Universidad de Nápoles hasta su muerte, poco antes de cumplir los 50, Tomás de Aquino fue un universitario. Estudiante de Filosofía y Teología en París y Colonia, bachiller bíblico y de sentencias –hoy diríamos profesor ayudante– gracias a la recomendación de su maestro Alberto Magno, entre sus 28 y 32 años, escritor enseguida –conservamos opúsculos de sus inicios como docente en Colonia redactados cuando tenía 27 años– más tarde *magister* ó doctor en teología y, desde entonces, reputado maestro, que se disputan Universidades como París, Bolonia, Colonia, Nápoles y el Estudio General de la Corte Pontificia. Hasta hubo de dedicar un tiempo a la gestión como Regente del Estudio General de los dominicos que comenzó a poner en marcha en Nápoles. Sin embargo, nunca se mostró dispuesto a aceptar cargos eclesiásticos –el Papa le propuso nombrarle arzobispo de Nápoles– que le hubieran apartado de la academia. En ella, aunque era ya profesor ordinario a los 32 años, no llegó a cumplir veinticinco de docencia ni tuvo ocasión de alcanzar la jubilación. Pero en los demás aspectos de la vida universitaria, la de Tomás de Aquino no fue muy distinta de la de muchos de nosotros.

En este día de fiesta de nuestra comunidad universitaria no quiero destacar el trabajo ingente de Tomás de Aquino –conservamos 131 obras auténticas– ni voy a hablar de los contenidos de su enseñanza. Sin embargo, sí quiero fijarme en tres rasgos que, a mi modo de ver, justifican que Tomás de Aquino sea el patrono de los universitarios, de todos los universitarios. No sólo de quienes cultivan la metafísica o la teología.

Me parece que en Tomás de Aquino resalta el carácter innovador y crítico de su docencia y de su investigación. Tomás de Aquino no es un repetidor ni se acomoda a los moldes tradicionales ya establecidos. Hoy Tomás de Aquino evoca lo tradicional y su figura puede sonarnos a rancio, quizá. Pero como dice su contemporáneo y discípulo directo Guillermo de Tocco, el primero que

escribió su biografía: “En sus lecciones abordaba nuevas cuestiones, hallaba un modo nuevo y claro de plantearlas, aportaba nuevas razones para resolverlas, de modo que dejaba resueltas las dudas de quienes le oían enseñar cosas nuevas con nuevos argumentos, porque Dios le había iluminado con los rayos de una nueva luz”. Seis veces aparece la palabra “nuevo” en la frase.

Esta capacidad de innovación prueba el talante crítico de Tomás que aplicaba también a su propia obra. A su secretario y colaborador Reginaldo de Piperno, que le instaba a concluir la *Summa Theologica*, después de la crisis psicológica y espiritual que sufrió el 6 de diciembre de 1273 le dijo: “no puedo, pues me parece que todo lo que he escrito es paja”.

Probablemente el rasgo que más caracterice la labor intelectual de Tomás de Aquino es la equilibrada unidad que consigue entre la fe sobrenatural y el uso de la razón. Frente a la enseñanza teológica tradicional, centrada en la aceptación de la revelación, Tomás de Aquino se apoya, con confianza en sus posibilidades, en la razón humana a la que pone a trabajar incansable e incesantemente en la búsqueda de la verdad. Este es el segundo rasgo que quiero subrayar hoy. Tomás es un creyente, quizá también un místico y será reconocido por la Iglesia como santo. Pero Tomás no se limita a dar por sentado aquello que recibe de la revelación. Tomás es especialmente innovador por el lugar que concede al ejercicio de la razón en su sistema. Por eso necesita escribir dos *Summas*. Una de ellas *Contra Gentiles* que opera en tres de sus cuatro partes sólo al nivel de la razón. Caigamos en la cuenta del valor que necesitaba entonces un pensador cristiano para afirmar su confianza en la razón, frente a cuantos la tenían por sospechosa o condenable para la fe, y para atreverse a repensar el aristotelismo, al que los árabes habían dado una forma panteísta y que en algunos sectores de la misma Universidad de París era considerada “la herejía” de la época. Cuando se pensaba que el Espíritu de Cristo no podía reinar donde reinara el espíritu de Aristóteles la genialidad de Tomás de Aquino fue atreverse a pensar el aristotelismo, aceptando su poderosa estructura racional, lógica y metafísica para sacar de ella cuanto el cristianismo podía obtener para comprenderse mejor a sí mismo, pero sin hacerse su esclavo. Pues Tomás no queda prisionero de la competencia de la razón. Sino que ésta se abre al conocimiento de Dios que sólo la experiencia religiosa y orante y la auto-revelación divina pueden dar al hombre.

El tercer aspecto de la obra de Tomás que me gustaría resaltar esta tarde es su interés por el hombre. Es habitual reconocer –y con razón– el talante metafísico de Tomás pero no podemos olvidar la aportación que supuso el pensamiento

de Tomás desde el punto de vista antropológico. La concepción del hombre como razonable y libre, dependiente de Dios y en busca de su último destino se enraíza en la concepción griega y aristotélica pero es renovada por Tomás desde los principios de la revelación cristiana para dar lugar a una concepción nueva del hombre que en gran medida es todavía la nuestra.

Concluyo. Estamos celebrando nuestra fiesta como universitarios. Nos hemos vestido unos ropajes raros cuyo origen se remonta al siglo del nacimiento de las Universidades en el que Tomás vivió. Triste cosa sería que recordáramos a nuestros predecesores sólo por las ropas que vestían y no por el espíritu y la fuerza vital e intelectual que animó su trabajo. Tomás de Aquino es uno de esos antecesores nuestros que se distinguió entre otras cosas por su actividad académica innovadora, por su poner a trabajar su propia razón humana en la busca de la verdad, que en el fondo es sólo una y definitiva aunque percibamos muchos de sus destellos como verdades parciales, y se esforzó en comprender al hombre investigando lo que es, lo que ha de hacer y su último destino.

Muchas gracias.

27 de enero de 2003

ACTO DE GRADUACIÓN DEL CURSO 2002-03

Dejó escrito aquel maestro de oradores que fue Isócrates¹ que los discursos sólo son hermosos si se da en ellos la oportunidad, lo adecuado y lo nuevo.

Hoy es un día de fiesta para vosotros, vuestras familias y también para nosotros, porque alcanzáis con vuestro título la meta de vuestros estudios, que os habíais propuesto. Si volvéis la vista atrás, en el recuerdo aparecen las ilusiones del principio, el esfuerzo continuado a lo largo de los cursos, quizá algún sin-sabor esporádico pero, sobre todo, la satisfacción del trabajo bien cumplido. Durante estos años no sólo habéis ampliado vuestros conocimientos y vuestra capacidad de afrontar las exigencias de lo real, sino que habéis madurado como personas, capaces de derechos y deberes, habéis conocido a otros, alumnos y profesores, os habéis enriquecido con su trato, habéis disfrutado de su amistad y habéis aprendido con ellos a ser mejores. Este es un momento para celebrarlo. Con gusto os doy la enhorabuena en nombre de la Universidad, de vuestros profesores y compañeros y de cuantos con su trabajo en la administración y servicios han contribuido a que vosotros culminarais felizmente la carrera. Al hacerlo me sumo a la alegría de vuestros padres y familiares y sin duda también a vuestra propia satisfacción.

Mi enhorabuena va acompañada de nuestros mejores deseos para vuestro futuro. El libro de la existencia abre para vosotros nuevas páginas. Hasta este momento, en vuestra vida ha predominado recibir. Habéis recibido de vuestros padres, de vuestros maestros en el colegio y en la Universidad, de la sociedad en una palabra. Desde ahora, lo que va a predominar en vuestras vidas es aportar. Vais a comenzar a aportar a la sociedad vuestro esfuerzo, al que aplicaréis vuestras capacidades y vuestra generosidad. Vuestra aportación no puede limitarse a una mera imitación de actitudes y modelos de actuación de las generaciones anteriores sino que la calidad de vuestra contribución a la sociedad se dejará juzgar por la hondura de vuestra creatividad y originalidad y por vuestra capacidad de servicio y fraternidad. La humanidad lleva milenios tratando de alumbrar un mundo nuevo y mejor. Ese ha sido siempre su intento, aunque algunas veces haya retrocedido, por dar pasos atrás, y otras se haya extraviado recorriendo caminos sin salida. Pero algo anida en el corazón del hombre que le

¹ *Contra los sofistas*, Discursos II, Biblioteca Clásica Gredos 1-3.12-18.

lleva a caminar hacia delante y hacia mejor. Es sin duda la llamada de Dios, que nos creó para El, y que nos hace avanzar sin tregua porque sólo en El podremos descansar. A vosotros os toca ahora unir vuestro esfuerzo al de los demás hombres para seguir recorriendo ese camino.

A todos los que hemos sido compañeros vuestros en la Universidad durante estos años, y que continuaremos siéndolo a partir de ahora en que os convertís en antiguos alumnos, nos gustaría que vuestra contribución a la sociedad se dejara guiar por aquello que significan la beca y la insignia que hoy habéis recibido y que son la beca y la insignia de esta Universidad. Espero que durante estos años la Universidad os haya equipado con las competencias de unos excelentes profesionales. Al menos, eso hemos intentado hacer. Si lo hemos conseguido ha sido juntos. Gracias a nuestro empeño pero, sobre todo, gracias a vuestras cualidades personales y a vuestro afán en conseguirlo. Sin embargo, esta Universidad se sentiría medio fracasada si al acabar vuestros estudios hubiera de constatar que solamente ha conseguido formar profesionales o técnicos competentes. Porque el horizonte de esta Universidad es la formación de personas y su misión conseguir que los alumnos que han pasado por sus aulas, cuando las abandonan, sean personas capaces de desarrollar su competencia profesional al servicio de todos, especialmente de quienes más lo necesitan y además que sean capaces de hacerlo trabajando a su lado. En una palabra, hoy habéis recibido las insignias de Comillas que os emplazan a ser hombres para los demás y con los demás y que sólo podréis llevar con legitimidad si ése es vuestro compromiso y vuestra tarea.

Todo esto tiene sus consecuencias. Pero, hoy, en un día de fiesta no quiero cansaros desarrollándolas ni es este el momento de pronunciar la última lección de la carrera. Además vosotros lo conocéis ya y diría muy poco a favor de la Universidad si hubiera que esperar al último día para decirlo. Me vais a permitir, sin embargo, que me fije hoy en uno de los aspectos que se derivan de la misión por la formación integral de la Universidad y que son imprescindibles en el compromiso de ser hombres para los demás.

Me refiero al compromiso por la paz. Me da pie a ello el hecho de que durante este último curso de vuestra carrera haya tenido lugar la guerra de Iraq y también porque en este año 2003 se cumple el cuarenta aniversario de la publicación por el Papa Juan XXIII, a quien conocimos como el Papa bueno, de la encíclica *Pacem in terris*, dedicada precisamente a pedir la colaboración de todos los hombres de buena voluntad, más allá de las diferencias de cultura,

política o religión para aunar voluntades y sumar esfuerzos a fin de construir la paz entre todos los pueblos.

La paz, entendida no sólo como la ausencia de guerra sino como la construcción del mundo querido por Dios, es un fruto maduro cuya cosecha sólo es posible si se prepara y se trabaja por ella desde mucho antes. Para empezar, la paz entre los pueblos se siembra trabajando por la paz con uno mismo, que nace de la aceptación de lo que uno es y tiene, lo que no quiere decir conformismo o indiferencia. Antes, al contrario, la paz ha de nacer de la aceptación gozosa de lo que uno es y de vivirse en una autoposesión reconciliada con las propias capacidades y posibilidades, pero también con las propias limitaciones. De ahí brotan las fuerzas y los impulsos para cambiarse a mejor. La paz brota del amor a uno mismo, porque para vivir en paz es necesario quererse.

Además, como mantenía Juan XXIII en aquella encíclica, la paz es fruto de la justicia. Trabajar por la paz quiere decir esforzarse por el triunfo de la justicia. Para ello es preciso respetar la dignidad de cada persona y eliminar las desigualdades injustas. Siempre. No sólo en aquellos casos en que del triunfo de la justicia, sea yo, los míos o mis intereses quienes salgan beneficiados. La piedra de toque que garantiza la buena ley del trabajo por la justicia se halla en hacer prevalecer el derecho de los demás aunque para ello nosotros mismos hayamos de perder algo. La virtud de la justicia se refracta en nuestra sociedad en otros valores. No hay trabajo por la justicia sin compromiso por la verdad. Donde reina la mentira se hace imposible la justicia y, por tanto, no habrá paz. La manipulación, el disfraz, la falta de transparencia, todo ello hace imposible la paz. Además, la justicia y la libertad se hacen mutuamente posibles. Porque para que triunfe la justicia es necesario alentar la libertad de todos. No sólo la propia o la del propio grupo. Tampoco sólo una mera libertad formal sino la libertad real que sólo existe cuando los hombres, las sociedades y los pueblos disponen de los medios materiales y estructurales que garantizan su realización. Tampoco una libertad entendida sólo como la posibilidad de elegir sino como la capacidad de responder a la propia vocación en la solidaridad con todos los hombres, en una palabra, la libertad como capacidad real de hacer el bien.

Por último, la paz es también fruto de una reconciliación con la naturaleza. Dios nos ha entregado la naturaleza y los bienes de este mundo para que, usándolos, podamos realizarnos en nuestra vocación de hijos suyos y hermanos de todos los hombres. Pero usar no se compadece con abusar. Trabajar por la justicia es respetar el medio ambiente, comprometerse en un desarrollo sostenible,

en una palabra, amar la naturaleza como regalo de Dios y no violentarla por intereses egoístas.

Voy a concluir. Las becas e insignias de nuestra Universidad que hoy habéis recibido os comprometen con estos valores. Durante toda vuestra vida os acompañarán los estudios que habéis hecho e incluso se os identificará frecuentemente por vuestra carrera, que aparecerá al lado de vuestro nombre en vuestra tarjeta de visita. Me gustaría que –no en vuestra tarjeta de visita– sino en vuestro corazón, al lado de vuestra más sentida identidad, figuraran siempre estos valores configurando vuestra personalidad hasta el punto de que cualquiera que se encuentre con vosotros o frecuente vuestro trato, por vuestra forma de ser y de actuar, se acuerde de aquella palabra del evangelio que proclama: “Dichosos quienes trabajan por la paz porque se les reconocerá como hijos de Dios”.

Muchas gracias por vuestra atención.

20, 21 y 22 de junio de 2003

APERTURA DEL CURSO 2003-04

Al comienzo de un nuevo curso, quiero desear a cuantos formamos parte de esta comunidad universitaria un feliz año académico. Feliz porque en él seamos capaces de trabajar con fecundidad por la formación de nuestros alumnos y creciendo nosotros mismos en ciencia, sabiduría y humanidad. Feliz también porque durante este tiempo nuestras relaciones personales, familiares y profesionales se desarrollen de modo gratificante y enriquecedor.

Para que esto sea así es preciso que, por nuestra parte, renovemos nuestro compromiso y también nuestra ilusión con las tareas universitarias. Otra vez estamos empezando. A veces, quizá, podemos percibir el continuo retorno de los trabajos y los días como una tediosa solicitación de la rutina. No será ése el camino que nos lleve a hacer fecunda nuestra tarea y a hacernos felices a nosotros realizándola. Por eso, me gustaría invitaros a caer en la cuenta de que tras la aparente repetición, cada día que vivimos, cada trabajo que hacemos, cada actuación nuestra no sólo es única e irrepetible sino que posee una densidad definitiva y un valor eterno. Es una consecuencia de nuestra fe cristiana en que la vida no se acaba con la muerte. Con cada una de nuestras obras construimos lo que definitivamente seremos como personas individuales y como humanidad. De ahí que mi primera palabra sea animaros a comprometer lo mejor de vuestra ilusión y de vuestro trabajo, así como toda vuestra generosidad, con la obra que tenemos entre manos.

La existencia de esta Universidad, su aportación a la sociedad con la formación de las personas –y buenos profesionales– que salen de sus aulas, el reconocido prestigio de que goza, sólo ha sido posible, y únicamente lo seguirá siendo, gracias al esfuerzo y a la generosidad de cuantos a lo largo de los años han trabajado en ella. Gracias a todos por ello. Ejemplo concreto ha sido hoy el profesor Bueno Arús, quien desde la atalaya de su madurez académica y personal nos acaba de deleitar con la lección –de verdad magistral– con la que este curso hemos comenzado a aprender.

El 20 de julio de 1903 murió en Roma el papa León XIII. Acaban de cumplirse los cien años. Su muerte retrasó la respuesta favorable a la petición del Marqués de Comillas, formulada poco antes, en cuanto se hubieron impartido por primera vez todos los cursos de la carrera eclesiástica, para que se concediera al hasta entonces Seminario Pontificio la facultad de conferir grados

académicos, lo que hizo el 29 de marzo de 1904 el nuevo Pontífice S. Pio X. Así se transformó el Seminario que había iniciado sus actividades académicas en enero de 1892 en Universidad Pontificia. Y, coincidencias providenciales de la historia, fue precisamente a comienzos de ese mismo año –1903– cuando el P. Jaime Vigo, Provincial de Toledo comunicó en carta al P. General de la Compañía que D^a Nicolasa Gallo-Alcántara, marquesa viuda de Vallejo, a poco de morir su marido y continuando sus deseos, ofrecía una cantidad, que quizá podría llegar a un millón de pesetas –de hecho fueron dos millones, la sexta parte de su fortuna– con destino a una obra puesta al servicio de los obreros. En ese mismo verano se comenzaron las obras del edificio en que ahora nos encontramos, aunque hasta octubre de 1908 no se impartirían clases.

El hecho de que nos encontremos cumpliendo exactamente un siglo de estos hechos me da pie para invitaros a recordar, es decir, a volver a traer al corazón, el impulso fundacional, que estuvo en el origen de las instituciones que constituyen hoy nuestra Universidad, porque mantiene aún su vigencia. Hemos de mantener fresco aquel empuje original y es bueno avivarlo para que proporcione horizonte de sentido a nuestro trabajo diario, cuando nos disponemos a comenzar un nuevo curso. Ojalá cuantos trabajamos en la Universidad seamos capaces de movernos al socaire de aquel fervor del principio, que voy a concretar en dos o tres aspectos significativos del pontificado de León XIII, tal como hoy reconocen los historiadores. Están marcados, probablemente, por el espíritu de una época, pero la trascienden de modo que, por guardar aún vigencia, pueden ser recuperados como impulso fecundo para nuestra actual misión universitaria. En el centro del escudo de nuestra Universidad se representa un león con trece uñas en sus garras, que no sólo es recuerdo curioso del Papa fundador, sino que ha de ser para nosotros símbolo del aliento que anima a la institución fundada y del compromiso de cuantos empeñamos en ella lo mejor de nuestro esfuerzo.

Ante todo, el interés en la relación entre la fe y la cultura. Ya la primera encíclica de León XIII *Inescrutabili Dei consilio*¹, programática de su pontificado, según afirma un historiador de la Iglesia “contenía el programa de reconciliar a la Iglesia con la cultura moderna”². De entonces acá han variado mucho las circunstancias políticas y sociales y se ha incrementado la reflexión teológica sobre

¹ 21 de abril de 1878.

² J. LORTZ, *Historia de la Iglesia en la perspectiva de la historia del pensamiento*, II, p. 448.

la relación entre la fe, la cultura y la sociedad, y también con la ciencia, como una de las manifestaciones de la cultura. Nunca en el pasado la cultura, es decir, el modo de entenderse, vivir y relacionarse de los hombres ha estado tan configurado por las ciencias y, sobre todo por la tecnología. He aquí el horizonte de sentido de nuestro trabajo académico e investigador. Nuestra principal labor es contribuir al triunfo de lo verdaderamente humano haciendo que sea humanizador el desarrollo científico y tecnológico. Además de ser una dimensión de sentido que ha de orientar toda nuestra actuación universitaria pide de nosotros acciones concretas. La más reciente que hemos puesto en marcha en la Universidad ha sido la creación de la Cátedra de Ciencia, Tecnología y Religión, que acaba de celebrar sus primeras jornadas hace unos días, orientada precisamente al estudio, desde una perspectiva crítica, científica y, por tanto, universitaria, de cómo contribuyen de hecho a configurar al hombre, cómo es posible que lo hagan y cómo se interaccionan al hacerlo ciencia, tecnología y religión.

Consecuencia del interés del Papa León por la reconciliación entre la sociedad –cultural y política moderna– fue su apuesta por la renovación de los estudios en la Iglesia, comenzando por los eclesiásticos –encíclica *Aeterni Patris Filius*³– y continuando por la mejora del conocimiento en todas las ciencias. Buscaba que la fe y la razón no aparecieran como opuestas o divergentes. Para conseguirlo nada es más imprescindible que los estudios serios y profundos tanto de la teología como de las ciencias. En una de sus encíclicas llega a decir que el peor enemigo de la fe es la ignorancia⁴. Precisamente en estos momentos nos encontramos ante una inminente renovación de los planes de estudios de todas nuestras carreras.

Durante este verano hemos recibido la aprobación, por parte de la Congregación para la Educación Católica, del nuevo plan de estudios de la Facultad de Derecho Canónico, a lo que nos obligaba la aprobación, en noviembre pasado, del decreto *Novo Codice*, que establecía una nueva regulación para los estudios de Derecho Canónico.

Por otro lado, el 1 de agosto se aprobó el Real Decreto por el que se establece el procedimiento para la expedición del Suplemento Europeo al Título y el día 5 del pasado septiembre ha sido aprobado el Real Decreto que pone en vigor la nueva unidad de medida del trabajo académico universitario que

³ 4 de agosto de 1879.

⁴ *Sapientiae christianae* de 10 de enero de 1890.

llamamos “crédito europeo”⁵. Como es sabido, su característica principal consiste en pasar de una enseñanza en la que la labor docente del profesor ocupa el lugar central a una enseñanza cuya perspectiva es el trabajo del alumno y su aprendizaje. Este cambio de perspectiva debe implicar una revolución importante en muchos lugares de la Universidad española. Pero es preciso reconocer que empalma bien con la mejor tradición pedagógica de la Compañía de Jesús y, más en concreto, con el buen hacer de la mayoría de cuantos han sido docentes en las enseñanzas impartidas durante toda esta centuria en las instituciones que hoy constituyen nuestra Universidad. Baste recordar el reconocimiento de que gozaron los estudios eclesiásticos de la Comillas cántabra y el prestigio de los planes de estudios del ICAI cuyos graduados se disputaron durante muchos años las empresas, aun cuando su título no tenía reconocimiento civil. Más aún, durante algunos años existió la idea en esta casa de que los estudios aquí impartidos debían validarse por su calidad y no por un reconocimiento jurídico exterior. Obviamente los tiempos cambian y la historia no puede repetirse. Pero de lo dicho quiero retener que la tradición académica de nuestra Universidad nos apremia a la apuesta no sólo por la calidad sino por la excelencia de nuestra docencia, excelencia que sólo se puede alcanzar con la atención personal y el mimo en la exigencia de superación de cada uno de nuestros alumnos. En una palabra, se nos pide que hagamos aún mejor y de modo todavía más innovador aquello por lo que se ha distinguido nuestra enseñanza durante todos los años de existencia de nuestra Universidad.

Los Reales Decretos, a los que me acabo de referir, van a ser seguidos por otros, entre los que destaco: el de homologación de planes de estudio y títulos de carácter oficial y validez en todo el territorio nacional, el que establecerá la estructura de las enseñanzas universitarias y regulará los estudios universitarios oficiales de grado y el que regulará los estudios universitarios oficiales de postgrado y la obtención y expedición de los títulos oficiales de máster y de doctor. El conjunto de todos ellos constituye el instrumento legal que modela la participación de la Universidad española en el proceso de convergencia del Espacio Europeo de Educación Superior (EEES). De ahí que en los próximos tres cursos deberemos contribuir, por nuestra parte, con un esfuerzo renovado de imaginación y, a buen seguro que también de generosidad, porque se nos va

⁵ Publicados en el BOE respectivamente el 11 y el 18 de septiembre.

a pedir colaboración para diseñar el nuevo marco en el que se va a desarrollar nuestra enseñanza universitaria, y también amplitud de mente y de miras para llevarlo a cabo. Es preciso subrayar que no se trata sólo de elaborar unos nuevos planes de estudio sino de diseñar una nueva estructura de la enseñanza superior, de la sustitución de un paradigma pedagógico por otro nuevo, centrado en el alumno y el aprendizaje, y que incluye, entre otras cosas, una cuidadosa atención a la capacitación de los alumnos por parte de la Universidad para su inserción profesional. Algunas cosas ya se han empezado a preparar. Muchas de nuestras titulaciones tienen representantes en las comisiones, integradas por profesores de distintas universidades y por representantes de los colegios profesionales, que recientemente han comenzado a funcionar. Tendremos que estar a la cabeza de esta renovación de la enseñanza universitaria, no necesariamente en el tiempo, pero sí en los contenidos, en los métodos y en la puesta en práctica de esta nueva sensibilidad, haciendo aún mejor lo que siempre hemos hecho bien, precisamente en este momento en que muchos otros quieren empezar a enseñar con la calidad con que tradicionalmente hemos enseñado nosotros.

Por último, León XIII abordó la cuestión social en su encíclica famosa *Rerum novarum*⁶, el documento del magisterio pontificio más homenajeado y recordado en toda la historia posterior. El mismo Juan Pablo II recordó su noventa aniversario y su centenario con sendas encíclicas. Es el documento que marca el punto de partida de la moderna doctrina social de la Iglesia, donde desembocan y culminan desarrollos de otras encíclicas previas sobre temas sociales, precisamente porque trata de dibujar el puesto del cristiano en la sociedad del trabajo y la economía tras la revolución industrial. Me interesa subrayar que este documento del papa León puede servirnos de símbolo de la conciencia social imprescindible en una fe viva, y que marca profundamente tanto el origen del Seminario Pontificio como –y quizá como ningún otro de sus rasgos diferenciales– el nacimiento de la obra del ICAI. Recordemos que el Seminario Pontificio nació como seminario de pobres y que la Escuela de Aprendizaje para obreros, que abrió sus puertas en esta casa en 1908, ofrecía a sus alumnos la enseñanza de modo gratuito. Y lo siguió haciendo así durante muchos años. La conciencia social es un rasgo propio de nuestra Universidad desde su origen, en un contexto, el del catolicismo español en los comienzos del s. XX, uno de

⁶ 15 de mayo de 1891.

cuyos déficits, señalado con frecuencia por los historiadores, es precisamente su baja conciencia social. Es obvio que este diagnóstico, para ser justo, sólo puede mantenerse con matizaciones y ha de reconocer no pocas excepciones⁷. Creo sinceramente que, a pesar de nuestros fallos, la formación en la conciencia social de nuestros estudiantes ha sido una característica de nuestra Universidad y debe seguir siéndolo mejorando incluso lo que hacemos y lo que conseguimos. La promoción de la justicia como exigencia ineludible del servicio a la fe forma parte de la misión de la Compañía de Jesús en todas sus obras y ministerios y configura, por tanto, la misión de nuestra Universidad. Pero no conseguiremos formar a nuestros alumnos en una conciencia social avanzada si nosotros mismos no la tenemos. Formar significa transmitir –como por contagio– los valores en los que se vive. Es casi seguro que lo más importante de lo que enseñamos a nuestros alumnos no está en el programa, que les repartimos al comienzo de curso. Porque es todo aquello que les transmitimos con nuestra forma de ser y de actuar, en el aula, en el pasillo y en la calle. Es necesario que pasemos de ser solamente sus profesores a que nuestros alumnos nos consideren sus maestros porque además de haberles enseñado unos programas académicos, hayamos sido capaces de ayudarles a ser mejores poniendo nuestra propia experiencia de solidaridad y generosidad al servicio de su propio desarrollo personal.

Y precisamente porque formar consiste en transmitir valores, aquellos en los que se cree y por los que se vive, todos cuantos trabajamos en la Universidad somos comunidad formativa. De ahí que lo dicho vale también para el personal de administración y servicios, que con la competencia en su trabajo profesional, su disponibilidad en el servicio que presta y su amabilidad en el trato que dispensa, contribuye a que la Universidad toda sea entorno formativo y ámbito de maduración y crecimiento.

Muchas iniciativas estamos desarrollando ya para hacer avanzar la conciencia social en la Universidad y en la sociedad, especialmente por los departamentos e institutos que cultivan los estudios de las ciencias sociales. En este ámbito sólo voy a poner de relieve una de las últimas iniciativas que se han puesto en marcha: la asociación de las Facultades de Derecho de la Compañía de Jesús en España en un primer momento, para incluir más adelante a las de Hispanoamérica, siguiendo las huellas de la asociación internacional ya existente que agrupa

⁷ Cf. R. M^a SANZ DE DIEGO en *Historia de la Iglesia en España*, V, pp. 575-663, esp. 621ss y J. M^a LABOA, *Historia de la Iglesia Católica*, V, p. 362.

a las Facultades y Escuelas de Estudios Empresariales de la Compañía de Jesús, con el deseo de que no sólo la economía sino también el derecho sirvan cada día más y mejor a la promoción de la justicia.

He de concluir porque mi discurso debería ayudar a equiparos con renovadas fuerzas para el curso nuevo en lugar de cansaros hasta dejaros exhaustos y sin ánimos para comenzarlo. Sólo me resta decir que estoy a vuestro lado y a vuestra disposición. Os agradezco vuestra colaboración –sé que cuento con ella– para que juntos podamos seguir sacando adelante ésta nuestra Universidad.

Muchas gracias.

1 de octubre de 2003

DÍA DE LA COMUNIDAD UNIVERSITARIA (2004)

Nos encontramos celebrando el Día de la Comunidad Universitaria en la víspera de la fiesta de Santo Tomás de Aquino, patrono desde 1880 de los centros de enseñanza católicos. Es el sexto año consecutivo –lo que la hace ya tradicional– desde que se instauró en nuestra Universidad esta fiesta dedicada a celebrar los logros académicos conseguidos por algunos de nosotros durante el último año y a agradecer el trabajo y la dedicación de quienes alcanzan los veinticinco y los cuarenta años de servicio o, al final de la vida laboral, se acaban de jubilar. Lo que se pretende con esta celebración de los logros de unos y el agradecimiento a los esfuerzos de otros es que cuantos formamos la comunidad universitaria sintamos íntimamente que los triunfos y los trabajos de cada uno de sus miembros lo son de todos. Es, pues, una fiesta para compartir, y hacernos sentir como propio, lo de todos los demás porque ha servido a la obra común.

Durante el acto, a medida que se acercaban a esta mesa los homenajeados, hemos visto desfilan las etapas por las que se desarrolla la vida universitaria: desde los Premios Extraordinarios de fin de carrera hasta el reconocimiento agradecido, a la hora de la jubilación, a quienes han entregado una buena parte de su vida al servicio de la Universidad. Cada estadio de la vida universitaria parece centrarse en un aspecto que caracteriza de modo peculiar ese momento del ejercicio de la carrera académica y que configura la realización personal del profesor universitario.

La primera decisión de quien opta por dedicar su vida a la Universidad nace del deseo de seguir estudiando. Para tomarla es preciso sentir que haber acabado la carrera, más que una meta, es el punto de partida para continuar aprendiendo. Dos rasgos enmarcan esta decisión. Por un lado, viene acompañada de una cierta renuncia a intervenir inmediata y directamente en el ejercicio profesional y a participar a las inmediatas en el ajetreo de la actuación social. De otra parte, se exige una apuesta por la excelencia en el propio trabajo y una confianza en la fecundidad, a medio o largo plazo, de ese esfuerzo para el cambio, a mejor, de la sociedad gracias a la dimensión transformadora de la realidad que posee el conocimiento.

Acabamos de entregar los diplomas de Premios Extraordinarios de fin de carrera a veinticinco de nuestros alumnos. Sin duda, os habéis hecho acreedores a la distinción por la calidad de vuestro trabajo académico. Toda la comunidad

universitaria os felicita y se alegra con vosotros por vuestro éxito. Algunos de vosotros –ojalá que muchos– seguro que habéis tomado ya la decisión de continuar estudiando. A partir de ahora, el estudio no consiste sólo en aprender lo que otros saben ya, porque han sido capaces de descubrirlo y formularlo antes, sino que para vosotros estudiar significa abrir el conocimiento a horizontes distintos, poner en tela de juicio saberes hasta ahora pacíficamente poseídos, formular teorías mejores o proponer alternativas nuevas para solucionar problemas viejos, pero quizá no bien comprendidos o investigados del todo. He ahí el impulso necesario para embarcarse en una tesis doctoral. Que no puede consistir en trasladar huesos de un cementerio a otro –como irónicamente dijo J. Frank Dobie– sino en el resultado de un esfuerzo original e innovador por hacer avanzar el conocimiento de toda la comunidad científica.

Hoy han recibido la investidura los 31 nuevos doctores que durante el año 2003 han alcanzado en nuestra Universidad el más alto grado académico. A seis de ellos se les ha otorgado la Distinción Honorífica a la mejor tesis doctoral defendida en cada una de nuestras Facultades o Escuela Superior. Así mismo hemos entregado el premio “José María Ramón de San Pedro” a la mejor tesis doctoral presentada cada dos años en la Facultad de Teología, que se concede gracias al patronazgo de los herederos de D. José María Ramón de San Pedro que apreció tanto y se sintió tan vinculado a nuestra Universidad. Recibid todos los nuevos doctores nuestra felicitación y nuestra admiración por el trabajo realizado y por vuestro éxito. Además de los conocimientos que habéis adquirido vosotros mismos y de los que habéis sido capaces de desarrollar en vuestras tesis para ponerlos al servicio de todos, seguro que habéis aprendido también –por experiencia– que sólo en el diccionario el éxito aparece antes que el trabajo y que requiere más tiempo pronunciar ésta palabra que aquella.

Aunque el doctorado es el más alto grado académico, probablemente sólo cuando se alcanza es cuando empieza de verdad la carrera universitaria y con este comienzo vienen a multiplicarse los desafíos y las dificultades. Se hace necesario dar satisfacción a la vocación por enseñar, compartiendo con los alumnos los conocimientos adquiridos y dedicándoles atención y tiempo, lo que muchas veces se vivirá en tensión con la llamada vocacional a continuar investigando. Pues dedicarse a la investigación exige todo el hombre y no será fácil encontrarle horas al día para seguir estudiando, enseñar y atender a los alumnos y dar abasto, además, a otras demandas externas al ámbito académico pero irrenunciables para cualquier persona comprometida con los hombres y con el mundo.

Demandas algunas que nos importan, aún más que lo académico, para nuestra felicidad, nuestra satisfacción y, en muchos casos también, para nuestra salud física y psíquica: pienso en las propias familias y otros compromisos culturales, con la sociedad, con los demás o con la política. Acabamos de entregar las medallas de profesores propios a 9 de nuestros compañeros, testigos victoriosos de muchas de estas luchas a las que aludo. ¡Que sea en hora buena!

Inexorablemente los años nos hacen llegar a la etapa de madurez, representada hoy aquí por quienes han alcanzado sus veinticinco años de servicio a la Universidad. Me parece que al llegar a ese momento de la vida no es raro que nos amenace una tentación: la de perder la ilusión. Después de veinticinco años de esfuerzos no siempre reconocidos por los compañeros o por las instituciones, que acaso no se han saldado con el éxito esperado —y bien merecido— o que no han logrado traspasar la espesa cortina de la indiferencia o la rutina, es comprensible que se deje sentir la tentación de caer en la desilusión o el desánimo. Sin embargo, creo que los que vivimos en esta etapa de la vida no estamos en el tiempo de dejarnos llevar por la desmotivación o la desilusión ni por hacer algo más leve nuestro compromiso profesional como universitarios. Al contrario, es el momento de abrir la puerta en nuestro trabajo a la ilusión y a la generosidad. Probablemente aquella no pueda darse sin ésta. Ilusión por la obra que tenemos entre manos y generosidad para poner nuestra experiencia y nuestras capacidades al servicio de nuestros alumnos y de cuantos vienen detrás.

Esto es, precisamente, lo que la Universidad pide a quienes cumplen sus cuarenta años de servicio o nos vamos acercando peligrosamente a cumplirlos: a medida que sumamos años de servicio, la Universidad pide de nosotros que sumemos también generosidad. Mayor generosidad para continuar formando a nuestros alumnos pero, sobre todo, para poner al servicio de los profesores que empiezan nuestra madurez y nuestra experiencia. Es el momento en que ya no hemos de trabajar para abrillantar nuestro *curriculum* personal sino para animar y hacer posible el compromiso y el crecimiento académico de cuantos vienen detrás. O dicho de otro modo: es el momento en que la brillantez de nuestro *curriculum* personal se ha de medir más por nuestra capacidad de crear equipo que por nuestro empeño en prolongar una obra estrictamente personal. Y eso a pesar de que a medida que pasan los años no sea raro que nos vayamos sintiendo más débiles porque perdemos fuerzas, memoria o creatividad e incluso nuestra psicología nos pueda llevar a percibir a las nuevas generaciones como amenaza —involuntaria por su parte— a lo que con tanto esfuerzo hemos sido capaces de construir.

A todos los que lleváis un largo período de servicios, especialmente a cuantos os hemos homenajeado este año por coincidir vuestra antigüedad en la Universidad con los veinticinco o los cuarenta años, quiero daros las gracias en nombre de todos nuestros compañeros por vuestro servicio y vuestra solidaridad con la institución. De modo especial agradezco a la profesora Kathleen Trivella del Instituto de Idiomas Modernos su intervención, tan sentida y tan real, en nombre de todos vosotros.

Este agradecimiento ha de tener un subrayado especial para los seis compañeros que al comienzo de este curso han puesto fin a su relación laboral con la Universidad por jubilación. La etapa que ahora se abre ante vuestras vidas en relación con la Universidad viene marcada no sólo por la generosidad sino, especialmente, por la gratuidad. Con la jubilación puede amenazar la tentación de sentir que, con el fin del trabajo, la vida ha perdido su fin primario. Nada de eso, probablemente es el momento en el que éste —el fin primario de la existencia— adquiere su verdadero relieve. Porque el hombre no ha sido creado para trabajar sino para darse a los demás por el amor y el servicio. El trabajo y la relación laboral es sólo un medio; nunca un fin. Y eso es lo que la Universidad os pide ahora: vuestro amor y vuestros servicios, ahora ya sin que vengan exigidos por un contrato laboral. Porque la Universidad os continúa necesitando: tiene necesidad de vuestra experiencia, quiere servirse de vuestras relaciones, espera vuestro aliento, quiere que nos ayudéis a tender puentes con la sociedad. Y todo esto que la Universidad necesita de vosotros nos lo habéis de aportar sin esperar nada o esperando muy poco a cambio. Probablemente esta es la dinámica de la vida humana en todas sus facetas, familiar y profesional y, por tanto, también en la vida universitaria. La existencia humana parte apoyada en el empuje y en el entusiasmo que genera la fuerza vital de la juventud, se acrisola luego frente a las dificultades, tiene que luchar para no perder la esperanza y se va abriendo a los otros al tiempo que da paso en nosotros a la generosidad. Al final, el hombre está preparado para dar y darse a sí mismo sin que esa entrega suya espere ni necesite ya contrapartida. Muchas gracias al profesor Manuel Gesteira de la Facultad de Teología, quien, en su intervención en nombre de los compañeros jubilados nos ha dado, una vez más, una lección de sabiduría.

Una tercera parte de los compañeros que han cumplido veinticinco o cuarenta años de servicios o que han cesado en su relación laboral con la Universidad por la jubilación forman parte del grupo que llamamos personal de administración y servicios. La mayor parte de los rasgos que parecen caracterizar las etapas

de la carrera del profesor universitario valen también para quien contribuye a las funciones universitarias en unos trabajos que llevan la denominación común de “servicios”. Quiero dejar constancia en este acto, en que nos congratulamos con los logros de los demás, de mi agradecimiento y de mi felicitación personal y la de toda la Universidad por el servicio que nos prestan los servicios. Este agradecimiento es tanto mayor cuanto su trabajo es más callado y, a veces también, recibe menos la recompensa del reconocimiento. Pero la dimensión de servicio no es exclusiva de los servicios sino inherente a todo trabajo humano. Y la conciencia de que nuestro trabajo es servicio resulta imprescindible para que todos –docentes, administrativos y gestores– podamos trabajar ilusionados. Como escribió Rabindranat Tagore: “Mientras dormía sonaba que la vida era alegría, cuando me desperté vi que la vida era servicio. Serví y comprendí que en el servicio estaba la alegría”. El servicio a los demás, al lado de cuantos valores impulsan a la búsqueda de la justicia y de la paz en una sociedad fragmentada e injusta es lo que reconoce el Premio Ignacio Ellacuría, que hemos entregado. Para los premiados en la edición de este año nuestra enhorabuena y para nosotros el acicate que dejan en la Universidad su sensibilidad y su compromiso con esos valores.

Cuando, después de escribir estas palabras, las volví a leer me pareció que me había salido un discurso muy exigente, quizá demasiado. Pero preferí no suavizarlo. Me parece que en un contexto festivo –una de las notas de la fiesta es la desmesura– es bueno que nos marquemos un horizonte abierto y lejano o que nos propongamos una cumbre alta y escarpada. Cumbre y horizonte serán la guía de nuestros pasos. Nunca se pisa la línea del horizonte y es posible que no lleguemos a la cumbre, pero ellos han sido el acicate que, atrayéndonos, nos ha llevado hacia lo lejos y elevado hacia lo alto. La verdad es que sólo merece la pena trabajar para conseguir lo que parece imposible. Cierro mis palabras recordando aquella máxima ignaciana: En todo amar y servir. Me parece que expresa bien cuál es el cimiento sobre el que se han de edificar los méritos académicos durante todas las etapas de la carrera universitaria.

Muchas gracias.

27 de enero de 2004

HOMILÍA PRONUNCIADA EN LA EUCARISTÍA CELEBRADA EN LA UNIVERSIDAD POR LAS VÍCTIMAS DEL ATENTADO TERRORISTA DEL 11 DE MARZO DE 2004

Tras el atentado terrorista de ayer en Madrid que ha asesinado a 200 personas, ha herido al menos a 1430 y ha causado tanto horror y tanto dolor, como seguidores del Resucitado, que pasó por el sufrimiento, la humillación, la injusticia y la impotencia de la Cruz nos reunimos para orar celebrando la Eucaristía.

Lo que queremos hacer en este rato es sencillamente orar. Dice la Escritura que cuando Moisés oraba, hablaba con Dios como un amigo habla con su amigo. Permítenos a nosotros, amigos entre nosotros y amigos tuyos, Señor, que te abramos nuestro corazón y volquemos ante ti los sentimientos que, desde ayer por la mañana, vamos viendo que anidan en nosotros y que necesitamos dejar salir y expresar sin que durante las últimas horas hayamos sabido muy bien cómo hacerlo ni ante quién. En este rato queremos hacerlo contigo.

Nuestro primer sentimiento es pedirte por las víctimas, Señor. Por esos 200 hermanos nuestros que han muerto ayer: trabajadores y estudiantes en su mayoría; gente normal, como nosotros, todos. Entre ellos Sara Centenera, alumna de Fisioterapia de nuestra Universidad. Creemos Señor que están ya a tu lado y te pedimos que los hagas felices junto a Ti. Pero no podemos aceptar que el camino para llegar a tu lado haya tenido que ser el que ha sido. Y queremos decírtelo. Que lo sepas.

También queremos pedirte por las familias de los muertos y por todos los heridos. Entre ellos, la alumna de Traducción e Interpretación de esta Universidad Beatriz Mirás, la administrativa Marta Sanz y el profesor y alumno de postgrado Gastón González, así como Elías González, cuñado de Mercedes Larrosa, de la secretaría del decanato de la Facultad de Ciencias Humanas y Sociales. Te pedimos por ellos y por todos los demás. Que se curen las heridas de sus cuerpos. Que se curen, sobre todo, las heridas de sus almas. Y que sus heridas, unas y otras, sólo les afecten para bien en el futuro. Que les sirvan para ser mejores y sentirse más humanos y más cercanos. Que les sirvan para amar más la vida, para respetar de corazón, mejor, a los demás. Que esta experiencia les ayude a madurar y crecer como personas libres. Pero que sus heridas no les dejen secuelas físicas, ni temores, ni sean causa para que brote en ellos el miedo, el odio o el deseo de venganza.

Hoy, queremos pedirte, Señor, por España. Por una parte, un gran país, con una historia tan rica, tan importante en místicos, poetas, héroes y, sobre todo, rico por sus hombres y mujeres que han amado, han trabajado, han sabido sufrir y servir, tropezar y seguir adelante sin caer. Y por otro lado, con tantos tics, algunas veces, de intolerancia, de insensatez y de violencia. Con una rara capacidad para estropear las cosas cuando las cosas van bien y para quejarse tantas veces de que vayan mal sin hacer nada para que marchen mejor. Queremos pedirte que en España desaparezca el terrorismo –pero ya!, Señor. No lo queremos ni un día más. Queremos que en nuestro país se respete, ante todo, la vida de todos y cada uno de sus ciudadanos. También todos los valores democráticos: el respeto a la libertad, que se haga prevalecer la justicia, que resplandezca siempre la verdad. Que seamos capaces de acoger e integrar a los inmigrantes, que huyamos de cualquier discriminación. Sabemos que cada hombre está llamado a ser hijo tuyo y, por tanto, hermano nuestro. Por eso te pedimos, Señor, que cada español –cada uno de nosotros– veamos en cada hombre a un hermano y actuemos en consecuencia.

Estamos abriendo nuestro corazón ante ti Señor y además del estupor y el dolor por el atentado de ayer, lo que brota es sobre todo el rechazo, la repulsa y la condena de esta acción terrorista y de toda acción terrorista. Queremos decirte Señor que rechazamos –¿con qué adverbio? ¿firmemente?, ¿de modo contundente?, ¿sin paliativos?–. No tenemos ni adjetivos ni adverbios para expresar la radicalidad y la hondura de nuestro rechazo. Queremos hablarte de este rechazo porque nuestra rabia, nuestra ira, nuestra indignación y nuestra impotencia por el atentado te salpica Señor a ti también. ¿Por qué lo has permitido? Ya sabemos que eres Dios y no un hombre y, por tanto, no puedes intervenir como si fueras uno de nosotros en nuestras cosas. Pero también es verdad que tú lo gobiernas todo y, como nos dijo Jesús, hasta los cabellos de nuestra cabeza están contados. ¿Por qué nos has creado así? Capaces a veces de tanto heroísmo y de solidaridad y amor como el que mostraron ayer en Madrid cuantos desde el primer momento, y a lo largo de todo el día y de la noche, estuvieron ayudando a las víctimas y a sus familiares. Pero capaces también –al menos, algunos– de provocar tanto sufrimiento. Queremos pedirte, Señor, que vengas en nuestra ayuda. Que nos salves también de nosotros mismos, cuando a veces, como vimos ayer, el corazón de los hombres se ha convertido en madriguera para la bestia del odio, del crimen o del mal.

Creemos, Señor, porque tú nos lo enseñaste, que dentro de cada terrorista hay una persona humana que aún se puede convertir y para el que todavía

puede haber esperanza de convertirse en ser humano. Queremos pedirte Señor también por los terroristas. Sabemos que no se merecen que te pidamos por ellos. Pero nosotros tampoco nos merecíamos a tu Hijo y tú nos lo entregaste. Queremos pedirte que los terroristas se conviertan. Ábreles los ojos para que vean que en este mundo ningún valor es mayor que el valor de la persona humana. Y que si no respetan la vida, ni podrán respetar ninguna otra cosa ni respetarán ni podrán servir a ninguna otra causa, más que a la causa de la muerte. Ábreles los ojos para que vean que el único modo civilizado de relacionarnos entre los seres humanos es el respeto a los derechos de los otros y los valores y procedimientos democráticos. Ábreles los ojos para que vean que sólo el amor los hace verdaderamente hombres y que, en último término, únicamente el respeto a los demás es lo que nos separa de las bestias. Ábreles los ojos para que vean y tócales el corazón para que se conviertan.

Por último, Señor, queremos pedirte también por nosotros mismos. Queremos pedirte que no nos creamos mejores, porque también nosotros necesitamos conversión. Que no anide en nosotros ninguna raíz de odio, ni de violencia, ni de venganza. Aunque, humanamente hablando, quizá, hoy, estuviera justificada. Pero tú nos enseñas a tener los mismos sentimientos que Jesús, que te pidió perdón para los que le crucificaban. Apoyamos y queremos que caiga sobre ellos el peso de la Ley. Que sean juzgados y condenados justamente. Pero te pedimos, Señor, que esa condena no sirva para destruirlos sino para que se conviertan y vivan. Porque nosotros como tú, que eres el Dios de la vida, queremos ser amigos de la vida y no de la destrucción y de la muerte. Amigos de la muerte son los terroristas; no nosotros y, por eso, te hemos pedido su conversión.

Y para nosotros, Señor, te pedimos que alimentes nuestro compromiso a favor de la justicia, que significa trabajar por la paz, por el respeto activo por los derechos humanos, por el triunfo de los valores y modos de comportamiento democráticos. En una palabra que nos ayudes a ser dignos hijos tuyos, como lo fue Jesús.

12 de marzo de 2004

ACTO DE GRADUACIÓN DEL CURSO 2003-2004

Permitidme una palabra, en parte de despedida, en este día en que al celebrar la graduación dejáis atrás la etapa de vuestra formación universitaria, pero palabra que quiere ser también, y en no menor medida, de aliento e impulso hacia el futuro en un momento en el que, precisamente por haberos graduado, iniciáis la andadura de vuestra realización profesional y os disponéis a poner al servicio de los demás las competencias con las que gracias a vuestras cualidades y a los medios que la sociedad ha puesto a vuestra disposición os habéis capacitado.

Hoy es un día para celebrar los logros alcanzados. A vuestra alegría nos sumamos con gusto vuestros familiares y amigos y también cuantos formamos esta comunidad universitaria –profesores, personal de administración y servicios y compañeros–. Al echar la vista atrás, seguro que recordáis los despistes y la ilusión del comienzo, los esfuerzos exigidos por el estudio, las presiones de exámenes y plazos, algún que otro disgusto o tropezón, al tiempo que veis hoy cómo todo ello queda saldado con la satisfacción de la obra bien hecha y el orgullo del deber cumplido. A lo largo de estos años habéis alumbrado nuevos conocimientos, habéis adquirido nuevas destrezas, habéis mejorado vuestros hábitos de trabajo, os habéis dotado de mejores capacidades de colaboración, trabajo en equipo y autodisciplina. Pero lo más importante es que, a la vez que lograbais todo esto y, en gran medida, gracias al trato con profesores y compañeros, habéis madurado como personas y habéis aprendido a ser mejores. Hoy es un día de fiesta para celebrarlo. Por mi parte, con gusto y reconocimiento, os doy la enhorabuena en nombre de la Universidad y me sumo así a la alegría de vuestros padres y familiares y a vuestra propia satisfacción.

Esta enhorabuena, que es también enhorabuena de profesores, compañeros y de cuantos con su trabajo han contribuido a que vosotros culminarais felizmente la carrera va acompañada de nuestros mejores deseos para vuestro futuro. Pues aunque, a primera vista, parece que hoy habéis conquistado un final, porque habéis triunfado en el reto de la carrera universitaria que vosotros mismos os habíais impuesto, la verdad es que este final, como suele ocurrir con todos los finales, es sólo un nuevo principio de un desafío superior. Hasta ahora vuestra existencia se ha ido enriqueciendo con lo que ibais recibiendo de padres, profesores y de la sociedad en último término. Desde hoy, la fuente de

vuestro enriquecimiento personal estará precisamente en vuestra aportación a la sociedad. He ahí el nuevo reto que os desafía: el tenor y la calidad de vuestra contribución a la sociedad. Y lo primero que la sociedad os pide es que seáis capaces de mejorarla. Las jóvenes generaciones no pueden conformarse con reproducir las actitudes y los modos de los mayores. Al contrario, la aportación de vuestra generación será juzgada por quienes os sigan, por vuestra capacidad para generar una sociedad distinta y mejor. Dos valores son imprescindibles para pelear con éxito en este nuevo desafío: la imaginación y la generosidad.

En el día de hoy, como punto culminante de vuestros estudios universitarios, acabáis de recibir la beca y la insignia de nuestra Universidad, que os señalan como antiguos alumnos suyos. A los que hemos sido vuestros compañeros durante estos años nos gustaría que esta beca y esta insignia fueran precisamente símbolo de vuestra capacidad innovadora en vuestra profesión y de vuestra generosidad con los demás, expresión de una forma de ser y de actuar por los que fuerais conocidos y que remitieran vuestro modo de trabajar y de comprometeros con la sociedad a la formación recibida en Comillas y a los valores por los que esta Universidad quiere señalarse. Dejáis de ser alumnos de la Universidad pero comenzáis a ser sus antiguos alumnos. Lo que significa un nuevo modo de relación con la Universidad que ha de caracterizarse, sobre todo, porque servís de puente de unión entre Universidad y sociedad llevando a aquélla las demandas de ésta y trasladando a la sociedad los valores y el enriquecimiento personal adquirido a lo largo de vuestro paso por la Universidad.

Durante estos años la Universidad ha intentado capacitaros con los conocimientos y los hábitos de un buen profesional en el campo de la especialización que habíais elegido cursar. Pero, sobre todo, hemos intentado que además de buenos profesionales hayáis conseguido que se enraizaran en vosotros valores y actitudes que os permitan ser hombres –varones y mujeres– de bien, allá donde os encontréis. Entre esos valores y, de algún modo, como santo y seña de cuanto la Universidad ha querido transmitir durante estos años quiero referirme, casi como última y breve lección de la carrera, a la ineludible necesidad de que allá donde os conduzca vuestra decisión o los avatares de la vida, os distingáis siempre por vuestro respeto a la dignidad de la persona humana. Os lo digo como resumen de todo cuanto durante estos años en la Universidad os hemos tratado de enseñar.

El ser humano es un fin en sí mismo que no puede ser violentado ni instrumentalizado por ningún motivo. Al revés, toda otra realidad ha de servir y ayudar a que el hombre realice su destino de hijo de Dios en fraternidad

y solidaridad con todos los demás hombres sin rebajas ni discriminaciones. Durante los últimos meses hemos tenido noticia de cómo tenían lugar, cerca y lejos, atentados flagrantes contra la dignidad humana: torturas infligidas a prisioneros de guerra, asesinatos cometidos a sangre fría, e incluso televisados, acciones terroristas, que quitaban la vida, la salud y la paz a víctimas inocentes, maltratos a las mujeres o algunos casos deshumanizadores de manipulación biotecnológica. Estos son algunos ejemplos, extremos si se quiere. Pero se atenta también contra la dignidad del hombre cuando se le instrumentaliza para ponerlo al servicio del lucro, de la razón política, de la producción o de cualquier otro interés distinto de su propia realización individual y colectiva.

Vosotros, allá donde os encontréis, como antiguos alumnos de esta Universidad habéis de tener siempre presente que cada hombre es único, insustituible, necesario, y cuya existencia tiene a Dios, como único referente a quien servir. Es Dios quien lleva inscrito en su corazón el nombre de cada hombre, por el que lo llama y lo atrae hacia Sí como hijo.

Las becas e insignias de nuestra Universidad que hoy habéis recibido os comprometen con el respeto y la defensa de la dignidad humana en todos los ámbitos. En el mundo de la empresa y de la sanidad, en el de la política y en el de la economía, en el de la educación y en el de la justicia, en el ámbito privado de la vida familiar y en el público de las relaciones sociales, en el círculo pequeño de las relaciones vecinales y en el global de las relaciones internacionales. Continuamente, antes de tomar una decisión o de asumir cualquier nuevo compromiso, podréis y deberéis preguntaros si vuestra acción va a servir para que los seres humanos sean más libres o, por el contrario, va a contribuir a hacer a algunos esclavos de otros sometiéndolos a intereses espurios ajenos a su destino como hijos de Dios y hermanos, por tanto, entre sí.

Desde hoy, a lo largo de vuestra existencia, vuestros estudios os servirán de compañeros. Es fácil que se os identifique por vuestra profesión, que nacerá de los estudios que ahora culmináis. Pero vuestra Universidad se sentirá orgullosa de vosotros si sois identificados siempre como profesionales y personas que en el ejercicio de su profesión y en su vida familiar y social os dejáis identificar por vuestro compromiso a favor de la libertad, la verdad y la justicia de cada hombre y de cada grupo social. Estos son los valores que concretan la dignidad de la persona humana.

Concluyo agradeciándoos a vosotros los años que habéis pasado en nuestra Universidad y a vuestros padres, amigos y familiares su presencia en este acto.

25, 26 y 27 de junio 2004

APERTURA DEL CURSO 2004-05

El comienzo de un nuevo curso me brinda la ocasión de dirigirme una vez más a los miembros de nuestra comunidad universitaria y a cuantos amigos seguís de cerca nuestras actividades académicas y formativas, nos distinguís con vuestro aprecio y nos alentáis con vuestro cariño. Sirva mi primera palabra para expresaros a unos y otros, en nombre propio y en el de la Universidad, los mejores deseos para que durante el curso que estamos comenzando, nuestro trabajo se convierta en servicio fecundo a los demás, nuestras relaciones familiares y personales sean ámbito de felicidad y bienestar y, en fin, que durante este nuevo curso el Señor se nos muestre cercano con sus dones y su misericordia.

Seguro que todos los miembros de la comunidad universitaria habéis percibido –a veces, no sin desagrado– que durante los meses del pasado verano se han estado realizando obras en todos los edificios de la Universidad. La realización de la mayor parte de estas obras obedece al cumplimiento de normativas y disposiciones de seguridad; las del edificio de la Escuela de Ingeniería a la necesidad de concluir, con la tercera fase prevista, la remodelación de todo el edificio emprendida hace unos años. Me refiero aquí a las obras por dos motivos. En primer lugar, quiero dejar constancia del agradecimiento de la Universidad a los técnicos y obreros que durante el verano, y especialmente en el mes de agosto, han trabajado con ritmo acelerado, –incluso se podría decir que bajo presión–, sin detener la actividad ni siquiera los fines de semana, adelantando los trabajos a fin de causar los menos perjuicios posibles a la labor académica en septiembre y durante el nuevo curso. Junto a ellos expreso también mi agradecimiento y el de toda la Universidad al personal de Oficialía Mayor, que está atendiendo a la marcha de las obras, y al de Biblioteca, que se ha ocupado del traslado de los fondos a su nueva ubicación durante el verano, incluso durante el mes de agosto cuando debería haber disfrutado sus vacaciones. Por otro lado, quiero apelar también a la comprensión y a la paciencia de todos para soportar con paz y buen humor las dificultades e incomodidades que obras de tanta envergadura nos provocarán mientras duren. Aprovecho la ocasión para anunciar que la restauración de la fachada de este edificio y la tercera fase del edificio de Alberto Aguilera, 25 se prolongarán durante todo el curso 2004-05, aunque, según lo previsto, el grueso de la obra del edificio de la Escuela de Ingeniería concluya en febrero o marzo. Así mismo, durante el próximo verano emprendemos en el

edificio de biblioteca de Canto Blanco las actuaciones necesarias para cumplir la nueva normativa de seguridad como hemos hecho este verano con el edificio académico.

El inicio de un nuevo curso suele ser momento apropiado para alumbrar proyectos, hacer previsiones y planificar el futuro a corto –un año– y medio plazo, que nos ayuden como comunidad universitaria a concretar en unos pocos objetivos alcanzables las buenas intenciones, frecuentemente algo indeterminadas, que nos suelen acompañar a las personas cuando iniciamos cualquier etapa nueva.

Espero que durante este curso podamos abordar en la Universidad el proceso que anuncié al comienzo del curso pasado, al hilo de la entonces inminente publicación de los Reales Decretos de grado y de postgrado y que, junto a otros motivos, debido principalmente al proceso electoral y a la formación de un nuevo gobierno con la sustitución de equipos y personas que lo acompaña, se ha visto ralentizado durante los últimos meses. El 28 de julio pasado, en su primera intervención ante el Consejo de Coordinación Universitaria, la Sra. Ministra de Educación y Ciencia anunció el propósito de su Ministerio de aprobar los Reales Decretos que regularán la nueva estructura de los estudios oficiales de grado y postgrado con vistas a la convergencia en el Espacio Europeo de Educación Superior (EEES) en los siguientes seis meses. El nuevo Proyecto de Real Decreto por el que se establece la estructura de las enseñanzas universitarias y se regulan los estudios universitarios de grado nos ha sido remitido a los miembros del Consejo de Coordinación Universitaria el 4 de agosto y el nuevo Proyecto de Real Decreto por el que se regulan los estudios de postgrado lo será en breve. Ambos textos han sido revisados de acuerdo con las observaciones del Consejo de Estado, del Consejo de Coordinación Universitaria y las matizaciones que el propio Ministerio de Educación y Ciencia ha considerado convenientes. Acompasando el paso a la aprobación de esos Reales Decretos deberemos iniciar un proceso de reflexión que nos conduzca a tomar en la Universidad dos decisiones cuya importancia estratégica no se os escapa. Por un lado, hemos de proceder a la revisión del Proyecto Educativo de la Universidad y, por otro, hemos de diseñar las estructuras más adecuadas para impartir el postgrado que incluye los másters oficiales, los másters y otros títulos propios así como las modificaciones que la nueva legislación imponga sobre el doctorado.

El Proyecto Educativo de la Universidad, que fue aprobado por la Junta de Gobierno el 30 de marzo de 1998, ha dado sus frutos durante estos años y nos ha permitido, enlazando con la tradición pedagógica de la Compañía de

Jesús y de nuestra Universidad, avanzar en el camino de mejora de la calidad de la docencia y en la transmisión de valores relacionados con la formación humana y social, la promoción de la justicia y la interacción de la fe cristiana con la cultura actual. En el Proyecto Educativo de la Universidad se definían las enseñanzas complementarias que nuestra Universidad ha venido ofreciendo a sus estudiantes como sello distintivo de nuestra identidad, el diseño de la formación integral que queremos ofrecer a nuestros alumnos así como el estilo pedagógico de nuestra Universidad. La revisión que hemos de realizar no obedece a que el Proyecto Educativo actualmente vigente parezca desfasado, sino precisamente a que hemos de encontrar la mejor manera de que los principios de nuestro Proyecto Educativo –y en concreto los tres aspectos a los que acabo de aludir–, mantengan su eficacia, o incluso la mejoren, en los parámetros del nuevo marco legal que durante los años próximos va a regular todos nuestros títulos oficiales.

En comparación con otras universidades la nuestra tiene en estos momentos una posición envidiable por lo que toca al número de alumnos que eligen cursar su postgrado con nosotros en relación con el número de alumnos de grado. Al mismo tiempo, en los últimos años, gran parte de nuestros másters y cursos superiores de postgrado han ido alcanzando una calidad, que va siendo poco a poco cada vez más apreciada. Aprovecho esta mención para agradecer a los directores y coordinadores de los diversos cursos su dedicación y su buen hacer. El Real Decreto de postgrado nos va a obligar a entrar en una competitividad, hasta ahora no tan intensamente sentida, con otros muchos centros universitarios. Nos encontramos ante el desafío de coordinar lo nuevo que hayamos de diseñar con lo que tenemos, de modo que nuestra posición de partida sea trampolín y no trampa. Trampolín para saltar hacia mejores marcas y no trampa, bien porque nos impidiera tomar impulso para dar el salto necesario, bien porque una cierta ingenuidad nos hiciera imaginar que en el diseño de los másters oficiales debemos fundirlo todo nuevo sin aprovechar la experiencia de lo que venimos haciendo. Esta reflexión, que ha de ser tan imaginativa como realista, será liderada desde el rectorado y para ella recabaremos la imprescindible aportación de ideas y sensibilidades por parte de los departamentos de todas las Facultades y Escuelas. Los plazos que nos iremos marcando dependerán del ritmo que lleve la regulación legal y reglamentaria.

Habremos de prestar atención a estos dos puntos, que sin duda van a suponer cambios relevantes en muchas de nuestras enseñanzas, embarcándonos

en un proceso que afectará a toda la Universidad española. Sin embargo, como plan de actuación concreto, que no nos va a venir impuesto desde fuera sino que ha de nacer de nuestra propia dinámica como Universidad y de nuestra voluntad de ocupar uno de los puestos de cabeza en el *ranking* de la universidad española, invito a los departamentos a prestar una atención prioritaria durante este curso, a la delimitación de las estructuras de investigación de modo extensivo hasta conseguir que alcancen, en la medida de lo posible, a todos los profesores con dedicación de la Universidad, o a su mayoría al menos. Aunque no nos obligan disposiciones legales sí lo hace la competitividad creciente de las universidades de nuestro entorno y los procesos de acreditación de títulos a que seremos sometidos y de evaluación del profesorado a que deberemos someternos. Y nos obliga, sobre todo, nuestra propia dinámica interna de apuesta por la calidad y la excelencia. La investigación es una de las funciones de los departamentos definida en los Estatutos Generales, que en el artículo 38 establecen que “los departamentos (...) sirven a la planificación, coordinación y desarrollo de la investigación (...)”, al tiempo que uno de los objetivos plasmados en el Plan Estratégico de la Universidad pretende “Incrementar selectivamente la implicación investigadora de la Universidad, en orden a aumentar la producción científica y la transferencia de conocimiento y tecnología hacia el entorno.” Para ello, el mismo Plan Estratégico propone algunas estrategias entre las que menciono las tres primeras: “Constituir y consolidar grupos de investigación”, “Fomentar e incentivar las publicaciones” y “Fomentar la motivación y el papel activo del profesor en la realización de proyectos de investigación”. Me gustaría que, al lado de la renovación pedagógica implicada en la implantación del crédito europeo, en la que los departamentos comenzaron ya a trabajar el curso pasado, la atención prioritaria de los departamentos, durante este curso, se oriente a abrir –o potenciar allí donde ya está abierta– una dinámica que habrá que ir alimentando y profundizando en los años próximos, según la cual cada profesor con dedicación en nuestra Universidad emplee parte de su tiempo en formar parte de un grupo de investigación, con un proyecto de objetivos bien definidos y alcanzables en un plazo razonable, y con un interés no disimulado de poner al servicio de la comunidad científica el resultado de sus trabajos mediante publicaciones, con el mismo empeño, dedicación y competencia con el que todos nuestros profesores ponen lo mejor de su esfuerzo en la docencia y la atención a nuestros alumnos. Precisamente para que sirvan de cauce de publicación de los esfuerzos investigadores de nuestros profesores, la Universidad se empeña en mantener cinco revistas científicas y un servicio de publicaciones.

Soy bien consciente de las dificultades que comporta para cualquier Universidad dar los pasos necesarios que le permitan acercarse a conseguir este objetivo, de las cuales voy a mencionar solamente dos. Por una parte, la financiación. Porque estamos obligados a hacer compatible la inversión de recursos con una equilibrada cuenta de resultados, la financiación de la investigación constituye para nosotros dificultad grave al no poder apoyar ni la dotación en infraestructuras ni los gastos de plantilla en los presupuestos del Estado, exceptuadas las subvenciones puntuales –y generalmente escasas– para proyectos concretos que seamos capaces de conseguir. Aumentar la financiación exterior –de procedencia pública y privada– de nuestra investigación constituirá siempre uno de nuestros retos permanentes.

Una segunda dificultad nace de una cierta oposición –a veces percibida casi como incompatibilidad– entre la investigación y la docencia. Oposición que, en definitiva se acaba concretando en el tiempo y la atención invertidos en una u otra actividad. En general, los estudios empíricos publicados vienen a establecer que la investigación y la docencia no correlacionan. Se puede ser buen docente sin haber producido investigación, al tiempo que el hecho de haber obtenido buenos logros investigadores, por sí mismo, no mejora la docencia, aunque tampoco la empeora. Sin embargo, estos estudios suelen manejar un concepto restringido de investigación, ceñido en general a lo que habitualmente se denomina investigación-punta.

Ahora bien, desde que Alexander von Humboldt fundó en 1810 la Universidad de Berlín la naturaleza de la Universidad moderna se configura no sólo por su actividad docente sino por la investigación. El desafío de ser una universidad investigadora lo tenemos delante, no sólo nosotros sino también la Universidad española en su conjunto. El Informe Bricall afirma que *“la investigación en la universidad española constituye una actividad relativamente reciente... se inicia a finales de la década de los sesenta con la organización de los primeros grupos de investigación y culmina con la aprobación... de la Ley de la Ciencia. La LRU... consagró definitivamente el modelo actual de universidad, estableciendo la doble dimensión de estas instituciones como centros docentes y como centros de investigación. Desde entonces la investigación se reconoce como actividad básica del personal universitario, que se organiza en los departamentos y que se rige por criterios de calidad investigadora”*¹.

¹ J.M. BRICALL, “Universidad 2 mil”. Ed. CRUE, Madrid 2000, p. 22.

Desde los años sesenta la Universidad española ha entrado en un proceso acelerado en que la labor del profesorado universitario se juzga no tanto por la docencia que imparte cuanto por la investigación que produce. Ya se han detectado señales en la Universidad pública que ponen en guardia, no fuera a ocurrir que atender a la investigación redunde en descuido de la docencia. Es en este punto donde nuestra Universidad se encuentra desafiada no sólo para no quedarse atrás como institución docente superior de hoy, que para ser universitaria ha de ser investigadora, sino que es necesario dar respuesta a este desafío al tiempo que mantenemos, o incluso mejoramos, nuestro nivel de calidad y excelencia en la docencia. Aun aceptando que la actividad docente en los primeros cursos de los programas universitarios pueda caminar disociada de la investigación, no veo como pueda mantenerse esa disociación en el postgrado, a menos que se conciba éste como mera formación profesional y, menos aún, en el doctorado. De hecho, unos buenos *curricula* investigadores son imprescindibles para obtener mención de calidad en los programas de doctorado y la adjudicación de becas de formación del personal investigador a alumnos de doctorado depende más del *curriculum* del profesor que del expediente del alumno.

Pero este desafío, además de serlo para la Institución, reta a cada uno de sus profesores, quienes ya hoy y más todavía en el cercano futuro, para ser verdaderos profesores universitarios hemos de unir a la actividad docente y de atención al alumno una razonable actividad investigadora. Porque el profesor universitario no puede sentirse satisfecho si se limita a confrontarse únicamente con sus alumnos, que por definición, saben menos que él, sino que necesariamente ha de sentirse impelido a confrontarse con aquellos que saben tanto o más que él y recibir de ellos las críticas, sugerencias o informaciones que han de servirle de acicate y que son las únicas que poseen la cualidad necesaria para que, confirmando sus intuiciones o a veces desestabilizando sus certezas, le hagan crecer en sus conocimientos. La implantación del crédito europeo debe llevar a cada profesor a reflexionar sobre su propia metodología docente y esta reflexión no puede ser ajena a los derroteros por los que hoy discurre la investigación en cada materia y sus principales centros de interés. En esta línea se manifiesta la UNESCO al constatar en su Declaración mundial sobre la Educación Superior que *“cuando la educación superior y la investigación se llevan a cabo en un alto nivel dentro de la misma institución se logra una potenciación mutua de la calidad”*².

² “Declaración mundial sobre la Educación Superior”, art. 1 b) p. 4.

Sería injusto no reconocer cuanto se ha avanzado y mejorado en nuestra Universidad en los últimos años. Al menos desde 1978, en que se constituyó la Universidad que hoy tenemos, ha sido una de las preocupaciones de todos los rectores, quienes han establecido políticas para impulsar la investigación y animar a los profesores. Soy testigo cercano de ello pues ya 1981 pertenecía a la Comisión de Investigación y desde 1984 fui Coordinador de Investigación en diversas figuras hasta 1994 en que, por primera vez en nuestra Universidad, mi predecesor en el rectorado creó un vicerrectorado de Investigación. Pero no es necesario acudir a testigos. Basta repasar las Memorias académicas de los últimos años para constatar una evolución altamente positiva en tesis doctorales defendidas, proyectos financiados con fondos públicos, privados y por la propia Universidad, trabajos de calidad publicados en libros y revistas científicas, ponencias presentadas en congresos, reuniones científicas celebradas en la propia Universidad en las que nuestros profesores no sólo han corrido con el bocado del león de la labor científica sino también con gran parte de la organización. Han trabajado muy bien nuestros institutos universitarios, entre los que quiero mencionar, sin que suponga hacer de menos a los demás, al Instituto de Investigación Tecnológica, al cumplirse en este año 2004 los primeros 20 de su existencia. Igualmente, muchos de nuestros departamentos realizan una labor investigadora de no desdeñable calidad.

¿Qué nos falta, entonces? Extenderlo. Creo que aún debemos hacer un esfuerzo suplementario buscando extender la actividad investigadora en aquellos departamentos y a aquellos profesores que aún no se han sumado a esta dinámica. En cuanto sea posible, es preciso que todos los departamentos y todos los profesores, así como al comienzo de curso tienen establecido y detallado una programación docente, establezcan también una programación investigadora. A aquellos departamentos y profesores que ya lo están haciendo les quiero pedir que no decaigan en el empeño y animarles a que procuren concurrir a las convocatorias públicas. Participar en estas convocatorias es muy conveniente, no sólo para conseguir recursos sino también, porque en la situación en la que nos encontramos, el hecho de haber obtenido financiación en esos concursos, es percibido como garantía de la viabilidad del proyecto, de la solvencia del equipo investigador y de la calidad de la investigación. Ahí está la convocatoria de becas de excelencia de la Comunidad de Madrid de este año para probarlo.

Como acabo de decir soy consciente de las dificultades y, por tanto, estas palabras mías, al tiempo que intentan señalar el sendero por donde debemos caminar quieren, sobre todo, agradecer el trecho recorrido a quienes, emprendido

el camino, llevan tiempo avanzando al sol y a la fatiga, y animar encarecidamente a animarse a cuantos aún no lo han hecho o lo han emprendido con timidez o con desgana.

Es sabido que el éxito en la investigación depende de tres factores: la infraestructura necesaria, el tiempo invertido en investigación y la motivación del investigador. Por parte de la Universidad trataremos de mejorar cuanto sea posible en todas ellas, pero por lo que se refiere a las dos últimas la responsabilidad de cada profesor es indelegable. Está probado que el tiempo que un profesor universitario dedica a investigar produce investigación, al revés de lo que ocurre con la docencia, pues por dedicar más tiempo a preparar clases no necesariamente se enseña mejor. Animo pues a quienes necesiten ánimo a alentar su motivación y a dedicar tiempo a investigar venciendo quizá la rutina y sacudiéndose, si fuera preciso, la desconfianza, seguro que injustificada, en las propias posibilidades.

No son éstos los únicos proyectos para el curso que iniciamos pero no voy a alargarme más. En esta ocasión me he querido detener de modo especial en la investigación porque entiendo que supuesta la calidad de la docencia, que ya tenemos y de la que nos podemos gloriarnos, una razonable actividad investigadora capaz de concretarse en la publicación de artículos y libros, junto con el incremento de la movilidad de alumnos y profesores constituyen los tres vectores en cuya fuerza nos jugamos en el futuro próximo ser una universidad de primera calidad.

Sin embargo, antes de acabar quiero dejar apuntado el interés del rectorado por concluir, durante el presente curso, la descripción del perfil de los puestos de trabajo del personal de administración y servicios, en lo que se ha venido trabajando ya durante meses y por desarrollar un plan de formación general para este personal que promueva la mejora en el desempeño del puesto de trabajo, así como habilidades, conocimientos y destrezas para su desarrollo profesional.

Concluyo ya con algunas palabras de agradecimiento. En primer lugar quiero agradecer al profesor Juan María Laboa su amena y magnífica lección inaugural de este curso académico, que es, al tiempo, lección de clausura de su actividad docente en la Universidad. Por eso, mi agradecimiento personal y el agradecimiento de la Universidad y de su Facultad de Teología no se ciñen a esta lección sino que se extienden a toda su labor en el departamento de Historia de la Iglesia durante los 35 años en que ha formado parte de nuestro claustro. Así mismo agradezco a todos ustedes su presencia en este acto y su atención. De modo especial al P. Vice-Gran Canciller de la Universidad y al Sr. Presidente del Patronato de la Fundación Universitaria Comillas-ICAI. Muchas gracias.

29 de septiembre de 2004

DÍA DE LA COMUNIDAD UNIVERSITARIA (2005)

Aún no han pasado quince días desde que el Cardenal Arzobispo de Sevilla, Fray Carlos Amigo, pronunció en nuestra Universidad una conferencia sobre la Virgen de los Reyes en Madrid. Comenzó su discurso recordando la formación recibida en su juventud junto a los jesuitas en Valladolid, diciendo que “había aprendido mucho en las casas de los jesuitas, especialmente a servir y a ayudar”. Recuerdo ahora esta anécdota no para recrearme en algo que, sin duda, en aquel momento me halagó sino porque me parece que puede ayudarnos a vivir con hondura el sentido de este acto. Porque me gustaría que esta celebración anual del Día de la Comunidad Universitaria fuera, ante todo, celebración de lo que da sentido a nuestra identidad como Universidad: enseñar a nuestros alumnos a servir a la sociedad y a ayudar a los demás, capacitándoles para hacerlo de modo excelente. Y como es propio de los buenos maestros enseñar no sólo con palabras sino con obras, hoy felicitamos y nos congratulamos con algunos de los miembros de nuestra Universidad que son ejemplo vivo de ese servicio y de esa excelencia.

Que la actividad de nuestra Universidad y el trabajo de cuantos la formamos esté centrada en el servicio, me parece que es un sueño posible y no un delirio inalcanzable. Pero un año en el que conmemoramos el cuarto centenario de la publicación de la primera parte de *El Quijote*, nos autoriza a pensar que, para quien vive de ideales y está dispuesto a asumir cualquier sacrificio personal con tal de alcanzarlos, no hay tanta diferencia entre delirios utópicos y la realidad posible. Así lo veía Jorge Luis Borges en una conferencia que pronunció en la Universidad de Texas al afirmar que “Cervantes sabía que la realidad estaba hecha de la misma materia que los sueños”¹. Pues D. Quijote abandona su casa y hacienda, sin resignarse a una vida mediocre, dispuesto a “favorecer y ayudar a los menesterosos y desvalidos”² para servir a la “señora de sus pensamientos”³, a quien, como él mismo dice, “píntola en mi imaginación como la deseo”⁴.

¹ *Mi entrañable señor Cervantes*. Traducción publicada en *Letra Internacional* de la conferencia pronunciada en inglés por Jorge Luis Borges en la Universidad de Texas, Austin.

² Capítulo XVIII.

³ Capítulo II y *passim*.

⁴ Capítulo XXV.

Aunque enajenado por hacer realidad sus delirios y a pesar de que sus aventuras le dejan desvencijado y molido a palos, nos va mostrando que su idealismo brota de una cordura superior a la aparente razón de los cuerdos.

Que esta fiesta del Día de la Comunidad Universitaria nos sirva para pintar en nuestra imaginación la Universidad, tal como la deseamos, y dejando atrás cómodas inercias nos lancemos a la aventura de hacer realidad, aun a costa de algún sacrificio personal asumido con generosidad, esa Universidad imaginada. Nos pueden servir de ejemplo los compañeros a los que hoy rendimos homenaje y a quienes queremos manifestar nuestro agradecimiento por haberse distinguido por la perseverancia y la hondura de su servicio, por haberse implicado con dedicación, inteligencia y voluntad en capacitarse para que su servicio alcanzara la calidad de la excelencia o por haberse señalado mostrando su interés y compromiso en la ayuda a los más necesitados.

Ante todo es momento para agradecer a los seis profesores y a los dos trabajadores de la Universidad el servicio y la ayuda prestados durante tantos años a alumnos y compañeros. Durante este tiempo en la Universidad nos hemos beneficiado de vuestro trabajo, de vuestra competencia y de vuestra compañía. Cuando cesa vuestra relación laboral quiero dejar constancia del agradecimiento institucional y personal por vuestra aportación a la obra común. No es la primera vez que digo que el cese de la relación laboral no significa el final de cualquier relación. Al revés, seguís formando parte de nuestra comunidad universitaria, pero de otra manera. Una Universidad no está formada sólo por sus aulas, laboratorios y bibliotecas, por sus alumnos, administrativos y profesores, por su docencia, investigación y contribuciones al desarrollo social. Una Universidad se constituye también por el tejido de su patrimonio humano, su herencia cultural y sus relaciones de amistad. Vosotros formáis parte de nuestro mejor patrimonio y queremos continuar contando con vosotros de un modo distinto y nuevo en el que ha de brillar, ante todo, vuestra experiencia y vuestra generosidad. Ejemplo de ese modo nuevo de pertenecer a la Universidad y de aportarle su sabiduría nos ha dado esta tarde el P. Pedro Morales en las palabras que nos ha dirigido hace un momento. Nuestro agradecimiento de corazón por sus palabras y sobre todo por su servicio a él y a los demás compañeros jubilados.

Acabamos de asistir a la investidura de los 22 nuevos doctores que durante el año 2004 han alcanzado en nuestra Universidad el supremo grado académico y hemos impuesto la medalla de la Universidad a cinco nuevos profesores

propios. Grado de doctor y categoría de profesor propio. Como suele pasar con muchas realidades humanas, ocurre también con el lenguaje. Imperceptiblemente las palabras se van tiñendo de connotaciones más allá de su significado propio porque al usar las palabras las vamos cargando de valores. Me gustaría que grado –que etimológicamente se relaciona con el significado de “caminar o avanzar”– signifique para vosotros un paso adelante en el camino de la capacitación para un servicio más cualificado y más generoso y que categoría, que originariamente significa tener atribuida una cualidad, quiera decir en esta Universidad que quienes están en la categoría de profesor propio tienen atribuida por los demás, y ellos así lo sienten, la cualidad de distinguirse por su servicio y su capacidad de ayuda académica a alumnos y compañeros. Pasar de adjuntos a agregados o de agregados a ordinarios no ha de significar cambiar de una a otra categoría sino profundizar en misma categoría de generosidad, competencia y servicio. Esta ha de ser para nosotros la principal y quizá única razón de las promociones. Se adquiere categoría por servir más y por ofrecer un servicio de todavía mejor calidad; ni por motivos económicos ni para escalar peldaños honoríficos. Así, pues, la medalla que habéis recibido es el símbolo de vuestro servicio y de la calidad de vuestro compromiso.

Hemos entregado también los diplomas de los Premios Extraordinarios de fin de carrera, las Menciones Honoríficas a las mejores tesis doctorales defendidas en cada Facultad o Escuela durante el curso 2003-04 y, por primera vez, este año hemos entregado el Premio José María Ramón de San Pedro a la mejor tesis doctoral presentada en las Facultades de Ciencias Económicas y Empresariales o Derecho, al modo como se venía haciendo en la Facultad de Teología. Con ser indispensable, el servicio y la ayuda no se pueden prestar de modo eficaz sólo a base de buena voluntad. Es imprescindible también la preparación técnica y la cualificación profesional. Estos premios están orientados a reconocer esa calidad en la preparación para el servicio. Enhorabuena a cuantos habéis merecido la distinción y sabed que para vosotros esta distinción, aun siendo timbre de honor, ha de ser, sobre todo, acicate para continuar por el camino de la excelencia en el compromiso y el servicio. Quiero expresar a los familiares de D. José María Ramón de San Pedro el agradecimiento de la Universidad por la iniciativa de este premio que nos ayuda –y nos compromete también– a trabajar más y más por la calidad de nuestro doctorado.

Finalmente hemos entregado el VI Premio Santo Padre Rubio, S.J. destinado a premiar trabajos de carácter científico que hagan avanzar el conocimiento

de la inmigración. Convoca el premio el Instituto Universitario de Estudios sobre Migraciones y su financiación, debida originariamente a la Provincia de Toledo de la Compañía de Jesús, ha sido asumida actualmente por la nueva Provincia de Castilla. En la edición de este año se han presentado 46 trabajos originales –nunca antes habían sido tantos– y de gran calidad. Precisamente para reconocerlo el jurado decidió conceder tres menciones especiales no previstas en principio en las bases. El concurso no se limita a trabajos realizados en nuestra Universidad sino que se abre a investigadores y grupos de investigación particulares o de otras instituciones. El primer premio de los entregados este año ha sido ganado por un equipo de investigación de la Universidad de Salamanca y el segundo por una doctoranda del Instituto de la Familia de nuestra Universidad. A los premiados y a todos los participantes en el concurso nuestra felicitación por su labor y nuestro agradecimiento por haber querido concurrir al certamen. Agradezco también la sensibilidad de la Compañía de Jesús para dotar este premio que intenta alentar en el mundo universitario trabajos que desde una perspectiva académica aporten conocimiento a uno de los problemas sociales y humanos más relevantes de nuestro tiempo y que contribuye a que nuestro Instituto de Estudios sobre Migraciones se constituya en centro de referencia en la búsqueda de soluciones.

Aunque no les hayamos entregado ninguna distinción quiero aprovechar nuestra reunión en este acto para manifestar públicamente el agradecimiento de la Universidad y también el mío personal a los profesores doctores que han solicitado ya la evaluación positiva, bien a la Agencia Nacional de Evaluación de la Calidad y Acreditación (ANECA) o bien a la Agencia de Calidad, Acreditación y Prospectiva (ACAP) de la Comunidad de Madrid. Soy consciente de que hacerlo ha supuesto, al menos durante las últimas semanas, incluidas las vacaciones de Navidad, un esfuerzo suplementario de recogida de datos, certificaciones y testimonios y quizá también en algunos una cierta ansiedad o inseguridad, que se suele sentir al someterse a un examen. Pero hacerlo es también, sin duda, un ejemplo más de servicio a las Facultades y Escuelas de la Universidad, de solidaridad con el resto de compañeros de la comunidad universitaria y de esfuerzo para conseguir la competencia y la excelencia. Muchas gracias de corazón. Animo al resto de los 347 profesores doctores que trabajan en la Universidad a ir preparando la documentación o, si fuera necesario, a ir mejorando su *curriculum* para someterse –mejor pronto que tarde– a la evaluación de su actividad académica. Con ello no sólo conseguirán un mejor reconocimiento

de su cualificación personal sino que también prestarán un servicio importante al conjunto de la Universidad.

El año 2005 no sólo es el cuarto aniversario de la publicación de El Quijote, sino que es también el año en el que el Papa Juan Pablo II ha querido que la Iglesia se centrara de modo especial en el misterio de la Eucaristía. El servicio y la ayuda solidaria que han sido el *leit motiv* de estas palabras mías, para un cristiano, tienen en la celebración de la Eucaristía su raíz y su corona. Al fin y al cabo es la entrega de la vida de Jesucristo, que no vino a ser servido sino a servir, lo que hace posible y da sentido eterno a nuestra entrega cotidiana en el servicio a los demás. Concluyo con unas palabras del Papa en la Carta Apostólica *Mane nobiscum Domine*, que pueden servirnos, durante este año, como bosquejo de nuestros ideales, al que hemos de ir dando forma definida en nuestro trabajo diario: “La Eucaristía no sólo es expresión de comunión en la vida de la Iglesia; es también proyecto de solidaridad para toda la humanidad. (...) En la Eucaristía se forman hombres y mujeres que, en los diversos ámbitos de responsabilidad de la vida social, cultural y política, sean artesanos de diálogo y comunión. (...) Nuestro Dios ha manifestado en la Eucaristía la forma suprema del amor, trastocando todos los criterios de dominio, que rigen con demasiada frecuencia las relaciones humanas, y afirmando de modo radical el criterio del servicio: Quien quiera ser el primero, que sea el último de todos y el servidor de todos”⁵.

Muchas gracias.

27 de enero de 2005

⁵ *Mane nobiscum Domine* nn. 27-28.

ACTO DE GRADUACIÓN DEL CURSO 2004-05

Permitidme una palabra de enhorabuena al concluir este acto con el que estamos celebrando vuestra graduación en la Universidad Pontificia Comillas. ¡Qué rápido ha pasado el tiempo! Parece que fue ayer cuando iniciabais vuestros estudios universitarios y aquí estamos, vosotros a punto de conseguir vuestra titulación y nosotros, profesores y compañeros, padres, familiares y amigos, acompañándoos con gozo y satisfacción. Si echáis la vista atrás, seguro que vienen a vuestro recuerdo las ilusiones e inseguridades del comienzo, el esfuerzo constante a lo largo de los cursos, la alegría al superar cada nueva etapa, el gusto de aprender. Durante estos años habéis ampliado vuestros conocimientos, os habéis dotado de nuevas destrezas, habéis desarrollado vuestra capacidad de trabajo personal y en equipo y os habéis formado profesionalmente. Pero con ser eso importante, lo mejor que habéis logrado estos años es haber madurado como personas. Vinisteis a la Universidad a alcanzar una formación integral y profesional y hoy celebramos que lo hayáis conseguido. Ha sido posible gracias a vuestras capacidades y a vuestro esfuerzo, pero también a la ayuda de vuestras familias, profesores y compañeros. Pues la relación personal de trabajo y amistad es la mejor escuela de formación. Por mi parte, os doy la enhorabuena, a vosotros y a vuestros padres, en nombre de cuantos formamos la comunidad universitaria, al tiempo que os manifiesto nuestro agradecimiento por haber confiado en nosotros.

Mis palabras que, como veis, son palabras de enhorabuena, sin embargo, no quieren serlo de despedida. A primera vista parece que al concluir vuestros estudios universitarios concluye también vuestra pertenencia a la Universidad. Pero no es así y, al menos por nuestra parte, no queremos que sea así. Porque al dejar de ser nuestros alumnos se inicia un nuevo modo de pertenencia a ésta vuestra Universidad. Desde ahora sois sus antiguos alumnos. Precisamente eso es lo que significa la imposición de becas y la entrega de insignias que acabamos de hacer. Lleváis sobre vuestro corazón, en la beca de la Universidad, nuestro escudo que es el símbolo de nuestra identidad y de nuestra razón de ser. Y que lo hayáis recibido os compromete con nuestro proyecto. No os impusimos la beca de la Universidad ni os entregamos su insignia el día que os matriculasteis en primero, para que las llevarais sólo mientras frecuentabais nuestras aulas. Lo hacemos precisamente ahora, cuando estáis a punto de dejar de ser nuestros

alumnos, porque deseamos que desde hoy, como antiguos alumnos, las llevéis por doquier con vuestro modo de ser y de hacer. Pues a partir de ahora habréis de ser portadores de los valores de nuestra Universidad y deberéis contribuir al desarrollo de la sociedad de acuerdo con vuestra forma de ser y de pensar que habéis forjado en estos años. En este momento toda nuestra comunidad universitaria se siente orgullosa de haberos tenido como alumnos. Nos gustaría que os sintierais orgullosos de vuestra Universidad pero nuestro mayor deseo es que todos, vuestros padres, vuestros profesores y vuestros compañeros también nos pudiéramos sentir orgullosos del modo como afrontaréis vuestra inserción profesional y desempeñaréis vuestra contribución a la sociedad y vuestro servicio a los demás. Que cualquiera que entre en relación personal o profesional con vosotros pueda reconocer en vuestro modo de ser y de actuar el sello de haber sido alumno de Comillas.

Pues en esta fiesta de hoy más que bajarse el telón de vuestros años universitarios se abre de par en par la puerta que despliega ante vuestros ojos el amplio horizonte de vuestro desarrollo profesional y de vuestro servicio a la humanidad. Hasta este momento el acento de vuestra existencia estaba puesto en recibir. De vuestros padres, de los profesores, de la sociedad en último término. Desde ahora el impulso que va a mover vuestras vidas ha de caracterizarse por contribuir y colaborar, servir y ayudar, dar y darse. De ahí que el día de hoy más que poner simbólicamente el punto final a unos años de formación iniciáis la escritura de un párrafo nuevo. El más largo y fecundo de vuestra vida. Por eso mis palabras de esta tarde no quieren ser una despedida sino que pretenden animaros e impulsaros hacia delante.

Me gustaría resumir en una palabra lo que la Universidad espera de vosotros. Y lo puedo hacer diciéndoos que os animo a que trabajéis por la libertad de todos, que pongáis vuestra competencia profesional y vuestras cualidades personales al servicio de la libertad. Entre todos los valores es quizá el de la libertad aquel al que nos hemos hecho más sensibles los hombres. En este año en que parece obligado referirse al Quijote quiero recordar cómo nuestro hidalgo manchego le decía a Sancho en una de sus instrucciones: “La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos; con ella no pueden igualarse los tesoros que encierra la tierra ni el mar encubre; por la libertad así como por la honra se puede y debe aventurar la vida, y, por el contrario, el cautiverio es el mayor mal que puede venir a los hombres” (Don Quijote, II, 58). Os invito, pues, a que consideréis la libertad el mayor tesoro y a que aventuréis vuestra vida por la conquista de la libertad.

Me da pie a haceros esta invitación el hecho de que este año se cumple el cuarenta aniversario del final del concilio Vaticano II, que la víspera de su clausura aprobó la declaración sobre la libertad religiosa con un documento titulado precisamente: la dignidad humana. Probablemente la libertad religiosa, reconocida ya en el artículo 18 de la Declaración Universal de Derechos Humanos de 1948, constituye el punto culminante de las libertades. La libertad psicológica o antropológica, la libertad social, política y económica, la libertad moral y religiosa son ramas de un mismo árbol y únicamente comprometidos en el crecimiento de todas seremos capaces de lograr el desarrollo de cada una. Pues la libertad no es divisible. O la humanidad se compromete en el respeto y la defensa de todas las libertades y para todos o no logrará ninguna. Y esto como exigencia de la misma dignidad humana, pues coartada la libertad de los hombres tampoco es posible mantener su dignidad.

Pero sobre la libertad no debemos engañarnos: la libertad no consiste en elegir entre dos posibilidades sino que la libertad es sencillamente la capacidad de hacer el bien. Como ya descubrió Sócrates, aunque tantas veces lo olvidemos, la libertad es la práctica de la virtud. No hay verdadera libertad más que en el servicio del bien y de la justicia. Pues elegir el mal no es libertad sino cautiverio. La libertad se identifica con la existencia humana de modo que donde no hay libertad no se da existencia que podamos llamar humana, sin forzar las palabras. Y ambas, la libertad y la existencia humana se identifican con el amor. De modo que donde no se ejerce el amor, ni existe libertad ni puede denominarse humano a ese modo de vivir. Existencia inhumana habría que llamarlo, más bien. Pero el amor no es sólo un sentimiento. Más aún. No siempre es un sentimiento. El amor es un comportamiento. Amamos cuando nos comportamos con los demás como nos comportamos con nosotros mismos. Por eso, el compromiso por la libertad no se ejerce tanto reclamándola para uno mismo como reconociéndosela a los demás. La libertad no se puede trocear reconociendo unas libertades sí y otras no. Pero tampoco se puede repartir desigualmente entre los hombres reconociéndola a unos sí y a otros no. Sólo merece el nombre de libertad la capacidad de hacer el bien reconocida a los demás al mismo nivel que la reclamo para mí. La libertad así entendida sólo es posible tras la victoria de la verdad y únicamente sobre ambas, verdad y libertad, se pueden edificar la justicia y la paz. De ahí que no dispongamos de la libertad como algo poseído de antemano o que podamos dar fácilmente por supuesto. Es un don de Dios otorgado al hombre como posibilidad y, por tanto, como tarea.

A sumar vuestros esfuerzos a esa tarea eterna de la humanidad quiero convocaros en este día en que abandonáis nuestras aulas para iniciar vuestra contribución al desarrollo humano. La libertad de cada uno de vosotros crecerá en la medida en que vayáis siendo capaces de asumir las exigencias de la convivencia social y os vayáis obligando al servicio de la sociedad. La libertad va unida siempre a la responsabilidad. Que pongáis la formación profesional y humana recibida en estos años en la Universidad al servicio de la libertad de todos. Esa es vuestra responsabilidad. Si así lo hacéis la Universidad estará orgullosa de vosotros pero –y esto es lo más importante– también vosotros estaréis orgullosos de vosotros mismos.

Concluyo agradeciéndooos a vosotros los años que habéis pasado en nuestra Universidad y a vuestros padres, amigos y familiares su presencia en este acto. Agradezco al P. Luis López-Yarto Elizalde, Profesor de Psicología en la Facultad de Ciencias Humanas y Sociales, que con agrado y disponibilidad haya aceptado apadrinar esta promoción. Con este acto el P. Luis López-Yarto llega a su jubilación como profesor en nuestra Universidad. No puedo dejar pasar la oportunidad sin agradecerle públicamente en esta ocasión solemne su dedicación de tantos años y la calidad de su dedicación a la titulación de Psicología y a la Facultad de Ciencias Humanas y Sociales de la que fue decano. Para cuantos os tituláis como licenciados en Psicología no sólo es un padrino de promoción. Es también y, sobre todo, un ejemplo como persona y como competente profesional de la psicología.

Muchas gracias.

24, 25 y 26 de junio de 2005

APERTURA DEL CURSO 2005-06

El pasar inexorable de las hojas del calendario nos vuelve a situar en el acto de inauguración de un nuevo curso. Quizá tengamos la sensación de hallarnos uncidos, por designio casi fatal, a un yugo de eterno y rutinario retorno. Y, sin embargo, no es así. Pues la existencia no vuelve para repetirse y la historia tampoco. De modo que el curso que estos días comenzamos, lejos de una rutinaria repetición, supone la apertura única de un nuevo horizonte de posibilidades, ante el que, hasta hoy, nunca nos habíamos encontrado. Pues un nuevo curso es un regalo irrepetible de Dios, lleno de su misericordia y, también, de oportunidades para gastarlo y disfrutarlo en su adoración y en el servicio y amor solidario a todos aquellos con quienes durante este tiempo compartiremos la andadura del camino. Por eso, mi primera palabra de este nuevo curso es la de manifestaros mi deseo, para cada uno de los que estudiamos y trabajamos en la Universidad, de que llenemos las hojas todavía en blanco del calendario que hoy inauguramos, de trabajo fecundo, amistad, enriquecimiento mutuo y bienestar personal y profesional.

En nuestra Universidad, como en todas las instituciones de la Compañía de Jesús, viviremos el curso próximo en la perspectiva de un año jubilar que comenzará oficialmente el próximo 3 de diciembre. Los jesuitas celebramos el cuatrocientos cincuenta aniversario de la muerte de S. Ignacio de Loyola y el quinto centenario del nacimiento de S. Francisco Javier, evangelizador infatigable de India y Japón que murió a las puertas de China, a la que soñó en ganar para Cristo, y del Beato Pedro Fabro, el primer jesuita ordenado sacerdote, que se distinguió por su vida de oración y que en 1541 introdujo la Compañía en España.

La Compañía de Jesús nació en la Universidad de París y fueron precisamente el saboyano Pedro Fabro y el navarro Francisco Javier los dos primeros compañeros universitarios que Ignacio encontró en 1529, su segundo año de estudios en París, al trasladarse del Colegio de Monteaugudo, donde se había alojado durante su primer curso, al de Santa Bárbara, en el que ellos residían. En el Colegio de Santa Bárbara Fabro compartía habitación con Javier —ambos tenían 23 años— y la compartió luego también con Ignacio, un compañero unos

quince años mayor, de quien le pusieron como tutor para ayudarle a avanzar en los estudios, que llevaba retrasados para su edad¹.

Aquel grupo de tres universitarios creció hasta siete primero y hasta diez después. Algunos de ellos, al acabar sus estudios, comenzaron a dar clases en diversas universidades y lo siguieron haciendo, una vez constituidos en Compañía de Jesús por la aprobación de Pablo III en 1540. Enseguida fundaron sus propios colegios, que hoy hubiéramos llamado mayores, donde impartían una docencia complementaria a la impartida en las universidades, y en pocos años, a instancias y con el patrocinio de reyes, nobles, obispos o autoridades municipales, fundaron colegios y universidades donde los jesuitas, secundados muchas veces por maestros y lectores seculares, cargaban con toda la responsabilidad de la institución docente. Las dos primeras universidades de la Compañía fueron la de Gandía, fundada como colegio en 1546, bajo el patrocinio del santo duque, y elevada a Universidad por Pablo III al año siguiente, y el Colegio Romano fundado en 1551, que obtendría de Pablo IV la capacidad de otorgar grados académicos en 1556, el año de la muerte de Ignacio, y que, más tarde, pasaría a llamarse Universidad Gregoriana en reconocimiento al patrocinio del papa Gregorio XIII².

Nuestros Servicios de Pastoral y para el Compromiso Solidario y la Cooperación al Desarrollo junto con la Unidad de Actividades Culturales, Seminarios y Jornadas han preparado un programa sugerente de actos a desarrollar a lo largo del curso, en conmemoración de estos aniversarios. Los aniversarios no suelen celebrarse como mero recuerdo de un pasado que ya no existe, sino que su memoria, recuperando lo permanente y vivo de la aventura vital de los antiguos, ha de servir para relanzar y robustecer el impulso que mueve el compromiso de sucesores y herederos. Permitidme recordar algunos aspectos del compromiso educativo de aquellos primeros jesuitas que pueden reavivar nuestra identidad como Universidad e inspirar nuestra tarea universitaria de hoy.

¹ Fabro, al consignarlo en sus Memorias, escribió: “viviendo en la misma habitación compartíamos la misma mesa y la misma bolsa... al final llegamos a tener los mismos deseos y el mismo propósito de elegir esta vida que ahora tenemos”. *En el corazón de la reforma. Recuerdos espirituales del Beato Pedro Fabro*, Bilbao, 116.

² R. GARCÍA-VILLOSLADA, *San Ignacio de Loyola. Nueva Biografía*, Madrid, 1986, 885-7 y 896-7.

En palabras que saben a antiguo la Compañía de Jesús se fundó para “ayudar a las ánimas” y los primeros jesuitas entendieron que el cultivo de las letras se hallaba en estrecha relación con la virtud. No fue ésta una idea original suya sino que había sido popularizada por Petrarca, el padre del humanismo, a mediados del siglo XIV³. Desde muy pronto los jesuitas pensaron que trabajar en colegios y universidades, dedicándose a la formación no sólo de los futuros jesuitas sino también de otros jóvenes, era una manera de desarrollar su misión, pues estaban convencidos de que la educación era un excelente camino para la evangelización y, por tanto, para el bienestar de los pueblos. Cuando en 1555 recomendaron al obispo de Murcia que estableciera un colegio en su diócesis le dijeron que sería de “gran provecho para la república formar buenos sacerdotes, buenos funcionarios civiles y buenos ciudadanos de toda condición social”⁴ y cuando en 1556 el P. Pedro de Ribadeneira escribía a Felipe II para explicarle por qué la Compañía se dedicaba tan de lleno a los colegios le decía: “Todo el bienestar de la cristiandad y de todo el mundo depende de la educación conveniente de la juventud”⁵. Esta convicción, que estuvo en el origen del compromiso educativo de los jesuitas, sigue siendo hoy la razón de ser de nuestra misión universitaria y, por tanto, el reto principal que nos desafiará cada día del nuevo curso. Lo que perseguimos con nuestro trabajo –y lo que le da sentido– es contribuir a formar hombres –varones y mujeres– virtuosos por su calidad personal, su cualificación profesional y su disponibilidad y generosidad para ponerse al servicio de los demás para construir una sociedad más justa y mejor.

Es indudable que aquellos jesuitas vieron coronada por el éxito su empresa educativa⁶, y se sentían orgullosos de ello –a pesar de las dificultades que sufrieron muchos centros y los fracasos de algunos. Pero su éxito no se debió a que contaran con hombres geniales–, sólo lo fueron algunos, –o con excelentes medios–, lo que ocurrió en muy pocos casos. Al revés, los documentos de la naciente Compañía, especialmente los cientos de cartas con que los primeros jesuitas se comunicaban entre sí, nos dan continuos testimonios de la falta de

³ J. W. O'MALLEY, *Los primeros jesuitas*, Bilbao, 259.

⁴ Citado por O'MALLEY, 261.

⁵ Citado por O'MALLEY, 260.

⁶ A la muerte de S. Ignacio contaban con 46 colegios –uno de ellos en Goa– y se disponían a abrir otros seis. Cf. R. GARCÍA-VILLOSLADA, *o.c.*, 894.

personas y de su escasa preparación, a veces⁷, de la carencia de recursos materiales de todo tipo, de las dificultades económicas por la que pasaban muchas de sus instituciones y de los recelos que, en ocasiones, suscitaban en otros.

Entonces, ¿dónde estuvo la razón de sus logros? A mi modo de ver las causas del éxito hay que buscarlas en la fe en el sentido de su trabajo, —estaban convencidos de que servían a una misión que hacía bien a las ciudades y mejoraba a las personas humana y espiritualmente—, en su capacidad para innovar y en su generosidad para renunciar a personalismos —que nacía de su espiritualidad de disponibilidad y servicio—, para poner sus cualidades, a veces excepcionales y en muchos otros casos, sólo mediocres, al servicio de la obra común.

Fue la conjunción de estas dimensiones lo que les hizo capaces de crear un excelente sistema pedagógico, que fueron construyendo poco a poco a partir del análisis y la reflexión sobre su experiencia educadora y que tenía como rasgos más distintivos y originales, frente a la educación al uso en la época, su calidad y su carácter social. Comenzaron aplicando a su enseñanza el “*modus parisiensis*”, pues les parecía que el método por el que ellos mismos habían estudiado en París llevaba ventaja sobre lo que se hacía en otras universidades europeas. Y llevaba ventaja precisamente por la atención personal que los profesores dispensaban a sus alumnos y por una docencia que fomentaba la participación de los discípulos al dar amplia cabida a los ejercicios prácticos. Pero seguían experimentado y reflexionaban sobre sus experiencias. Se comunicaban aquello que había tenido éxito en cualquier colegio y lo reproducían en los demás. Los jesuitas publicaron desde el principio gran cantidad de documentación sobre programación de las enseñanzas, principios y técnicas pedagógicas así como libros de texto, que ponían a disposición de todos en cualquier parte del mundo donde se encontraran. Estas publicaciones nos han dejado un testimonio claro de su capacidad de innovación. No es que se les ocurrieran muchas ideas geniales. Sino que fueron capaces de adoptar las de otros, especialmente los humanistas, y adaptarlas a las necesidades de los alumnos que tenían ante sí⁸.

Todo ello con una gran conciencia social. Característica bien significativa de la enseñanza de los jesuitas era que sus instituciones se hallaban abiertas a

⁷ Carta de S. Ignacio al P. Jerónimo Doménech (13 de enero de 1554) en *Obras de S. Ignacio de Loyola*, Madrid 1991, 978-9.

⁸ Puede verse el capítulo “Los colegios” en J. W. O’MALLEY, *Los primeros jesuitas*, Bilbao, 249-298.

todas las clases sociales, en muchos casos de modo gratuito, gracias al patrocinio que supieron conseguir. S. Ignacio ordenó a los jesuitas de Praga en 1552 que el colegio se abriera “para todos, pobres y ricos” y el jesuita mallorquín Jerónimo Nadal describe en 1561 el colegio de Monreale, a las afueras de Palermo, como “pequeño, incómodo, sin iglesia y sin dotación... De las aldeas vecinas vienen unos cuatrocientos estudiantes, la mayoría de los pobres más humildes”⁹.

Un ejemplo que muestra bien cómo unían su pasión por la calidad y la innovación pedagógica con su conciencia social lo tenemos en la creación de imprentas en sus instituciones educativas. En un tiempo en que los libros eran aún relativamente escasos y caros, los jesuitas consideraron que cada uno de sus alumnos debía disponer de libros de texto para su estudio personal. El volumen de publicaciones que emprendieron fue tal y el gasto creció tanto que enseguida sintieron la necesidad de contar con sus propias imprentas para poder disponer de libros a bajo costo¹⁰. Las dos primeras se inauguraron el año de la muerte de Ignacio. Una en el Colegio Romano y la otra en el colegio de Goa; ésta, cuyo primer libro impreso fue un compendio de la doctrina cristiana escrito por Francisco Javier, hizo de los jesuitas los introductores de la imprenta en la India.

Aquel aliento de los primeros jesuitas no ha de inspirar sólo a los jesuitas de hoy sino a cuantos colaboran en la misión de la Compañía trabajando en sus obras educativas. Y así lo dejó plasmado Ignacio en las Constituciones de la Compañía, donde dice sobre los profesores universitarios que “es de desear que sean doctos y diligentes, asiduos y que procuren el provecho de los estudiantes, así en las lecciones como en los ejercicios de letras, ahora sean los tales lectores de la Compañía, ahora de fuera della”¹¹. En fin, si recuperar la memoria de aquellos primeros jesuitas contribuye a alimentar nuestra fe en el valor del trabajo universitario y, por tanto, nuestra motivación, nos ayuda a abandonar personalismos para plantear los contenidos y los métodos de nuestra docencia colegialmente, y nos anima a cambiar algunos surcos estériles o ya trillados por sendas nuevas que prometen mejores frutos, la celebración de estos aniversarios en nuestra Universidad habrá merecido la pena.

La conciencia social que inspiró la labor de aquellos primeros jesuitas no es uno de los elementos caducos del pasado sino una dimensión que la Compañía

⁹ Citado por O'MALLEY, 262.

¹⁰ R. GARCÍA-VILLOSLADA, *o.c.*, 905-6.

¹¹ CSI, 369.

de Jesús quiere mantener vigente y viva en todas sus instituciones. Para avanzar en esta dirección la Junta de Gobierno aprobó un programa de becas de excelencia cuya puesta en práctica comienza este curso. También espero que en los próximos meses podamos revisar el programa de concesión de becas con cargo a la Universidad con vistas a hacerlo más transparente –y por tanto más justo– y a ampliarlo en la medida de nuestras posibilidades. Pero más allá de las ayudas que nosotros podamos conceder es ineludible que cuantos estudien con nosotros profundicen en su responsabilidad y su compromiso con esos otros mundos que forman parte del nuestro y que tantas veces nos resultan invisibles.

Durante el nuevo curso continuaremos avanzando en la construcción del Espacio Europeo de Educación Superior (EEES) a pesar de que, en algunos aspectos, el ritmo marcado por el Ministerio de Educación vaya siendo algo más lento de lo esperado. Aunque quizá no sea lo más lógico, en el diseño de nuevas titulaciones deberemos abordar la implantación del postgrado oficial antes de conocer el catálogo de títulos de grado y las directrices de sus planes de estudio. En pocas semanas la Comisión de Postgrado de la Universidad deberá proponer a la aprobación de la Junta de Gobierno algunos másters oficiales con vistas a que, tras su tramitación legal, puedan comenzar a ser impartidos el curso 2006-07. Queremos empezar por implantar un número reducido de másters oficiales, diseñados a partir de algunos de los másters que como títulos propios venimos impartiendo, de alta calidad por sus profesores, sus métodos y sus contenidos, que den respuesta a demandas y necesidades reales de formación de los actuales graduados universitarios y que, por tanto, no sean gravosos para la cuenta de resultados. Uno de los másters que presentaremos a la aprobación oficial será el de *Economics and Management of Network Industries (EMIN)* que se impartirá bajo el liderazgo de nuestra Universidad en colaboración con la Universidad París XI y la Universidad Tecnológica Delft de Holanda y que acaba de obtener el reconocimiento de calidad del Programa “Erasmus Mundus”. Es un maravilloso logro por el que felicito a los profesores implicados en el diseño y la docencia del programa y a los servicios que se han ocupado de presentar la solicitud.

Que la nueva configuración del catálogo de títulos de grado y la elaboración de los nuevos planes de estudio se demore puede ser providencial. Contamos con un tiempo precioso para acomodar nuestro modo de enseñar al sistema pedagógico implicado en el crédito europeo y, sobre todo, para aprovechar el nuevo sistema para mejorar nuestra docencia. El trasfondo del nuevo sistema no está lejos de los principios que han guiado la educación de la Compañía

durante siglos. Quizá no esté de más recordar que el P. Benito Pereira, profesor de física y de filosofía en el Colegio Romano abogaba ya en 1557 por una docencia centrada en el estudio del alumno y en la atención personal frente a las clases magisteriales¹². Durante este curso comenzarán su andadura los proyectos piloto en cuanto a metodología didáctica en Ingeniería en Automática y Electrónica Industrial, en el primer curso de la Licenciatura en Administración y Dirección de Empresas y en los Practicum de Derecho y Psicología. Con la experiencia adquirida y tras la reflexión de los departamentos iremos paulatinamente extendiéndolo al resto de las titulaciones.

Reto importante que no quiero dejar de mencionar es la necesidad de continuar impulsando nuestras relaciones internacionales en una triple vertiente: la movilidad de profesores, la captación de nuevos grupos de alumnos extranjeros para cursar con nosotros programas a medida de su preparación y sus necesidades y el establecimiento de convenios con universidades extranjeras de calidad para organizar programas de postgrados oficiales conjuntos. En el marco del Espacio Europeo de Educación Superior (EEES) una de las dimensiones por las que se evaluará la calidad de la enseñanza será la colaboración y el establecimiento de los programas conjuntos entre universidades de reconocido prestigio de distintos países. Por otra parte, desde hace algún tiempo estamos tratando de ampliar el ámbito en que presentar nuestra oferta de cursos para alumnos extranjeros que quieran seguir programas en nuestra Universidad. Respecto a la movilidad de alumnos, prácticamente hemos alcanzado ya el objetivo de que todos nuestros alumnos que lo deseen, con condiciones para ello y un expediente académico adecuado, puedan realizar un período de sus estudios en el extranjero. De hecho, somos, en términos relativos la segunda universidad española en movilidad de estudiantes. Pero ahora queremos poner nuestra atención en los intercambios de profesores y alentar las estancias breves de nuestros profesores en universidades extranjeras, a pesar de los impedimentos de todo tipo que lo dificultan. La ciencia siempre ha sido internacional y las relaciones con otros mundos científicos y académicos, aunque sea mediante la figura de estancias breves, suelen abrir dinámicas enriquecedoras. En la persecución de estos objetivos podemos sentirnos en las huellas de aquellos primeros jesuitas, que se distinguieron también por su movilidad internacional.

¹² *Diccionario histórico de la Compañía de Jesús*, Madrid, 2001, III, 3088.

El Espacio Europeo no se puede comprender sin la evaluación y la acreditación, cuyos procesos han de constituirse en fuente de la reflexión pedagógica. La Santa Sede se ha adherido a los acuerdos de los países de la Unión Europea sobre Educación Superior de modo que las Facultades Eclesiásticas, al menos las europeas, han de incorporarse también al proceso. Siguiendo las directrices de la Congregación para la Educación Católica iniciaremos un proceso de evaluación de las titulaciones eclesiológicas análogo al que en los últimos cinco años han experimentado casi todas nuestras titulaciones oficiales.

Sin embargo la evaluación no puede quedar circunscrita a la dimensión docente sino que poco a poco debe ir alcanzando también a los servicios. Este curso vamos a participar junto con cuatro universidades públicas en la revisión y mejora del modelo propuesto por la ANECA, por el que se evaluará, a partir del curso 2006-07, la calidad de los servicios de Relaciones Internacionales de todas las universidades españolas. Participaremos también en el proyecto REFLEX de la Unión Europea, cuyo objetivo es conocer, a partir de la experiencia de los antiguos alumnos, las competencias profesionales demandadas por el mercado laboral, en cotejo con las adquiridas en los estudios universitarios. Junto con este proyecto vamos a emprender, también durante este curso, un estudio gracias al que esperamos conocer la valoración de nuestros antiguos alumnos recientes sobre la enseñanza recibida en nuestra Universidad en relación con su situación laboral. Finalmente, vamos a proceder a la evaluación de la Biblioteca de la Universidad, bajo las directrices de la ANECA, analizando procedimientos, funciones y satisfacción de los usuarios. Sólo tras haber realizado esta evaluación estaremos en condiciones de intentar conseguir la Mención de Calidad de las Bibliotecas, que además de un reconocimiento a la calidad de este servicio, es condición imprescindible para poder solicitar ayudas de financiación para proyectos de mejora de las bibliotecas universitarias.

Debo empezar a terminar. Pero no quiero hacerlo sin dar las gracias a cuantos en nuestra Universidad, siguiendo la senda de los primeros jesuitas, ponen sus capacidades y su esfuerzo al servicio de la obra común. Sin la generosidad y la disponibilidad, expresadas de tantos modos, de profesores, personal de administración y servicios y también alumnos el ser y el reconocimiento logrado por nuestra Universidad no hubiera sido posible. Especialmente quiero agradecer el esfuerzo que se está haciendo en departamentos, institutos y servicios para poner en marcha las dinámicas exigidas por el proceso de Bolonia.

En concreto, reitero mi agradecimiento personal y el de la Universidad, que ya manifesté públicamente el 27 de enero de este año en la celebración del Día de la Comunidad Universitaria, a los profesores doctores que solicitaron el curso pasado la evaluación positiva por la ANECA o la ACAP. Tanto a quienes la han conseguido como a aquellos que no la han obtenido todavía. Gracias por vuestro esfuerzo en el tedioso acopio de documentación, gracias por vuestra colaboración en seguir los requerimientos que hemos hecho desde el rectorado y gracias también por vuestra solidaridad con el conjunto de la Universidad. En este momento hay constancia en el rectorado de 110 profesores evaluados positivamente, lo que supone un éxito brillante en relación con el número de solicitudes presentadas. El objetivo que la Universidad en su conjunto debe alcanzar y que nos hemos propuesto, independientemente de las exigencias legales, es doblar el número de las evaluaciones positivas actualmente conseguidas, lo que vendría a coincidir con el número total de profesores propios con que contamos. Por ello animo a todos los profesores doctores que aún no han obtenido la evaluación positiva en la figura de contratado de universidad privada a presentarse en la próxima convocatoria de la ACAP que previsiblemente se publicará a finales de 2005.

Durante los últimos meses obras de variada envergadura han ocupado casi todos los edificios de que dispone la Universidad. Los meses de verano no parecen ser los más apropiados para llevar a cabo obras importantes. Sin embargo, es cuando podemos hacerlo y hemos de hacerlo además de modo apresurado, pues con el mes de septiembre llega también la necesidad de que los edificios se hallen dispuestos para su ocupación. Como es obvio la realización de estas obras ha producido incomodidades a profesores, personal de administración y servicios y alumnos. Pido disculpas a todos por las molestias ocasionadas y agradezco la comprensión de la que la mayoría de vosotros habéis dado muestras.

Concluyo agradeciendo a todos la asistencia a este acto y felicitando al profesor Ángel Sarabia por su interesante lección inaugural. Nos ha hecho percibir, una vez más, que en la existencia nada es neutral. Pues en toda actividad, también en la académica –hasta en la Teoría de Sistemas– se halla implicado el ser humano y, por tanto, su sentido y su esperanza. Muchas gracias.

5 de octubre de 2005

DÍA DE LA COMUNIDAD UNIVERSITARIA (2006)

Me parece que todos coincidiríamos con Santo Tomás de Aquino, cuya conmemoración estamos celebrando, cuando afirma, siguiendo a Aristóteles, que el fin del hombre es la felicidad. No hallaríamos el mismo consenso si intentamos definir en qué consiste la felicidad y cuáles pueden ser las estrategias para conseguirla. En esto ni siquiera Santo Tomás y Aristóteles estarían de acuerdo. Pero volveríamos a coincidir en que, esté donde esté, esa felicidad deseada nos resulta inalcanzable y, a todo lo más, durante nuestra existencia sólo logramos atisbarla. Así que viviendo para lograr la felicidad y sin conseguir alcanzarla mientras vivimos, encontramos la felicidad a nuestro alcance más bien sólo como meta que como posesión. Al menos mientras vivimos en este mundo, el sentido de la vida no lo hallamos logrando la felicidad sino contentándonos con buscarla. Tenía razón S. Agustín cuando comenzó sus Confesiones diciendo: “Nos hiciste, Señor, para ti y nuestro corazón estará inquieto hasta que descanse en ti”¹.

Discutida es también la relación entre felicidad y virtud y entre felicidad y el bien o los bienes que supuestamente nos la proporcionarían. Santo Tomás piensa que ni las riquezas, ni la gloria o los honores, ni el poder, ni siquiera la salud proporcionan la felicidad². Por mi parte, me siento inclinado a reconocer la razón que asiste a Aristóteles cuando viene a identificar la felicidad con la *areté* o con algún tipo de *areté*, término griego cuyo significado se encuentra a medio camino entre los nuestros de virtud y de excelencia³. Año tras año la celebración del Día de la Comunidad Universitaria nos da ocasión para disfrutar juntos esta felicidad que compartimos –obviamente, aún escasa en relación con la que desea nuestro corazón y espera nuestra fe– mientras reconocemos la *areté*, es decir, la virtud y la excelencia de nuestros compañeros de la Comunidad Universitaria a los que homenajeamos.

Acabamos de entregar los premios extraordinarios de fin de carrera a 20 de nuestros mejores alumnos. Enhorabuena. Vosotros sois exponente de la calidad

¹ *Confesiones*, I, 1.

² *Suma Teológica I-II*, Cuestión 2.

³ *Ética a Nicómaco*, 1, 8.

humana e intelectual de la mayoría de nuestros alumnos y acicate para cuantos formamos esta Comunidad Universitaria. No descubro ningún secreto si digo que nuestra Universidad es conocida y valorada no sólo por la formación académica recibida en nuestras aulas, sino también por la excelencia de nuestros alumnos: por sus valores humanos, su capacidad de esfuerzo y de trabajo en equipo, su conciencia del deber y su responsabilidad. Nuestros alumnos llegan a nuestras aulas con muchas de esas cualidades, recibidas de sus familias y ejercitadas en la educación secundaria, que durante su paso por la Universidad ser ven afianzadas y enriquecidas. La calidad de los alumnos es también, sin duda, acicate para profesores y demás miembros de la Comunidad Universitaria, pues alumnos excelentes demandan excelentes profesores y servicios que lo sean también.

Han recibido la investidura los 29 nuevos doctores que desde la fiesta de Santo Tomás del año pasado hasta hoy han alcanzado en nuestra Universidad este grado académico. Se ha entregado también la Distinción Honorífica a la mejor tesis doctoral defendida en cada una de nuestras Facultades o Escuela Superior durante el curso académico 2004-05. Así mismo hemos entregado el premio “José María Ramón de San Pedro” a la mejor tesis doctoral presentada cada dos años en la Facultad de Teología, que se concede, alternativamente con un premio semejante en la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales, gracias al patronazgo de los herederos de D. José María Ramón de San Pedro. En nuestra Universidad el número de tesis doctorales defendidas cada año se mantiene estable en torno a la treintena. Es número razonable, dada nuestra envergadura, aunque sería bueno –y es posible– incrementarlo. Pero creo que podemos sentirnos orgullos de su calidad, que queda probada no sólo por los informes de los tribunales examinadores, en nuestro caso formados mayoritariamente por profesores de la Universidad pública, sino también por los premios externos con que muchas de ellas –y frecuentemente– son galardonadas. También para los nuevos doctores nuestra enhorabuena junto con nuestros mejores deseos para vuestro futuro profesional.

Doy la bienvenida al grupo de profesores de la Universidad que durante el último año se han incorporado como propios. Uno no elige ser profesor universitario como podría elegir otra profesión cualquiera. Me viene a la memoria el doctor Gregorio Marañón para quien, entre la gran pluralidad de profesiones existentes, sólo unas pocas merecían la consideración de vocaciones. Si no recuerdo mal consideraba que únicamente merecían ser llamadas vocaciones, además de las de sacerdote y médico, las de maestro e investigador. No sé si

alguna más se podría añadir a la lista de Marañón. Pero sí sé que un profesor universitario ha de sentirse por vocación investigador y maestro. Ha de sentir en lo más profundo una pasión por la búsqueda de la verdad, por la innovación, por contribuir al avance del conocimiento y por poner los resultados de su búsqueda al servicio de todos. Y además ha de sentirse maestro. Al maestro le hace feliz el placer de enseñar y el ver crecer a los demás hacia mejor. Si os sentís atraídos por estas cualidades y pensáis que encontraréis la felicidad desarrollándolas, sin que os importen demasiado otras compensaciones o ganancias, entonces seréis buenos profesores universitarios. La Universidad lo espera de vosotros y yo espero que el fervor de vuestra pasión con que vosotros, aún jóvenes, vivís vuestra vocación universitaria nos anime a todos los demás.

Este acto nos ofrece la ocasión de mostrar nuestro agradecimiento y tributar nuestro homenaje a los profesores y trabajadores con una larga trayectoria en la Universidad. A quienes celebran sus veinticinco o cuarenta años de dedicación y entrega a la labor universitaria en la docencia, la investigación, la administración o los servicios. Y a quienes al final de su vida laboral han llegado a la jubilación. A todos vosotros quiero agradecer en nombre de la Universidad vuestra dedicación, vuestro servicio y, especialmente, vuestra calidad humana. Doy las gracias al profesor Antonio López de la Rica, de la Escuela Técnica Superior de Ingeniería, por sus palabras en nombre de quienes cumplían 25 y 40 años de servicio y a la profesora M^a Dolores Aleixandre, de la Facultad de Teología, que ha representado a quienes han llegado a la jubilación.

Por último, hemos entregado los premios Santo Padre Rubio, S. J. en su VII^a edición convocados por el Instituto Universitario de Estudios sobre Migraciones de nuestra Universidad destinado a distinguir trabajos académicos de investigación sobre fenómenos tan relevantes desde un punto de vista social y humano como son las migraciones. Como viene siendo habitual, también este año han concurrido un amplio número de trabajos de gran calidad. El primer premio de este concurso, abierto a trabajos realizados por investigadores y grupos de investigación particulares o de otras instituciones, ha sido ganado este año por la profesora de Derecho Internacional Privado D^a Aurelia Alvarez de la Universidad de León. A los premiados y a todos los participantes nuestra felicitación por su trabajo y su sensibilidad y nuestro agradecimiento por haber concurrido al certamen. No quiero desaprovechar la ocasión de agradecer públicamente a la Provincia de Castilla de la Compañía de Jesús en la persona de su P. Provincial la financiación de este premio.

Concluyo recordando que en la inauguración del Foro de Empleo el pasado mes de noviembre estrenamos el nuevo slogan de la Universidad, que habéis visto reproducido en la página Web, en folletos y carteles y que ha inspirado el brillante discurso, lleno de sensibilidad de Dolores Aleixandre: *el valor de la excelencia*. No podemos conformarnos con considerar nuestro slogan como si sólo fuera un hallazgo, más o menos feliz, para ser utilizado en la promoción de nuestras titulaciones. Nuestro slogan ha de ser expresión de nuestra verdad. Presentamos la Universidad a la sociedad sirviéndonos de un lema en el que creemos y que nos esforzamos en hacer realidad cada día en todas nuestras actividades. Como dije al comienzo, excelencia no traduce mal el griego *areté* y Aristóteles hacía coincidir el comportamiento que refleja este término con la felicidad que le es dado alcanzar al hombre. Que la celebración de esta tarde nos sirva de impulso para crecer en la virtud y en la excelencia en la tarea universitaria.

Muchas gracias.

21 de enero de 2006

ACTO DE GRADUACIÓN DEL CURSO 2005-2006

En este día de fiesta en el que, acompañados de vuestros padres, familiares y amigos, celebramos vuestra graduación en la Universidad, quiero, ante todo, haceros llegar mi felicitación y mi enhorabuena por haber alcanzado con éxito el final del camino emprendido hace unos años. Felicitación, que no es únicamente mía sino de toda la Universidad, pues vuestros compañeros de estudios, el personal de administración y servicios y los profesores que tanto han contribuido a vuestro éxito os felicitan también. Enhorabuena, que no es sólo para vosotros, sino que quiere extenderse a vuestras familias y amigos, que a buen seguro, sienten como suyos vuestros éxitos.

A los días de fiesta corresponde la celebración y la alegría. Os deseo, pues, que paséis un día feliz compartiendo vuestro gozo con vuestros padres y cuantos os quieren y os han apoyado durante estos años. Pero de siempre los días de fiesta han servido también para pararse a recobrar el aliento, echando una mirada atrás sobre el trecho recorrido, y aprovechar el receso para, volviendo los ojos hacia delante, medirse con el camino que aún queda por andar.

No me voy a detener en consideraciones, que quizá tacharíais de románticas, sobre el tiempo transcurrido desde que entrasteis en la Universidad y los recuerdos de episodios agradables, momentos difíciles, ocasiones perdidas u oportunidades aprovechadas. Seguro que de todo habrá habido en estos años. Sí os invito a que os fijéis en lo importantes que durante este tiempo han sido para vosotros los demás. Ante todo, lo que han significado para vosotros vuestros padres. Reconoceréis que sin su apoyo, su cercanía y su cariño incondicional no habrías llegado a donde estáis. Junto a ellos otras muchas personas os han ayudado: los profesores de la Universidad, que os han marcado metas y han sido acicate para vuestro esfuerzo y en quienes habéis encontrado sabiduría y comprensión. También vuestros compañeros y amigos, que os han animado tantas veces y en quienes os habéis apoyado con tanta frecuencia. No olvidéis que para vivir necesitamos de los demás y los demás nos necesitan. Solos, de poco seremos capaces. Habéis llegado al momento de iniciar vuestra vida laboral y con ella vuestro desarrollo profesional y la etapa de madurez de vuestra vida personal. No podréis desarrollar la nueva etapa que ahora comenzáis sin contar con los demás y sin que los demás cuenten y sepan que pueden contar con vosotros.

Con la mirada puesta en el horizonte de vuestro futuro, también os invito a constatar la vinculación que suele unir el éxito con el esfuerzo. Lo habéis

experimentado durante vuestros estudios. Sois bien conscientes de que haber llegado hasta aquí sólo ha sido posible porque os habéis esforzado y habéis puesto dedicación y constancia. Sabéis ya que en la vida las cosas no vienen dadas sin esfuerzo. No os dejéis embelesar, pues, esperando que un golpe de suerte os vaya a solucionar los problemas o el futuro. La suerte suele visitar a quienes se hacen acreedores de ella. Durante estos años de vuestros estudios, en la Universidad, más allá del cumplimiento de unos programas y la transmisión de unos contenidos, os hemos tratado de habituar a la cultura del esfuerzo y de la responsabilidad, a colaborar y a trabajar en equipo. Recordad que esto es lo importante. Los datos que se desconocen se pueden encontrar fácilmente y no es difícil acceder a la información de la que no se dispone en un momento dado. Sin embargo, los hábitos de trabajo, de colaboración y de servicio a la obra común no se hallan disponibles en Internet ni en bibliotecas sino que han de formar parte de vuestro modo de ser.

En este acto habéis recibido la beca y la insignia de la Universidad. Son símbolos que expresan la relación que desde ahora os une con la Universidad y que nos comprometen a vosotros y a nosotros. Al imponeros la beca y entregaros nuestra insignia, la Universidad proclama que no quiere prescindir de vosotros una vez que, al concluir vuestros estudios, abandonáis nuestras aulas. Durante estos años se ha ido establecido entre vosotros y la Universidad un vínculo de afecto y de mutua pertenencia que en este día queremos dejar sellado para el futuro. Nuestro deseo es que sigáis perteneciendo a nuestra Universidad y que la sigáis considerando como vuestra, porque de verdad lo es. Donde vosotros estéis allí estará la Universidad Pontificia Comillas. Quien vea vuestro modo de trabajar en vuestra vida profesional y quien sea testigo de vuestro modo de ser y de comportaros en vuestra vida personal y familiar se hará también una idea de lo que esta Universidad es, de qué valores le dan sentido y de cómo comprendemos nuestra misión académica y formativa.

De ahí que la Universidad tenga puestas sus esperanzas en vosotros. Porque esperamos que seáis capaces de aprovechar vuestra vida, todos sus momentos y cada una de sus ocasiones para dejar bien alto nuestro pabellón por vuestro modo de ser. Desde que el poeta romano Horacio lo cantó en una de sus Odas, cuando escribió: “*Mientras hablamos huye el envidioso tiempo; aprovecha el día y no confíes lo más mínimo en el mañana*”¹, muchas veces se ha repetido la

¹ *Dum loquimur, fugerit invidia aetas; carpe diem, quam minimun credula postero.* Odas (I,11,7-8).

frase, *carpe diem*, “aprovecha el día, aprovecha cada momento”, que nos anima a disfrutar el presente y a despreocuparnos de un futuro incierto. Me atrevo a proponeros esta máxima como lema para vuestra vida, pero dándole un nuevo sentido. No se trata de aprovechar cada momento para disfrutar, pues no sabemos qué nos deparará el futuro, sino de aprovechar cada instante para hacer el bien porque la vida que tenéis por delante, que tanto os promete y que hoy os sonríe llena de tantas esperanzas, transcurre más rápida de lo que a todos nos gustaría. *¡Carpe Diem!*, pues. Aprovechad cada día. No dejéis que pase uno solo de los días de vuestra vida sin haber mejorado un poco, sin sentirnos felices porque os habéis esforzado por hacer el bien, sin haber alimentado vuestros sueños de contribuir a la felicidad de los demás, no dejéis pasar un solo día de vuestra vida dejándoos vencer por el desaliento cuando no hayáis logrado salir triunfadores frente a las dificultades.

El pasado 7 de abril hemos celebrado el quinto centenario del nacimiento de S. Francisco Javier. Aquel universitario de París, bien dotado para los estudios y para la vida, buen compañero y tan buen deportista que solía salir ganador en las competiciones deportivas que los universitarios parisienses organizaban a la orilla del Sena, soñaba con ganar el mundo, una vez concluidos sus estudios, gracias a la capacitación que ellos le proporcionarían. Pero pensaba ganar el mundo para su provecho. La amistad con Ignacio de Loyola, compañero de habitación en el Colegio de Santa Bárbara de la Universidad parisina, le ayudó a reorientar sus sueños y sus ilusiones. “¿De qué te sirve ganar el mundo si pierdes tu vida?” –le dijo Ignacio más de una vez. Y es que, aunque se gane el mundo, la vida se pierde si no se aprovecha para hacer el bien.

Desde entonces, Francisco Javier siguió pensando que merecía la pena ganar el mundo. Pero ya no lo quiso ganar para disfrutarlo para sí. Sino que dedicó su vida a ganar el mundo en servicio de los demás. Mientras evangelizaba en la India, muchas veces se quejó de la falta de nervio de los europeos y en concreto de los universitarios europeos para ganar el mundo para el bien. Permitidme que os lea unas frases que Francisco Javier escribió en una carta, enviada desde la India a sus compañeros jesuitas que vivían en Roma, fechada el 15 de enero de 1544. Les decía: *“Muchas veces me mueven pensamientos de ir a los (centros de) estudios de esas partes, dando voces, como hombre que tiene perdido el juicio, y principalmente a la universidad de París, diciendo en Sorbona a los que tienen más letras que voluntad, para disponerse a fructificar con ellas: (...) Si así como van estudiando en letras, cayesen en la cuenta que Dios Nuestro Señor les demandará de*

ellas, y del talento que les tiene dado, muchos de ellos se moverían (...) para conocer (...) la voluntad divina (...) diciendo: 'Señor, aquí estoy, ¿qué quieres que yo haga?'"².

En fin. Hoy la vida os abre de par en par las puertas de una nueva etapa. Hasta ahora os habéis estado preparando. Pero ha llegado el momento de la verdad. La sociedad espera vuestro esfuerzo. Pero sobre todo necesita savia nueva que brotará de vuestra generosidad. Tenéis delante el mundo que espera ser conquistado por vosotros. Pero necesita ser conquistado para el bien. No desperdiciéis vuestra vida. Aprovechad cada uno de sus momentos. Nunca tengáis miedo de arriesgaros para ayudar a los demás y servirlos. Aunque os parezca que perdéis tiempo, oportunidades o dinero por ellos. Porque entonces es cuando, de verdad, estaréis aprovechando la vida.

Concluyo agradeciéndooos a vosotros, desde hoy antiguos alumnos, vuestra colaboración y vuestra contribución a la buena marcha de la Universidad durante estos años que habéis pasado en ella; a vuestros padres y familiares su confianza en nosotros y en nuestro proyecto formativo así como su presencia en este acto acompañándoos. Doy también las gracias de modo muy especial, al P. José M^a Fernández-Martos por su disponibilidad mostrada tantas veces y también hoy, al haber aceptado apadrinar esta promoción. Con este final de curso el P. José M^a Fernández Martos cesa como profesor de la Facultad de Ciencias Humanas y Sociales, por alcanzar la edad establecida para la jubilación forzosa. Quiero aprovechar la ocasión que me da este momento solemne para agradecerle junto con todos vosotros su dedicación de tantos años a la Universidad en varios campos: como profesor en titulación de Psicología, como Director del Servicio para el Compromiso Solidario y la Cooperación al Desarrollo y como Director del Colegio Mayor de la Universidad. En su manera de ser brilla su solidaridad y su compromiso hacia los marginados y olvidados, especialmente, hacia África, el continente olvidado. Con su modo de relacionarse, tan cercano y tan directo, nos ha ayudado muchas veces aunque algunas, quizá, nos haya descolocado. Seguiremos contando con su valía y su amistad pues continuará prestando servicios a la Universidad como Director del Colegio Mayor.

Muchas gracias.

23,24 y 25 de junio de 2006

² Cartas y Escritos de San Francisco Javier, anotadas por el P. Felix Zubillaga, S.J. Madrid, 1953, 115-16.

APERTURA DEL CURSO 2006-07

Acabamos de escuchar la lección que inaugura el conjunto de actividades Académicas que desarrollaremos durante el curso 2006-07. Doy las gracias en nombre de toda la comunidad universitaria al profesor Manuel Cabada por su trabajo, que ha puesto ante nuestros ojos la relevancia del amor como principio constituyente de nuestro ser como personas. Es muy de agradecer cuando el discurso habitual de la cultura dominante pretende relegar al ámbito de lo privado ésta y otras dimensiones inherentes al ser humano –la religión y la ética, entre ellas–, como si fueran únicamente formas del sentimiento, que un discreto pudor aconsejaría mantener en la intimidad, siendo así que de tal manera implican al hombre que lo constituyen en su ser y gobiernan su obrar.

Es precisamente en el diálogo que Platón dedicó al estudio del amor, donde Fedro, el joven interlocutor de Sócrates, por cuyo nombre conocemos habitualmente la obra, comienza manteniendo que el objetivo de un buen discurso es convencer –incluso seducir– al auditorio sin que para conseguirlo sea necesario que su autor preste atención a la verdad de su argumentación. Le parece a Fedro que basta con servirse de argumentos que parezcan verdaderos o justos, aunque no lo sean, pues la apariencia suele ser más eficaz para persuadir a los oyentes que la verdad misma. A lo largo del diálogo Sócrates va convenciendo a su discípulo de que la retórica sólo será un arte digno de tal nombre a condición de que se someta a la verdad.

Al comienzo de un nuevo curso académico me permito recordar la relación que ha de unir estrechamente discurso y verdad porque pienso que puede servirnos para orientar el sentido de nuestra actividad universitaria. Al fin y al cabo nos dedicaremos durante todo el año a componer discursos, orales o escritos, hechos de palabras o de números, docentes, de investigación o divulgativos que obtendrán su valor y su fecundidad de nuestra pasión por la búsqueda de la verdad. Sin esta pasión no seremos capaces de sostener durante mucho tiempo el esfuerzo constante que exige la investigación ni conseguiremos culminar ningún trabajo digno, y sin ella carecería de fundamento en que apoyarse nuestra hermosa misión de enseñar a otros. Pues investigar no es otra cosa que ponerse en camino intentando alcanzar la verdad, que nunca se nos entrega del todo sino que a medida que nos vamos acercando a ella nos ofrece nuevas y más amplias perspectivas. Y enseñar, que es, sobre todo, enseñar a aprender, se resuelve

en contagiar a nuestros alumnos esa pasión por descubrir la verdad. Nada motiva más que la pasión y nada nos motivará mejor en nuestra misión universitaria que la pasión por la verdad.

Me parece importante que nos dejemos mover por este impulso cuando solicitan nuestra atención tantos discursos que, en lugar de orientarse hacia la verdad, obedecen sólo a estrategias de intereses interesados, beneficios inmediatos o cuotas de influencia. Pero lo propio de nuestra vocación universitaria y de nuestro compromiso con la sociedad es consagrar nuestros esfuerzos a la búsqueda de la verdad. Es más importante contagiar a nuestros alumnos este compromiso por la verdad que transmitirles un conjunto de conocimientos por muy útiles que éstos puedan ser. Rendiremos así a la sociedad el servicio de alentar una cultura de la verdad, que reemplace la cultura frecuente de las estrategias inmediatas y los intereses chatos. Sumaremos así nuestro grano de arena a la aportación de cuantos se esfuerzan por crear una sociedad más humana donde todos seamos más libres. Pues nada es más liberador que someterse al señorío de la verdad, al tiempo que también el ejercicio de la verdadera libertad nos va conduciendo, como de la mano, al encuentro con la verdad.

Como universitarios agradecemos al papa Benedicto XVI la lección pronunciada en la Universidad de Ratisbona, en la que fue decano de su Facultad de Teología y Vicerrector, donde ha señalado como la gran tarea de la Universidad acoger y dar respuesta a las exigencias de la razón en toda su amplitud, sin recortarla atendiendo sólo a las demandas de la racionalidad empírica sino abriéndose a toda su profundidad, que es la profundidad de la verdad de Dios.

El pasado 31 de marzo inicié mi segundo trienio como rector. Quiero dar las gracias a cuantas personas intervinieron en el proceso de la renovación del nombramiento, especialmente al Gran Canciller y Vice-Gran Canciller de la Universidad por haber mantenido su confianza en mí. También quiero agradecer a todos los miembros de la comunidad universitaria, a los patronos de la Fundación Universitaria Comillas-ICAI y, en fin, a todas las personas e instituciones vinculadas a la Universidad su colaboración y apoyo durante mi primer mandato. Y reiterar a todos mi disponibilidad para la escucha, la colaboración y el servicio.

Durante los tres años largos, casi cuatro, que llevo al frente de la Universidad hemos visto sucederse a tres ministras de educación, con sus correspondientes equipos que, por lo que toca a la Universidad, han desarrollado tres políticas distintas. Como resultado, el marco legal y social en el que hemos de desarrollar

nuestra actividad, se nos muestra y se nos promete continuamente cambiante. Lo que nos obliga a un ejercicio de flexibilidad incansable para ser capaces de mantener vivos nuestros valores, el compromiso con nuestra identidad y misión, así como nuestra excelencia y nuestro prestigio. En este continuo tejer y destejer, como a Penélope le sostenía el deseo de reencuentro con su esposo, mientras, acosada por los pretendientes, se veía obligada a tejer durante el día y a destejer por la noche el tapiz, nosotros nos hemos de apoyar en la fe en nuestra misión y en el deseo compartido de entregar a ella lo mejor de nuestro esfuerzo.

El pasado 1 de septiembre el Consejo de Ministros aprobó la remisión al Parlamento del proyecto de Ley que modifica la Ley Orgánica de Universidades, corrigiendo la aprobada en diciembre de 2001. Aunque, dado el carácter concordatario de nuestra Universidad, no son muchas las disposiciones de la Ley que se nos han de aplicar directamente, tanto del texto actualmente en vigor como de su futuro tenor, cualquiera que sea el que resulte de los debates parlamentarios, sin embargo nos afectará profundamente, como ya lo viene haciendo, por el marco que diseña para la universidad española. En concreto, el proyecto de Ley propone modificar el artículo 72,2, de modo que en lugar de un 25% se pasaría a exigir que las universidades privadas cuenten con un 50% de todos sus profesores evaluados positivamente por la ANECA o por la agencia de la comunidad autónoma correspondiente. Esta modificación ha sido no sólo avalada sino también alabada por el preceptivo dictamen del Consejo de Estado. Sin embargo, a mi modo de ver, esta exigencia es de muy difícil cumplimiento para todas las universidades privadas y en el caso de algunos centros adscritos como Escuelas de Magisterio o de Enfermería puede amenazar su misma existencia, si el texto se aprobara como está y llegara a cumplirse. Por otro lado, estoy convencido de que esta disposición no contribuye a garantizar la calidad de la docencia de las universidades privadas ya que constituye un obstáculo para la colaboración de profesionales de prestigio que no han orientado su itinerario vital a la carrera académica. Aumentar el porcentaje de evaluaciones positivas no implica necesariamente una mejora de la calidad. Lamento que el Ministerio de Educación no haya atendido hasta ahora la sugerencia que en este punto le hizo la Conferencia de Rectores de las Universidades Españolas y espero que este artículo del proyecto de Ley sea modificado en el trámite parlamentario.

Por lo que toca a nuestra Universidad, tras resolverse la tercera convocatoria de la ACAP en el pasado mes de junio, nos estábamos acercando a alcanzar el 25% exigido por la Ley actualmente en vigor, cuando vemos que se pretende

doblar la exigencia. Aprovecho para felicitar y agradecer su esfuerzo a todos nuestros profesores que han obtenido su evaluación positiva en la pasada convocatoria y para animar a cuantos aún no la han obtenido a presentarse a la próxima que este año se adelantará previsiblemente al próximo mes de noviembre.

Junto con esta Ley, el conjunto de disposiciones que dibujan el itinerario español para converger en el Espacio Europeo de Educación Superior constituyen los dos ejes en los que se moverá nuestra actividad universitaria los próximos años. La actual ministra de Educación en su discurso al Pleno del Consejo de Coordinación Universitaria del pasado 19 de septiembre en Zaragoza adelantó la propuesta del Ministerio sobre el diseño de la estructura de las enseñanzas universitarias, que recoge un documento hecho público el pasado día 26. Según esta propuesta las enseñanzas universitarias en nuestro país se estructurarán en tres ciclos. En el primer ciclo, que conducirá a un título de grado, todas las titulaciones constarán de 240 créditos. A las universidades se les reconoce capacidad para establecer las titulaciones que deseen, sometiéndose a las directrices generales que se establecerán por ramas de conocimiento. Únicamente las titulaciones que conducen a profesiones legalmente reguladas contarán con directrices específicas. En consecuencia, como prevé el artículo 34 reformulado de la LOU, no habrá catálogo de títulos sino registro, en el que las universidades deberán registrar las titulaciones que establezcan, previa aprobación por la Comunidad Autónoma correspondiente. La propuesta incluye que las titulaciones de una misma rama contarán con 60 créditos comunes, es decir, un curso académico. El segundo ciclo, que conducirá al título de máster, constará de entre 60 y 120 créditos. Puesto que todos los programas máster que imparta la universidad deberán inscribirse en el registro de títulos puede deducirse que se difumina la distinción entre másters oficiales y propios. Por fin, el tercer ciclo o ciclo de doctorado, al que se accederá desde el título de grado, constará de un período de formación de 60 créditos y un período de investigación consistente en la elaboración de la tesis doctoral. El período de formación podrá darse por realizado cuando se haya cursado un máster. Para llevarse a cabo, esta nueva propuesta no necesita modificar los decretos de grado y postgrado actualmente en vigor. Bastará con concretar la interpretación de tales decretos en el sentido dicho. Aunque considero preferible esta propuesta a la indefinición del diseño que se venía pergeñando en el pasado reciente, sin embargo algunos de sus aspectos me parecen preocupantes. El año común tal como se propone parece consistir más en que las universidades nos encargaremos de impartir el último

año de bachillerato o un “curso cero” que de enseñanzas propiamente universitarias. La sustitución de un catálogo por un registro de títulos es una medida de hondo calado y fuertemente innovadora en el sistema universitario español pero no exenta de peligros. Una inadecuada puesta en práctica puede hipertrofiar el conjunto de titulaciones de grado y conducir al desarrollo de una pluralidad de títulos asistemática con el consiguiente deterioro de los conocimientos y competencias logrados por los alumnos, de lo que únicamente se podrían salvar las carreras legalmente reguladas. Espero que el debate desde ahora abierto en el Consejo de Coordinación Universitaria, contribuya a perfilar y mejorar los aspectos más discutibles de la propuesta ministerial.

A nadie se le oculta que, desde un punto de vista económico, la estructura de las enseñanzas universitarias diseñada nos pone las cosas más difíciles, al menos en dos aspectos. El paso de los títulos, tanto de ciclo corto como de ciclo largo, a cuatro años, si no fuéramos capaces de mejorar nuestra cuota de mercado nos dejaría, en principio, un saldo negativo de unos 600 alumnos. Por otra parte, la implantación del ciclo de máster, que iniciamos ya este año, nos llevará paulatinamente a transformar o suprimir nuestras actuales titulaciones de sólo segundo ciclo, al tiempo que nuestra formación de postgrado, tanto de títulos propios como oficiales, tendrá que competir de pleno con los precios de los programas de las universidades públicas, sufragadas en más del 80% por fondos públicos. Además existen otros condicionamientos que nos están afectando profundamente y que no dependen del saber hacer o de la calidad de nuestros profesores, servicios y gestores. No me voy a detener en la enumeración de esos condicionamientos, pues me he referido a ellos en otras ocasiones menos solemnes y son bien conocidos de todos.

Frente a todo ello las principales herramientas de las que disponemos y con las que debemos enjaretar el diseño de nuestra actuación son la calidad de nuestro trabajo y el compromiso por mantener la identidad de nuestro proyecto formativo que da como resultado la excelencia de nuestros egresados. Ahora bien, mantenerlo sólo será posible si seguimos creyendo en ello y nos esforzamos por conseguirlo con la generosidad suficiente para anteponer el éxito de la obra común incluso a legítimos intereses personales o de grupo. Pero si bajamos la guardia en la calidad que ofrecemos y conseguimos, tentación en la que podemos caer siempre, pero más fácilmente cuando algunas titulaciones o programas pierden alumnos, o si diluimos nuestra identidad, erosionando nuestros perfiles tradicionales de la formación humana y religiosa, atención



personalizada y aprendizaje activo e innovador, y, sobre todo, si nos faltara generosidad para trabajar por ello, estaríamos empezando a perder la batalla.

En este contexto quiero dejar anotadas dos líneas concretas de actuación que venimos siguiendo y que habremos de intensificar en el curso que comenzamos y de continuar en los próximos. Por una parte, hemos de ser capaces de conseguir más patrocinios para nuestras actividades y mejorar los que ya tenemos. El Servicio de Marketing Corporativo, una vez culminada su reestructuración y tras el período que ha sido necesario para conseguir su propia cohesión interna, debe ahora volcarse en la búsqueda de mecenazgos y alianzas con empresas. Felicito a la Facultad de Derecho por los patrocinios para becas con destino al Máster oficial en Abogacía de Empresa recientemente logrados. Hemos de avanzar en toda la universidad por este camino. Por otro lado, nos vemos obligados a revisar nuestras actividades deficitarias, aunque algunas de ellas hayan nacido como expresión de nuestra identidad y misión, dado que, si no somos capaces de encontrar para ellas patrocinios específicos, se van haciendo cada día más difíciles de sostener.

Como habréis notado, en estas palabras más he preferido seguir el consejo de Sócrates que el de Fedro, pues he querido someterlas a la verdad antes que contentarme con la mera apariencia de verdad que quizá me hubiera permitido redactar un discurso más seductor. El comienzo de curso no es momento para el desánimo sino para la esperanza y, como he dicho antes, sinceramente pienso que ningún discurso es más seductor ni ningún impulso más motivador que los de la verdad.

Así mismo, es precisamente escuchar los requerimientos de la verdad lo que me impulsa ahora a agradecer a profesores, investigadores y personal de administración y servicios, una vez más, la excelencia de vuestro trabajo. De modo muy especial agradezco a la inmensa mayoría de cuantos aquí trabajamos vuestro compromiso con la institución y vuestra solidaridad de los que largamente venís dando tantas muestras. Así mismo, os deseo a todos un curso fecundo en lo profesional y feliz en lo personal.

Concluyo dando las gracias a todos por vuestra asistencia y vuestra atención. Especialmente al Sr. Cardenal Arzobispo de Madrid, que un año más nos distingue con su presencia en este acto, robando un precioso tiempo a la atención de otras ocupaciones, al P. Vice-Gran Canciller de la Universidad, a los patronos de la Fundación Universitaria Comillas-ICAI, a todos los miembros de la Comunidad Universitaria y a cuantos amigos de la Universidad nos habéis querido acompañar.

4 de octubre de 2006

DÍA DE LA COMUNIDAD UNIVERSITARIA (2007)

El 14 de noviembre de 1907 nació en Bilbao Pedro Arrupe, quien desde 1965 a 1983 fue Superior General de la Compañía de Jesús y Gran Canciller de nuestra Universidad. Este año 2007, en que celebramos el centenario de su nacimiento, dará ocasión para recuperar su significado para la Compañía de Jesús, para la vida religiosa y para el compromiso cristiano de los laicos y, en último término, para la Iglesia en su conjunto.

Durante su gobierno tuvo lugar el traslado de la Universidad a Madrid, lo que se había decidido unos años antes, y se gestó y llevó a cabo la integración de ICAI e ICADE en la Universidad. Ambas fueron decisiones de hondo calado que, apoyadas por los respectivos nuncios del Papa en España de aquellos años, monseñores Ildebrando Antoniutti y Luigi Dadaglio, configuraron la Universidad que hoy tenemos. Es de justicia recordar que lo que ahora somos, lo debemos en gran parte a la clarividencia del P. Arrupe, que supo adelantarse al futuro para hacerlo posible, a su energía para superar obstáculos y vencer inercias, que lastran la disponibilidad de instituciones y personas y, sobre todo, a su cariño y predilección por la Universidad Pontificia Comillas a la que en más de una ocasión se refirió como la obra más importante de la Compañía de Jesús en España¹.

El 7 de agosto de 1981 el P. Arrupe a su regreso de un viaje a Filipinas y Tailandia sufrió una trombosis cerebral en el aeropuerto de Fiumicino, que le hizo imposible continuar al frente de la Compañía de Jesús, aunque nominalmente siguió siendo su Superior General hasta la elección del P. Kolvenbach en 1983. Unos quince días antes, exactamente el 21 de julio de 1981 escribió una carta al entonces rector de la Universidad, P. Urbano Valero, comunicándole su renovación como rector para un tercer mandato.

¹ “Y dentro del campo eclesíástico, no cabe duda, como ya he dicho en repetidas veces, que la Universidad Pontificia Comillas en Madrid hay que considerarla como la principal entre las obras de la Compañía y a la que se debe prestar muy especial ayuda” (Carta del 8 de abril de 1967 al P. Ángel Tejerina, Delegado para el traslado de la Universidad). “creo que ésta es buena hora para que los provinciales, autoridades académicas, profesores, alumnos y, en su tanto, los formadores de éstos, se examinen con seriedad si efectivamente han dado, en su actuación concreta, toda la fuerza debida a la afirmación tantas veces repetida por mí, de que la Universidad Pontificia Comillas debe ser considerada como la obra más importante de la Compañía en España” (Carta del 5 de enero de 1972 al P. Manuel Gutiérrez Semprún, Provincial de Castilla).

En esa carta, que podemos considerar su testamento para nuestra Universidad, el P. Arrupe escribió: “Además de las muchas cosas que he tratado de promover respecto a esa Universidad, en anteriores y repetidas ocasiones, me es especialmente grato con esta ocasión subrayarle hoy mi deseo de que la Universidad siga aspirando con toda honestidad al rango de verdadera calidad que hoy se nos exige, no por ser más que nadie, sino simplemente por servir mejor, como es nuestra obligación, servir a la Iglesia y al mundo, prontos a colaborar, eso sí, con todos los servidores de Dios en este campo. Esto comporta evidentemente una consciente consigna de calidad teológica, pedagógica y de investigación, que han de proponerse todos como un objetivo primerísimo”.

Y tras extenderse sobre el cultivo de la teología continuaba: “lo que digo de la teología es aplicable en su tanto a las otras Facultades y Escuelas, sobre todo teniendo que caminar cada vez más hacia una profunda interdisciplinariedad y teniendo que dialogar mucho más que en el pasado con la cultura y la sociedad en problemas muy básicos a los que una Universidad como Comillas no puede sentirse ni lejana ni indiferente. Comillas no puede encerrarse, sino al contrario, hacerse muy presente en la iluminación de los problemas más graves que se debaten hoy en esa sociedad. No deben contentarse con lo que ya hacen. Hay que salir al paso y abordar esos problemas sin miedo. Uno de sus primeros servicios como rector ha de ser ayudar a detectar esos puntos vitales de la sociedad y de la Iglesia y hacer que los hombres de esa Universidad los estudien y afronten con verdadera calidad evangélica y humana”.

Esta carta ha cumplido ya veinticinco años pero coincidiréis conmigo en que sus ideas siguen estando plenamente vivas. En ella el P. Arrupe marcaba al entonces rector las grandes líneas por donde debía discurrir la marcha de la Universidad y, como habréis notado, lo hacía pronunciando palabras como “servicio”, “colaboración” con los demás, “calidad pedagógica”, “investigación”, apertura a los “puntos vitales de la sociedad” y “calidad evangélica y humana” en el trabajo universitario.

A pesar de ser una larga cita, me ha parecido que merecía la pena que volviéramos a escuchar estas ideas del P. Arrupe precisamente hoy, Día de la Comunidad Universitaria, en que celebramos la vigencia de estos valores en nuestra Universidad y homenajeamos a algunos de nuestros compañeros que se han distinguido por llevarlos a la práctica. Son éstas las ideas que, sin duda, han presidido la vida académica y laboral tanto de quienes cumplen veinticinco años de servicio a la Universidad, que comenzaron a trabajar aquí justamente

el año en que el P. Arrupe escribió estas líneas, como de quien celebra cuarenta años de servicio o de quienes han alcanzado la edad de jubilación. A todos ellos quiero agradecerles de corazón las capacidades puestas al servicio de la obra común, la generosidad y la entrega con que han sabido hacerlo y la calidad evangélica y humana de su trabajo por la Universidad. Al P. Manuel Revuelta, S.J., profesor de Historia y que ha contribuido con tantos trabajos a preservar la historia de la Universidad le agradezco de modo especial su disponibilidad para aceptar la invitación a tomar la palabra esta tarde. Su discurso, nacido de la sabiduría del historiador, ha concluido apelando a la ilusión de los jóvenes que toman el relevo, a quienes corresponde no sólo continuar sino mejorar la labor de sus mayores.

Hemos entregado la medalla de la Universidad a una docena de nuevos profesores propios. Durante los cuatro años que no hace mucho he cumplido en el rectorado de la Universidad se han incorporado 36 nuevos profesores propios y se han promocionado a categorías superiores otros 28; la suma de ambos grupos supone la tercera parte del profesorado propio actualmente existente en la Universidad. Permitidme una palabra para poner de relieve el significado de la medalla que os acabo de entregar. Es la medalla de la Universidad que, a partir de ahora, es vuestra. Vosotros sois profesores propios de la Universidad y la Universidad, de alguna manera, en esa medalla se os entrega como propia para vosotros también. Esta pertenencia mutua habla de fidelidades y exigencias recíprocas. Ser profesor propio no ha de ser entendido sólo como categoría académica, y menos aún como prebenda, sino que ha de ser vivido por cuantos somos profesores propios como compromiso de calidad, disponibilidad y servicio. La riqueza de una Universidad son sus profesores y desde hoy vosotros pasáis a formar parte de nuestro mejor tesoro. Con mi enhorabuena por ello que testimonia la calidad alcanzada por vuestro trabajo académico, quiero manifestaros de antemano mi agradecimiento por vuestra entrega a nuestra misión, que a buen seguro será más espléndida aún a partir de ahora y por la generosidad de vuestro compromiso como profesores propios, con los que, sin duda, cuenta ya la Universidad.

Como es habitual en este acto, hemos entregado premios y distinciones a algunos miembros de la comunidad universitaria que se han señalado por la excelencia de su trabajo. En primer lugar, los Premios Extraordinarios de fin de carrera. Enhorabuena a quienes los habéis merecido porque habéis demostrado ser alumnos excelentes. La mayoría estaréis comenzando estos meses vuestra

vida profesional. Que los hábitos de entrega esforzada, calidad en el trabajo, inteligencia y voluntad de que habéis dado muestra durante vuestros estudios os acompañen a lo largo de vuestra vida. Por primera vez en la historia de la Universidad se concede Premio Extraordinario en la Facultad de Derecho Canónico. Esta Facultad continúa así el camino emprendido hace unos años de asimilarse en modos y procedimientos a la Facultad de Teología y junto con ella, en cuanto la legislación eclesiástica no lo impida, a las demás Facultades. Un acuerdo de la Junta de Gobierno ha abierto la posibilidad de conceder Premios Extraordinarios de fin de carrera en las titulaciones de ciclo corto, lo que comenzaremos a hacer a partir del curso en que ahora estamos, adelantándonos así a lo que implicará el Espacio Europeo de Educación Superior donde las actuales diplomaturas y licenciaturas se identificarán entre sí como títulos de grado.

La investidura de los 28 nuevos doctores que durante 2006 han alcanzado en nuestra Universidad este grado académico es motivo de satisfacción y legítimo orgullo para todos nosotros. A los nuevos doctores y especialmente a cuantos habéis obtenido para vuestra investigación la distinción como mejor tesis doctoral en cada Facultad o Escuela nuestra felicitación y nuestra admiración. Entre los premios a las tesis doctorales hemos entregado, como corresponde este año, el premio “José María Ramón de San Pedro” a la mejor tesis doctoral presentada cada dos años en las Facultades de Ciencias Empresariales y Derecho. Estamos muy agradecidos a los familiares de José M^a Ramón de San Pedro por el generoso patrocinio de este premio, que nos honra y nos sirve de estímulo.

Finalmente entregamos los dos premios instituidos para distinguir trabajos de investigación en algunos de los temas sociales que son prioritarios para nuestra Universidad. El “VIII Premio Santo Padre Rubio, S.J.” para avances en el conocimiento de la inmigración, abierto a participantes de fuera de la Universidad, que patrocina la Provincia de Castilla de la Compañía de Jesús y el “VI Premio Ignacio Ellacuría, S.J.” para estudios de interés social patrocinado por la Universidad misma para nuestros propios estudiantes. Enhorabuena a los alumnos ganadores del Premio Ignacio Ellacuría, que este año tenía por tema “El cambio social desde la propia profesión”. Nuestra enhorabuena también a las profesoras D^a. Verónica de Miguel y D^a. Carmen Carvajal del Departamento de Geografía de la Universidad de Málaga que han obtenido el primer premio Santo Padre Rubio en su octava edición y a D^a. M^a. Luisa Cabañas, Asesora Técnica Docente de la Conserjería de Educación y Ciencia de la Junta

de Castilla-La Mancha, que ha obtenido el segundo, junto con nuestro agradecimiento por haber querido participar en este certamen. Muchas gracias así mismo a la Provincia de Castilla de la Compañía de Jesús, en la persona de su Superior Provincial y Vice-Gran Canciller de la Universidad por su patrocinio.

La entrega de estos premios y distinciones es un motivo de alegría y satisfacción para todos. Cada uno de los éxitos y de los triunfos de alguno de cuantos remamos en el mismo barco es también un éxito y un triunfo para los demás. Sentirlo así es exponente de un corazón generoso y de una psicología sana pero, sobre todo, permite convertirlo en estímulo para hacer más fecunda nuestra labor y enriquecer lo que es obra de todos. Una de las frases escritas por el P. Arrupe en la carta que cité al comienzo decía: “No deben contentarse con lo que ya hacen”. Tenía razón. Ni personal ni institucionalmente podemos contentarnos con lo que ya hacemos. Comillas no puede contentarse con lo que ya hace y que, además, lo hace bien. Es necesario –y lo será siempre– que nos marquemos objetivos nuevos, más exigentes y que aceptemos desafíos nuevos, aún más retadores. Hacerlo así será uno de los mejores homenajes de agradecimiento y admiración que podemos tributar al P. Arrupe en este año de su centenario.

Concluyo agradeciendo a todos vuestra atención y vuestra presencia en este acto, especialmente al Sr. Nuncio de S. S. en España y al Director General de Universidades del Ministerio de Educación que han querido acompañarnos en esta nuestra fiesta. Muchas gracias.

26 de enero de 2007

ACTO DE GRADUACIÓN DEL CURSO 2006-2007

Dejadme deciros una palabra de felicitación y agradecimiento en este acto con el que estamos celebrando vuestra graduación. A buen seguro que más de una vez a lo largo de estos años de estudio que habéis pasado en la Universidad os habéis trasladado de la mano de vuestra imaginación al momento de acabar la carrera. Es bien probable que imaginarais los sentimientos de ese día como una mezcla de gozo por haber alcanzado la meta propuesta, de temor o, al menos, vértigo ante el futuro inmediato y, quizá también, de nostalgia pues al abandonar las aulas de la Universidad habrías de dejar atrás con ellas buenos amigos y gratas experiencias. Ese día ha llegado y supongo que la alegría, los temores y la nostalgia, a veces imaginados, son hoy vuestros sentimientos reales.

Todos percibimos vuestra alegría y la alegría de los familiares que os acompañan en esta fiesta. Cosecháis hoy los frutos del esfuerzo invertido y del trabajo desarrollado durante estos años de formación académica. Culmináis la titulación para la que os habéis venido preparando, que hace unos años comenzasteis con ilusión. Quienes durante este tiempo hemos sido vuestros compañeros en la Universidad como profesores, condiscípulos o personal de administración y servicios nos unimos a vuestra satisfacción y de corazón os damos la enhorabuena –a vosotros y también a vuestros padres y familiares– por haber concluido la carrera.

Hemos estado a vuestro servicio para ayudaros a convertirlos en profesionales competentes en el ámbito del saber elegido por vosotros. Creo que lo hemos conseguido, sobre todo, gracias a vuestras capacidades, vuestra dedicación y vuestra ilusión por lograrlo. Que ahora os sintáis razonablemente equipados con los conocimientos y destrezas necesarios para el ejercicio de una profesión nos llena de contento. Si os hemos ayudado y si hemos puesto algo de nuestra parte es que también nosotros hemos hecho bien nuestro trabajo. Pero el tiempo de vuestra estancia en la Universidad no os ha servido sólo para ampliar vuestros conocimientos. Durante estos años habéis madurado como personas y habéis adquirido o mejorado un conjunto de habilidades que, probablemente, os van a ser más necesarias en la vida que los conocimientos. Me refiero a vuestra madurez humana, a vuestra capacidad de servicio, a saber respetar a los demás y comprender sus posturas ante la vida, aunque sean distintas de las vuestras; pienso en vuestro compromiso para hacer una sociedad más justa,

en vuestro interés por devolver de alguna manera a la sociedad lo mucho que, gracias sobre todo a vuestros padres, la sociedad os ha dado a vosotros durante los años de formación, que hoy simbólicamente culmináis.

Probablemente en estos momentos sentís también junto a la alegría algún vértigo ante vuestro futuro. Hasta ahora habéis estado apoyados por vuestras familias y a ellas ha correspondido una parte importante de la responsabilidad sobre vuestra trayectoria. Pero a partir de ahora, aun contando con la ayuda de vuestros padres, que nunca os faltará, sobre vuestros hombros recae la responsabilidad de vuestras vidas. Que sintáis algo de vértigo es buena señal, síntoma de que os sabéis concernidos por la responsabilidad ante las necesidades de los otros y vuestra propia libertad. Sé que sois bien conscientes de disfrutar de una situación privilegiada, pues contáis con una formación excelente que se suma a vuestras cualidades personales y al apoyo de vuestra gente. Estos privilegios, que enriquecen vuestra libertad y ahondan las demandas que la sociedad os reclama, se convierten para vosotros en fuente de responsabilidad.

Este año estamos celebrando el centenario del nacimiento del P. Pedro Arrupe, que como Superior General de la Compañía de Jesús, fue Gran Canciller de nuestra Universidad. Aquel profeta para nuestro tiempo, como le ha llamado uno de sus biógrafos, repitió reiteradamente que el objetivo de la educación y formación en colegios y universidades de la Compañía era formar “hombres para los demás”. Recuerdo sus palabras en el Congreso de Antiguos Alumnos de la Compañía de Jesús celebrado en Valencia en 1973: “Nuestra meta y objetivo educativo es formar hombres que no vivan para sí, sino para Dios: hombres para los demás, es decir que no conciban el amor a Dios sin el amor al hombre; un amor eficaz que tiene como primer postulado la justicia.” Este es el objetivo último de esta Universidad, que ha guiado nuestro quehacer diario durante los años que habéis pasado en nuestras aulas. En los próximos meses vais a iniciar vuestra vida profesional. Ojalá que la desempeñéis en actitud de servicio a los demás y en actitud de colaboración con todos, ya piensen como vosotros ya profesen otras opciones éticas y de sentido, en el mundo pluralista que os ha tocado vivir. Que seáis hombres y mujeres para los demás y con los demás nos hará felices a vuestros antiguos profesores. Pero, sobre todo, a la larga os hará felices a vosotros y transformará la sociedad para mejor.

Y es que bajo los muchos avatares entre los que discurre la existencia humana, como discurrirá también la vuestra, en el fondo, ante todas las personas se abren dos caminos contrarios para el ejercicio profesional y el desarrollo de

la vida social, que resumo ahora con sendas frases famosas de dos escritores latinos. Plauto, en una de sus divertidas comedias, hace decir a uno de sus personajes: “*homo homini lupus*”, *el hombre es un lobo para el hombre*¹. Esta frase fue popularizada por Thomas Hobbes para expresar con ella que, desgraciadamente, el egoísmo es, de hecho, la fuerza básica que rige el comportamiento humano, pues piensa él que la vida social es algo así como una guerra de todos contra todos. Una frase parecida pero de significado contrario le sirve a Séneca para criticar en una de sus cartas la cultura de violencia y sangre en que se había convertido el Imperio Romano, bajo el gobierno de su antiguo discípulo Nerón. Escribió Séneca que “*homo homini sacra res*”, *el hombre es algo sagrado para el hombre*².

Lo queráis o no, vuestra existencia os obligará continuamente a elegir entre estos dos caminos. El egoísmo personal y grupal puede ser el principio rector de vuestras actuaciones en el ejercicio profesional y en la existencia personal. Por el contrario os puede guiar el convencimiento de que cada una de las personas con las que topéis en la vida es algo sagrado para vosotros y que el ideal de vuestra relación con ellas será contribuir a que se desarrollen como hijos de Dios y hermanos de los demás. Me gustaría que si en estos momentos sentís vértigo, incluso temor ante el futuro, lo sintáis ante este dilema y sus exigencias. No ante otras incertidumbres que el futuro siempre abierto nos puede deparar. Me atrevo a deciros que estas palabras son la última lección que recibís en la Universidad. Una lección de repaso pues no es diferente de la enseñanza que habéis recibido durante estos años. He aquí el único conocimiento y la única destreza verdaderamente importante para toda vuestra vida: que consideréis a los demás una realidad sagrada, pues son hijos de Dios y hermanos vuestros, y os desempeñéis con ellos en actitud de servicio convirtiéndoos así, como el P. Arrupe pedía a los antiguos alumnos de los jesuitas, en hombres para los demás.

Abandonáis hoy nuestras aulas pero eso no significa que debáis abandonar la Universidad. En este acto os hemos entregado la insignia de la Universidad y os hemos impuesto la beca que coloca nuestros colores sobre vuestro pecho

¹ “Lupus est homo homini, non homo, quom qualis sit non nouit”. (Plauto, 254-184 a.C. *Asinaria*, 495).

² Homo, sacra res homini, iam per lusum ac iocum occiditur et quem erudiri ad inferenda accipiendaque vulnera nefas erat, is iam nudus inermisque producitur satisque spectaculi ex homine mors est”. (Lucio Anneo Séneca, *Carta* 95, 33).

y nuestro escudo muy cerca de vuestro corazón. Os entregamos esos símbolos para sellar una mutua pertenencia. Queremos seguir siendo vuestra Universidad y que vosotros sigáis siendo, de por vida, nuestros antiguos alumnos. No es tiempo de nostalgia. Abandonadla si por un momento habéis sentido la pena de dejar atrás amigos y vivencias. No necesariamente nos dejáis atrás pues seguimos siendo vuestros compañeros y amigos, un profundo afecto mutuo nos une y queremos continuar teniéndoos a nuestro lado en el proyecto universitario que durante estos años hemos compartido. No es tiempo de nostalgia porque es tiempo de compromiso. Compromiso con la sociedad que en breve estaréis contribuyendo a construir y compromiso también con nuestra Universidad. Allá donde estéis llevaréis nuestros colores y nuestro deseo es que llevéis también nuestros valores.

Permitidme para concluir unas palabras de agradecimiento. Doy las gracias a vuestros padres por la confianza que pusieron en nosotros, cuando nos encomendaron la formación universitaria de lo que más quieren. A vosotros os agradezco vuestra colaboración y vuestras actitudes. Si es verdad, como tanto se ha repetido, que una Universidad, no son sus edificios e instalaciones sino sus profesores, no es menos cierto que la calidad de una Universidad radica en la excelencia de sus alumnos. Quiero daros las gracias, pues, por cuanto habéis aportado a nuestra Universidad durante vuestro paso por ella.

22, 23 y 24 de junio 2007

APERTURA DEL CURSO 2007-08

Una vez más nos hallamos en el acto solemne de inauguración de un nuevo curso académico. Quiero que mi primera palabra sea para desear a cuantos formamos parte de esta comunidad universitaria y a cuantos nos honráis con vuestro afecto y vuestro apoyo un año fecundo y enriquecedor. No le es dado al hombre conocer qué le deparará el futuro que se abre ante él, ni siquiera el más inmediato, pero sí nos ha sido concedido, sean cuales sean las circunstancias, llenar de sentido y de valor el tiempo que vivimos. Aunque no dependan, pues, de nuestra voluntad, algunos –o muchos– de los avatares que vamos a vivir el próximo curso, sí depende, en gran medida, de nuestra libertad convertirlos en tiempo fecundo para nosotros y para los demás. Por ello os deseo y pido a Dios que nos conceda a todos saber llenar cada uno de los días del próximo curso de servicio a nuestros estudiantes, de sabiduría personal y de bondad en nuestra vida profesional y familiar.

En conmemoración del centenario de la fundación de la Junta de Ampliación de Estudios, este año 2007 ha sido declarado por el gobierno español como “Año de la Ciencia” con el objetivo de concienciar a toda la sociedad y especialmente a los jóvenes de la importancia de apoyar y participar en el cultivo de la ciencia y la tecnología. Precisamente porque el cultivo y la transmisión de la ciencia para ponerla al servicio de la sociedad es la razón de ser de toda Universidad no estará de más que esta conmemoración nos sirva también para reflexionar sobre el sentido de la ciencia y la tecnología, su relevancia para la sociedad compleja en que vivimos y, sobre todo, sus límites.

A nadie se le oculta que nuestra sociedad está profundamente configurada por las ciencias –se le denomina con frecuencia sociedad del conocimiento– y que nuestra vida diaria depende hoy de la tecnología como no había ocurrido antes en ninguna otra época de la historia. Al mencionar las ciencias no me refiero sólo a aquellas que establecen sus saberes sobre la experimentación, pues nunca he pensado que el título de ciencia les corresponda en exclusiva. Pienso que la ciencia es un ejercicio de la razón que consiste en un sistema coherente de juicios, críticamente establecido y expresado en un lenguaje riguroso, con la pretensión de alcanzar o, al menos, acercarse a la verdad. Es precisamente esta capacidad de la ciencia para buscar la verdad lo que le legitima como acto humano. De ahí que el ejercicio de la ciencia participe de la libertad de los actos

humanos, adquiriendo por ello su dignidad como bien humano y personal y hallándose sometida a la ambigüedad y polivalencia de los actos humanos. Con Ortega y Gasset se puede decir que el hombre “empezó cuando empezó la técnica”. Al aplicar la ciencia a la técnica ésta ha devenido en tecnología. Quizá el progreso tecnológico, que lleva desarrollándose en aceleración constante e imparable los dos últimos siglos, constituye el cambio más relevante para la humanidad en la edad contemporánea.

No es mi intención disertar ahora sobre la naturaleza de ciencia y tecnología. Me conformo con deducir de lo dicho que tanto un científico cabal como una institución dedicada a la ciencia no pueden sentirse satisfechos con sólo tratar de aumentar su producción científica o dar a luz nuevos avances tecnológicos, sino que han de considerar inherente a su labor científica la reflexión sobre el sentido y los límites de ese ejercicio de su libertad, que es la ciencia. Es decir, que debemos plantearnos críticamente también a qué y a quiénes tratamos de servir con nuestro empeño y que hemos de ser conscientes de que más allá de los presupuestos, métodos y conclusiones científicos existen muchos mundos de realidad humana que interaccionan con la ciencia que no pueden quedar excluidos de nuestra atención ni arrinconados en el desván de nuestra conciencia de académicos.

La reflexión sobre el sentido y los límites de la ciencia forma parte de nuestro compromiso universitario. Se puede detectar en nuestra sociedad una percepción difusa y difundida de que los conocimientos a transmitir en la docencia universitaria han de ser únicamente conocimientos “científicos”, entendiendo, —a mi modo de ver, de modo restrictivo— que por ser científicos, son objetivos, es decir, ajenos a cualquier implicación personal y por tanto, axiológicamente, neutrales. Parece como si cualesquiera conocimientos valorativos o que impliquen el compromiso de las personas debieran quedar fuera de la Universidad. Y por lo que toca a la función investigadora no es difícil sentir la misma percepción sobre la neutralidad del conocimiento. Como si el conocimiento fuera un instrumento neutral. La investigación, especialmente la básica, se ubicaría así en un limbo ajeno a la ética. En el mejor de los casos, sólo se concede un lugar para la ética en la aplicación de los conocimientos adquiridos y, por tanto, en el ámbito de la tecnología. Frente a esta visión instrumental de la ciencia la crítica filosófica, cada vez de forma más nítida, nos hace ver que todo instrumento se halla vinculado a un determinado sentido del mundo y del ser humano y que, por tanto, la no neutralidad axiológica de los medios no está solamente en el

uso que de ellos se haga, sino que su compromiso en uno ú otro sentido se halla ya contenido en los propios medios científicos y técnicos, dado que son creadores de valores y cultura.

Así, pues, nada es neutral en la existencia humana. No es neutral la aplicación de los conocimientos, no son neutrales las actuaciones para generarlos y tampoco es neutral el conocimiento mismo. Sencillamente porque en el conocimiento se halla implicado el sentido y el sentido es la espoleta de la actuación humana. De ahí que la misión de la Universidad no pueda quedar limitada al descubrimiento y formulación de conocimientos funcionales sino que ha de profundizar en cada área de conocimiento hasta llegar al sentido de la existencia humana y del mundo.

Como dijo el P. Kolvenbach en la asamblea mundial de los centros universitarios de la Compañía celebrada en Roma en mayo de 2001: “No nos hagamos ilusiones: el conocimiento no es neutro, porque implica siempre valores y una determinada concepción del ser humano. (...) La Universidad debe ser el lugar donde se airean cuestiones fundamentales que tocan a la persona y a la comunidad humana, en el plano de la economía, la política, la cultura, la ciencia, la teología, la búsqueda de sentido. La Universidad debe ser portadora de valores humanos y éticos, debe ser conciencia crítica de la sociedad, debe iluminar con su reflexión a quienes se enfrentan a la problemática de la sociedad moderna o postmoderna, debe ser el crisol donde se debatan con profundidad las diversas tendencias del pensamiento humano y se propongan soluciones”¹. Para nosotros, la reflexión sobre estas cuestiones, que podría ser un buen modo de celebrar el “Año de la Ciencia”, se convierte en imprescindible cuando estamos a las puertas de la renovación de todos nuestros planes de estudio.

Pues parece que durante este curso nos veremos abocados por fin a esa renovación. Si se cumple el calendario previsto por el Ministerio de Educación y Ciencia, en la primera quincena de noviembre aparecerá en el Boletín Oficial del Estado el Real Decreto que establecerá una nueva ordenación de las enseñanzas universitarias oficiales, y sustituirá a los Reales Decretos sobre los estudios oficiales de grado y postgrado del año 2005. Si todo discurre como está previsto —éste es uno de los avatares que en este momento escapa a mi

¹ P. PETER-HANS KOLVENBACH, *La Universidad de la Compañía de Jesús a la luz del carisma ignaciano*. Reunión Internacional de la Educación Superior de la Compañía. Roma (Monte Cucco), 27 de mayo de 2001. n.12.

conocimiento— deberemos presentar todos nuestros planes de estudio de grado renovados antes de enero de 2010. Disponemos, pues, de tres convocatorias, que casi son sólo dos, para abordar esta renovación que viene a significar en la práctica, nos guste o no, una refundación de la Universidad. Mi intención es que presentemos en enero del 2008 unos pocos planes de estudio correspondientes a algunas de las titulaciones de ciclo corto que actualmente impartimos y que para enero de 2009, a ser posible, tengamos listas las titulaciones restantes.

Pero en la línea de lo que acabo de decir sobre la ciencia y la tecnología y siguiendo las reflexiones continuas que el P. Kolvenbach ha ido desarrollando a lo largo de su generalato sobre la enseñanza universitaria en las instituciones de la Compañía de Jesús, quiero llamar vuestra atención sobre las características que han de reunir en nuestra Universidad los planes de estudio que no tardando mucho hemos de definir. Me voy a referir a cuatro dimensiones que han de impregnar nuestra docencia y por tanto el diseño futuro de nuestros planes de estudio, utilizando sendas citas del P. Kolvenbach. Permitidme que lo haga así no sólo porque él sea el inspirador de mis palabras sino, sobre todo, porque con ello quiero rendirle homenaje agradeciéndole el apoyo que ha prestado y el impulso que ha sabido dar a los estudios superiores y a las instituciones universitarias de la Compañía durante los veinticinco años de su generalato, a punto de cumplirse, cuando se acerca el momento, previsto para el próximo enero, en que presente su renuncia al cargo de Superior General de la Compañía de Jesús.

Ante todo hemos de diseñar unos planes de estudio prácticos. En palabras del P. Kolvenbach: “La educación jesuítica es eminentemente práctica y pretende proporcionar a los estudiantes los conocimientos y las destrezas necesarias para sobresalir en cualquier terreno que ellos escojan”². Al pensar nuestros planes de estudio hemos de atender en primer lugar a la capacitación de nuestros estudiantes para el ejercicio profesional. Al plantear un nuevo plan de estudios, al profesor universitario le acecha la tentación de hacerlo en función de las necesidades docentes del departamento o incluso de sus propios temores por la estabilidad de su propio puesto de trabajo o del de sus discípulos. No hemos de caer en esa tentación. Al contrario, el principio rector que ha de informar los

² P. PETER-HANS KOLVENBACH, *La Universidad de la Compañía de Jesús a la luz del carisma ignaciano*. Reunión Internacional de la Educación Superior de la Compañía. Roma (Monte Cucco), 27 de mayo de 2001. n.11.

nuevos planes de estudios debe atender en primer lugar a las necesidades formativas de los alumnos y a su capacitación para el ejercicio profesional.

Pero esto, con ser importante, no es suficiente. Además de ofrecer a nuestros alumnos estudios útiles la formación de una Universidad de la Compañía debe reunir tres características más: ha de atender a una formación humana integral, a una formación para la justicia y a una formación que capacite a cada uno de nuestros estudiantes para dar respuesta a su vocación cristiana. El 10 de mayo de este mismo año el P. Kolvenbach en una alocución al Consejo Directivo de la Universidad de Georgetown en la Universidad Gregoriana de Roma manifestó: “La finalidad práctica de la Universidad, la *Utilitas*, a veces amenaza con anegar todo lo demás. Concentrarse exclusivamente en los elementos pragmáticos de la educación, sólo en el avance económico, simplemente en el progreso científico y tecnológico, exclusivamente en intereses empresariales, puede fácilmente reducir el fin práctico de una universidad a una estrecha perspectiva que convierte las otras tres metas de la vida universitaria en meras abstracciones. Más bien, una universidad jesuita será eminentemente práctica cuando siga insistiendo en una formación integral y en un enfoque holístico de la educación...”³ En una palabra no podemos formar excelentes profesionales que sean incultos o analfabetos en humanidad. Por otra parte, la formación integral es una de las dimensiones previstas para los títulos de grado en las directrices del llamado proceso de Bolonia.

Me ha sido difícil elegir una cita referida a la necesidad de una formación para la justicia, no porque sean escasas sino precisamente a causa de su abundancia. Al final me he decidido por una frase pronunciada en la Universidad de Santa Clara (California) en un congreso que conmemoraba el vigésimoquinto aniversario de la Congregación General 34^a y su decreto cuarto. En un conferencia titulada: *El servicio de la fe y la promoción de la justicia en la educación universitaria de la Compañía de Jesús de Estados Unidos*, decía el P. Kolvenbach: “Los estudiantes, a lo largo de su formación, tienen que dejar entrar en sus vidas la realidad perturbadora de este mundo, de tal manera que aprendan a sentirlo, a pensarlo críticamente, a responder a sus sufrimientos y a comprometerse con él de forma constructiva. Tendrían que aprender a percibir, pensar, juzgar,

³ P. PETER-HANS KOLVENBACH, *Address to the Georgetown University Board of Directors Given at the Pontifical Gregorian University*. Roma (10 de mayo de 2007).

elegir y actuar a favor de los derechos de los demás, especialmente de los menos aventajados y de los oprimidos”⁴.

Finalmente, además de la utilidad profesional, la formación integral como personas capaces de un desarrollo armónico de su vida profesional, personal y social y la formación para la justicia, la solidaridad y el compromiso con los más necesitados, es preciso que seamos capaces de formar a nuestros alumnos en la fe. La formación de la Compañía de Jesús respeta la libertad religiosa como un valor y asume el pluralismo religioso como un hecho pero se orienta a hacer al hombre capaz de descubrir su último destino en Dios y de responder con generosidad a la llamada que le hace para que se realice como hijo suyo. En palabras del P. Kolvenbach: “La educación jesuítica enfoca claramente todo su quehacer en la perspectiva cristiana de la persona humana como criatura de Dios, cuyo último destino está más allá de lo humano”⁵. A este respecto quiero hacer notar que no hay ninguna institución universitaria que considere las tres primeras dimensiones que he mencionado como ajenas a su quehacer. Todos pretenden formar profesionales competentes, ciudadanos honestos y cabales y hombres justos y solidarios. Pero no todos pretenden formar creyentes. Es precisamente la dimensión de apertura al misterio de Dios, para los creyentes única respuesta al enigma del hombre, lo que más nos distingue en el mundo universitario. Como Universidad Católica no podríamos sentirnos satisfechos aun cuando hubiéramos sido capaces de hacer de nuestros alumnos profesionales de valía, buenos ciudadanos y personas comprometidas con la justicia social si hubiéramos fracasado en proponerles la fe cristiana y sus exigencias como el horizonte de sentido de la existencia humana.

Durante este curso cumple sus primeros veinticinco años el Instituto Universitario de Espiritualidad de nuestra Facultad de Teología, aniversario que vamos a conmemorar con la celebración de un Congreso Internacional bajo el título “Experiencia y Misterio de Dios” dentro de tres semanas. S. Ignacio y sus primeros compañeros jesuitas habían estudiado artes y teología en la

⁴ P. PETER-HANS KOLVENBACH, *El servicio de la fe y la promoción de la justicia en la educación universitaria de la Compañía de Jesús de Estados Unidos*. Discurso en la Universidad de Santa Clara (California) en el 25º aniversario del Decreto 4º de la CG 32ª. (6 de octubre de 2000).

⁵ P. PETER-HANS KOLVENBACH, *La Universidad de la Compañía de Jesús a la luz del carisma ignaciano*. Reunión Internacional de la Educación Superior de la Compañía. Roma (Monte Cucco), 27 de mayo de 2001. n.12.

Universidad de París pero se habían formado en la escuela de los Ejercicios Espirituales. Acabados sus estudios, algunos de ellos comenzaron a enseñar como profesores de teología en diversas universidades europeas. Característica de su enseñanza era unir la reflexión y la especulación propias de la teología escolástica con la dimensión espiritual –experiencial, por tanto– que alimentaba sus vidas. Remaban así contra la corriente que desde el s. XIII había separado en demasía teología y espiritualidad. En la estela de esa línea tradicional de la docencia teológica de la Compañía de Jesús, la fundación del Instituto Universitario de Espiritualidad quiso dar respuesta a la necesidad sentida de contribuir al mutuo enriquecimiento de ambas. La experiencia espiritual debía dejarse confrontar con la reflexión teológica y la teología sólo podría alcanzar su mejor fecundidad si era alimentada desde la experiencia religiosa y espiritual del creyente. Hace veinticinco años nuestra Facultad de Teología se puso así al servicio de la espiritualidad, al tiempo que comenzó a recibir de ésta un nuevo injerto que ha aumentado y mejorado sus frutos.

Los aniversarios suelen dar ocasión para hacer balance. Y el balance de estos veinticinco años es claramente positivo. El Instituto ha cultivado la Teología Espiritual en cuanto tal y ha estudiado las escuelas de espiritualidad vivas en la Iglesia más representativas: monástica, franciscana, carmelitana y, de modo muy especial, la ignaciana. Se ha ocupado de la formación de los formadores de muchas congregaciones religiosas y ha estudiado sus carismas originarios y sus desarrollos y evoluciones históricas y se ha comprometido en alentar el auge de la espiritualidad laical y el discernimiento de recientes formas de espiritualidad surgidas para los nuevos ambientes que vive el hombre de hoy. Con todo ello ha contribuido a que la teología académica cultivada en nuestra Facultad de Teología sea a la vez, en palabras de Urs von Balthasar, una teología arrodillada.

Pero, además de servirnos para hacer balance, los aniversarios nos invitan a encarar el futuro con esperanza. Animo a cuantos enseñan y aprenden en el Instituto de Espiritualidad a continuar por el camino emprendido. Creo que el Instituto está prestando un servicio importante a la Iglesia, en concreto a las congregaciones religiosas y de modo especial a esa parte de la Iglesia que tantas veces es la última en el poder y la primera en el servicio. Me refiero a las religiosas. Para ellas, con frecuencia, la espiritualidad ha sido la puerta de acceso a la reflexión teológica. No creo equivocarme mucho cuando pienso que el futuro de la Iglesia en nuestro mundo secularizado, supuesta siempre la providencia amorosa de Dios que la guía y la sostiene, se juega de modo especial

en los ámbitos de la experiencia, el pensamiento y el compromiso. El futuro de la Iglesia y su relevancia social no depende tanto de que consiga organizarse de modo eficiente o de que logre una presencia pública eficaz, con ser esto importante, cuanto de la profundidad que alcance la experiencia religiosa y espiritual de los creyentes en nuestro encuentro con el Señor, de que acertemos a dar al mundo razón de esa experiencia y de que, liberados de nuestros egoísmos gracias a ella, seamos capaces de comprometernos en favor de todos los hombres, especialmente de aquellos cuya dignidad humana es vulnerada. Desde la tarea académica propia de la actividad universitaria a ello ha contribuido el Instituto de Espiritualidad y con la ayuda de Dios y de los hombres espero que lo pueda seguir haciendo por muchos años.

Concluyo ya con algunas palabras de agradecimiento. Ante todo agradezco al profesor Dr. Angel Luis López Roa de la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales su documentada y profunda lección inaugural de este curso académico, Así mismo agradezco a los miembros de la comunidad universitaria su presencia en este acto y su atención. Finalmente, agradezco a todos nuestros invitados su presencia, que interpreto como signo de su aprecio y también de su apoyo a la labor que realizamos cuantos como profesores, investigadores o personal de administración y servicios trabajamos en la Universidad.

3 de octubre de 2007

SALUDO PARA EL DÍA DE LA COMUNIDAD UNIVERSITARIA (2008)

Desde Roma donde me encuentro participando en la Congregación General 35ª de la Compañía de Jesús envió un saludo cordial al señor Nuncio, que un año más nos acompaña en la celebración del día de Santo Tomás, al P. Luis López-Yarto, Viceprovincial de Castilla y a todos los miembros de la comunidad universitaria y sus familiares.

Quiero expresar mi reconocimiento a quienes reciben hoy el merecido homenaje por sus veinticinco o cuarenta años de servicio a la Universidad y a quienes, por haber alcanzado la edad de jubilación, han cesado recientemente en su relación laboral con ella. Uno de los motivos por los que lamento no estar con vosotros este año es porque mi ausencia me ha impedido entregar la insignia de oro a Elena García, secretaria del decanato de la Facultad de Teología y, en cuanto tal, mi estrecha colaboradora durante los más de once años que desempeñé el cargo de decano de esa Facultad. Le quiero agradecer sus servicios a la Universidad y a mí mismo de modo especial.

Con mucho gusto felicito también a los que han sido investidos doctores por las distintas facultades y a quienes han recibido premios que ponen de relieve la calidad de sus trabajos académicos.

Como sin duda ya conocéis la Congregación General, tras aceptar el lunes 14 de enero la renuncia del P. Peter-Hans Kolvenbach, el sábado 19 eligió Superior General de la Compañía al P. Adolfo Nicolás que por eso mismo es ya también Gran Canciller de nuestra Universidad.

El P. Nicolás nació en Palencia, fue alumno del Colegio de “Areneros”, ingresó en la Compañía en la antigua provincia de Toledo en su noviciado de Aranjuez, es Doctor en Teología y pertenece a la Provincia del Japón donde junto con Filipinas ha desarrollado la mayor parte de su actividad jesuítica. Su biografía personal le vincula, pues, estrechamente a nosotros.

Os invito a agradecer conmigo a Dios el don que ha supuesto para la Compañía de Jesús y para nuestra Universidad el largo y generoso generalato del P. Kolvenbach por su apoyo a la enseñanza universitaria jesuítica y por su incansable e iluminadora exhortación a mantener y profundizar la identidad de nuestras universidades como instituciones apostólicas. Creo que es el momento

para ofrecer al P. Adolfo Nicolás el testimonio de nuestra disponibilidad como Universidad para trabajar al servicio de la misión de la Compañía y de la Iglesia en las tareas docente e investigadora que constituyen el ser de una Universidad.

Mis mejores deseos para este año.

28 de enero de 2008

ACTO DE GRADUACIÓN DEL CURSO 2007-08

El día, quizá largamente esperado, de vuestra graduación ha llegado. Aquí estamos acompañándoos, familiares, amigos y profesores, para celebrarlo y compartir vuestra alegría. Quiero que mis primeras palabras sean de enhorabuena y de agradecimiento. Ante todo quiero felicitaros por haber alcanzado la meta, que os habíais propuesto, de obtener un título universitario. Para conseguirlo habéis necesitado activar capacidades, invertir esfuerzos, acariciar ilusiones y, sobre todo, ser constantes y responsables. ¡Enhorabuena! También quiero daros las gracias a vosotros y a vuestros padres. A los estudiantes que hoy os graduáis os agradezco vuestro paso por nuestra Universidad. Habéis contribuido a que seamos lo que somos, a nuestro prestigio y a la excelencia que queremos alcanzar. Pues la Universidad no son sólo sus profesores o sus laboratorios y bibliotecas. Sois también y muy principalmente sus estudiantes. A vuestros padres quiero agradecer la confianza que depositaron en nosotros cuando os enviaron a estudiar aquí.

Como ha recordado Mónica García, con vosotros debía haberse graduado Cristina Melero Narvárez. No ha sido así. La muerte, exponente máximo de nuestra limitación y finitud, se lo ha impedido. En este momento de alegría para vosotros os invito a tener un recuerdo emocionado y cariñoso para vuestra compañera al tiempo que os animo a alentar la esperanza y el compromiso. Esperanza, porque la fe cristiana no considera la muerte como el final sino como el paso definitivo hacia la vida eterna y feliz junto a Dios. Aunque no siempre lo entendamos, pues tantas veces los caminos de Dios no son nuestros caminos. Y también el compromiso. Porque cuando la muerte pasa cercana a nuestro lado nos hace una llamada apremiante a tomarnos en serio la vida, al hacernos caer en la cuenta de que no cualquier tipo de vida merece la pena. A pesar del dolor que nos produce, la muerte tiene la virtud de hacernos distinguir entre lo que vale de verdad y lo que sólo es efímero, pasajero y superficial. El verso popular ha sabido formularlo bien: “Vivir se debe la vida de tal suerte, que viva quede en la muerte”.

Durante los años que habéis pasado en la Universidad no sólo habéis alcanzado las competencias académicas y profesionales que refleja vuestro título universitario. Sin duda que este tiempo ha hecho posible también vuestro crecimiento y maduración personal. Junto al estudio, las prácticas en empresas e instituciones, la relación con profesores y compañeros, el hecho de haber tenido

que responder a nuevas exigencias y desafíos os han hecho crecer en responsabilidad y madurar como personas. La Universidad ha contribuido a ello ofreciéndos una formación integral. Es nuestra misión y nos sentimos satisfechos de haberla cumplido. No lo estaríamos, si además de impartir la formación académica no nos hubiéramos preocupado de vuestra formación humana, de que vuestros conocimientos profesionales se apoyaran en valores y de que el sentido último de vuestra actuación y de vuestras vidas se abriera a la dimensión espiritual del hombre y se orientara al amor a Dios y al servicio a los demás. Creo sinceramente que, en la medida de nuestras fuerzas, os hemos ayudado a conseguirlo. Así, pues, hoy nos alegramos con vosotros al tiempo que nos sentimos orgullosos de nuestra misión universitaria, que tiene como objetivo, ante todo, formar personas, capaces de comprometerse con la sociedad y de servirla para lograr un mundo más humano.

Acabamos de imponeros la beca de nuestra Universidad y os hemos entregado también nuestra insignia como antiguos alumnos. En ambas, en la beca y en la insignia, va nuestro escudo, que es el símbolo de nuestra identidad y de nuestra historia, más que centenaria. Os lo hemos entregado precisamente hoy, el día que, al celebrar vuestra graduación, os despedimos de la Universidad. Porque al decirnos adiós como alumnos no queremos ni olvidaros ni que os olvidéis de nosotros. Al contrario, queremos que hoy sea el primer día de una nueva relación que os una con la Universidad. La relación de antiguos alumnos. Que, sobre todo, ha de caracterizarse porque allá donde desarrolléis vuestra vida profesional os hagáis notar por la fidelidad a los valores que habéis cultivado en la Universidad: responsabilidad, espíritu crítico, capacidad de trabajo en equipo, honestidad, amor a la verdad y compromiso por la justicia.

Al dejar atrás los años de vuestra formación universitaria, se abre para vosotros la puerta del desarrollo profesional. En breve tiempo os encontraréis trabajando. Será el momento en que comenzaréis a aportar a la sociedad algo vuestro, como hasta ahora habéis venido recibiendo de ella y especialmente de vuestros padres.

El próximo 10 de diciembre se cumplirán 60 años de la aprobación en París por la Asamblea General de las Naciones Unidas de la Declaración Universal de Derechos Humanos, que empieza así: “Considerando que la libertad, la justicia y la paz en el mundo tienen por base el reconocimiento de la dignidad intrínseca y de los derechos iguales e inalienables de todos los miembros de la familia humana...”. Un comienzo precioso que me sirve hoy para daros el último consejo de vuestra formación universitaria. Todas las personas ansiamos

vivir en libertad, que nuestras relaciones se basen en la justicia, que la paz reine entre los pueblos y los grupos sociales. Son valores cuya vigencia está ampliamente compartida en el discurso de líderes políticos y sociales. El proemio de la Declaración Universal de Derechos Humanos pone de relieve que esos valores sólo son posibles si se reconoce la dignidad y los derechos a todos los hombres, dignidad que es intrínseca al hecho mismo de ser hombres y derechos que son inalienables para todos los miembros de la familia humana.

Todos somos conscientes de que en muchos lugares de la tierra no se respetan los Derechos Humanos ni la dignidad del hombre. Pero quizá estamos tranquilos pensando que esos lugares se encuentran lejos de nosotros. No siempre es así. A veces, también en nuestro entorno no reina la paz, no triunfa la justicia o se oprime la libertad. Y es que entre nosotros tampoco siempre se respeta la dignidad del hombre ni sus inalienables derechos. No quiero referirme a los casos flagrantes que un día sí y otro también son noticia. Pienso en las veces en que se atenta contra la dignidad del hombre, cuando se le instrumentaliza para ponerlo al servicio del lucro, de la razón política o económica, de lo cultural o políticamente correcto, de cualquier interés distinto de su propia realización individual y colectiva. Este es mi consejo en este día de despedida. Vosotros, allá donde os encontréis, como antiguos alumnos de esta Universidad habéis de tener presente que el ser humano es un fin en sí mismo que no puede ser violentado ni instrumentalizado por ningún motivo; tampoco para buscar la felicidad de los demás, ni siquiera la suya propia. Al contrario, todo, la política y la economía, el trabajo y el descanso, el ejercicio profesional y las relaciones humanas, ha de contribuir a que el hombre realice su destino de hijo de Dios y de hermano de los demás hombres sin discriminación de nadie.

Haber sido alumnos de esta Universidad os compromete con el respeto y la defensa de la dignidad y de los Derechos Humanos en todos los ámbitos. En el mundo de la economía y de la política, en el de la educación, la sanidad, el derecho, la asistencia social, en las empresas privadas y en las instituciones públicas, en los ámbitos de la vida familiar y de las relaciones sociales, a nivel local, internacional o global. No os acomodéis nunca al mundo que os vais a encontrar. No os conforméis nunca con lo que hay. Porque todo puede mejorar. Y, sobre todo, porque también las personas podemos ser mejores. Preguntaros siempre, antes de tomar cualquier decisión, si vuestra acción va a contribuir a respetar la dignidad y los Derechos Humanos, sirviendo así a la libertad, a la justicia y a la paz.

20, 21 y 22 de junio de 2008

APERTURA DEL CURSO 2008-09 AÑO CENTENARIO DEL ICAI

Quiero comenzar mis palabras de inauguración de este curso 2008-09 invitándoos a dar gracias a Dios y a los hombres. Ante todo, es Dios quien nos concede celebrar durante este curso el centenario del Instituto Católico de Artes e Industrias (ICAI), integrado desde 1978 en la Universidad Pontificia Comillas. Pero porque los dones de Dios piden cooperación de sus criaturas, nos sentimos también agradecidos a todos aquellos, jesuitas y seculares, que desde 1903 hasta hoy han soñado y creído en el proyecto, han puesto a disposición de esta obra de Iglesia su ilusión y su esfuerzo, la han sostenido con su colaboración y apoyo y, en algunos casos, también con sus dineros y su sufrimiento. Entre todos ellos merece especial mención agradecida el Colegio/Asociación de Ingenieros del ICAI, que tanto ha colaborado y sigue colaborando con nuestra Escuela Técnica Superior de Ingeniería.

Doy las gracias al señor Nuncio, patrono de nuestra Universidad, por haber aceptado acompañarnos este año en el momento solemne de la inauguración de curso, así como al P. Vice-Gran Canciller y Provincial de Castilla de la Compañía de Jesús y a la Ilma. Sra. Directora General de Universidades e Investigación, en representación del gobierno de la Comunidad de Madrid. Agradezco muy especialmente que estén con nosotros los Rectores Magníficos de las Universidades Autónoma de Madrid, Carlos III y Rey Juan Carlos que interpreto como gesto de amistad y expresión de reconocimiento a la calidad académica de nuestra Universidad. Agradezco también el vivo deseo de habernos acompañado que me han manifestado el Rector de la Universidad Politécnica de Madrid y del Rector de la Universidad de Alcalá, quienes han excusado su asistencia y del Rector de la Universidad S. Pablo-CEU que ha enviado en representación suya a la Secretaria General de su Universidad.

La documentada lección inaugural, que acabamos de escuchar, del profesor Rafael M^a Sanz de Diego me libera de tener que recordar los orígenes de esta sede de nuestra Universidad. Relatar los mejores éxitos, mencionar sólo las dificultades más arduas o aludir a las personas más significativas de nuestra historia no sería posible ni quizá conveniente en este momento. Seguro que tendremos ocasión de hacerlo a lo largo del curso. Ahora me parece más útil poner de relieve algunos aspectos que estuvieron en la raíz del impulso fundacional del ICAI,

para que su recuerdo aliente nuestro compromiso con la labor universitaria, nos ayude a llenar de sentido el trabajo nuestro de cada día y, sobre todo, nos abra perspectivas por donde encaminar nuestro futuro.

A quienes visitan la casa-torre de los Loyola en Guipúzcoa se les suele mostrar un tosco dibujo a carboncillo sobre una pared junto al poyo de una de las ventanas de la casa, que se remonta a los últimos años del s. XV y representa un barco. El guía suele comentar que quizá fue el niño Iñigo de Loyola el autor de esa travesura sobre el blanco yeso de la pared o quien, al menos, se entretuvo alguna vez, sentado junto a la ventana, contemplando el garabato e imaginando viajes llenos de aventuras por las lejanas tierras recién descubiertas entonces. Siempre según las piadosas explicaciones de los guías, de aquellos sueños del niño Iñigo nacerían los viajes de Javier y otros jesuitas misioneros a las Indias de Oriente y Occidente. Creo que se atribuyen estos sueños a Iñigo niño porque es característica de lo ignaciano no quedarse cortos en soñar e ir haciendo realidad cada día, sin dejarse vencer por las dificultades, en cuanto es posible, la utopía soñada, que a ojos de la mayoría parece irrealizable.

Estos rasgos caracterizan la fundación del ICAI. El ICAI fue un sueño utópico, que en cierta medida, cuantos han trabajado aquí durante estos cien años han ido convirtiendo en realidad, al tiempo que algunas de las trazas de aquel sueño universitario y social han ido tomando cuerpo también en la sociedad española.

Como hemos escuchado en la lección inaugural, la Compañía de Jesús soñó a comienzos del siglo XX en promocionar, mediante la educación, a las clases menos favorecidas. Los jesuitas soñaron que era posible lograr que la mayoría de la población española se incorporara, gracias a una buena formación técnica, al desarrollo industrial entonces incipiente de nuestro país. Para lograrlo, ellos que siempre habían sabido enseñar humanidades, se aventuraron en un campo, el de la ingeniería eléctrica y mecánica, que, más bien, les era ajeno. Bajo el liderazgo del P. Pérez del Pulgar, S. J. y contando con seglares que quisieron incorporarse al proyecto, como el ingeniero industrial D. Mariano Bastida, diseñaron una enseñanza de calidad, eminentemente práctica y que preparara de verdad para el ejercicio profesional. Dimensión importante de su sueño era unir a la competencia técnica la formación integral de la persona, que precisamente por eso, estaba muy atenta a la fe cristiana y se caracterizaba por un profundo compromiso social.

Este sueño es el que se ha ido haciendo realidad a lo largo de estos cien años. No hace falta decir que la realización se ha quedado a veces por debajo

de la utopía soñada. Como la línea del horizonte se aleja de nosotros, a medida que avanzamos, pero no nos deja olvidar adonde nos dirigimos y atrae nuestros pasos mientras caminamos, también lo que de inalcanzable tiene nuestro sueño es nuestro acicate para hacerlo realidad.

El camino no ha estado libre de dificultades. Gracias a Dios es característica de una sana psicología procurar que la memoria se olvide de los momentos malos del pasado para disfrutar sólo con el recuerdo de los buenos. La celebración del centenario no es momento de fijarse en las dificultades pasadas a menos que se recuerden para caer en la cuenta, una vez más, de que nada importante se obtiene en la vida sin esfuerzo y de que la voluntad y la constancia comprometidas en un proyecto son ya la mitad del éxito. Como prueba aludo a la mayor dificultad por la que tuvo que pasar el ICAI. Incendiado este edificio el 11 de mayo de 1931 y promulgado el decreto por el que se disolvía la Compañía de Jesús en España el 23 de enero de 1932, el P. Pérez del Pulgar consiguió trasladar el ICAI, con profesores y alumnos, a Lieja donde fueron acogidos por el Instituto Gramme de los jesuitas belgas hasta octubre de 1939 en que el ICAI se volvió a instalar en este edificio. En aquellos años el estado belga reconoció oficialmente los estudios del ICAI, lo que no haría el estado español hasta el decreto de 10 de agosto de 1950, disposición legal que, de hecho, no tendría efectividad real hasta 1957. Lo que en muchos casos, fácilmente, hubiera supuesto el fin de la institución, gracias al tesón de aquellos hombres y a la fe en el valor de la empresa que llevaban entre manos, se convirtió en una fuente de cohesión interna y de compromiso mutuo.

Aquel sueño sigue siendo nuestro sueño. Gracias a Dios, la sociedad española y las circunstancias históricas y culturales han cambiado mucho en estos cien años. Dificultades seguimos teniendo y tendremos siempre pero son y serán dificultades distintas. Lo relevante es que continuemos creyendo en el valor de la formación universitaria para hacer mejores a las personas, en el servicio al país y a la sociedad, que la formación universitaria aporta, y en el humanismo cristiano y social como ingrediente imprescindible de la formación impartida en esta Universidad.

Pero este curso no sólo nos vamos a ocupar de celebraciones. Durante él deberemos presentar a la aprobación del Consejo de Universidades tras el proceso de verificación de ANECA casi todas nuestras titulaciones de grado y de postgrado. Una de las características fundacionales del ICAI fue el poder diseñar una enseñanza libre, no sometida a la regulación estatal de entonces, de

los estudios de ingeniería industrial. La tardanza en obtener el reconocimiento oficial de los estudios se debió no sólo a la secular reticencia del estado español a reconocer la enseñanza universitaria no pública sino también a la apuesta de nuestros predecesores por una enseñanza libre que no se quería someter a los planes de estudio oficiales. En la actualidad la legislación concede a las universidades una libertad en la elaboración de sus planes de estudio como nunca había tenido antes el sistema universitario español. Podemos, pues, elaborar unos programas de estudio plenamente a nuestro gusto y reconocidos oficialmente. Como bien sabéis las Facultades y Escuelas llevan ya meses trabajando en la elaboración de estos nuevos programas. Si lo menciono ahora no es para repetir lo obvio sino porque quiero aprovechar la ocasión para agradecer de corazón a los departamentos y decanatos el esfuerzo realizado y porque quiero animar a todos –profesores y personal de administración y servicios– a culminar el trabajo que aún queda por hacer con la generosidad y altura de miras que prefiere poner los ojos en la mejor formación profesional y personal de nuestros alumnos antes que atender a los intereses, aunque sean legítimos, de los docentes.

Nuestro centenario no es el único aniversario a conmemorar durante este curso académico. A lo largo de su devenir tendremos ocasión de celebrar otras efemérides de las cuales quiero ahora mencionar brevemente tres que no nos pueden pasar desapercibidas precisamente porque alcanzan la categoría de símbolos en la configuración de nuestra vida universitaria y enlazan con los rasgos de nuestra identidad que hemos cultivado durante este siglo.

El 10 de diciembre de 1948, hace, pues, sesenta años, la Asamblea General de las Naciones Unidas aprobó en París la Declaración Universal de los Derechos Humanos. El año 2009 se cumple el segundo centenario del nacimiento de Charles Darwin y los ciento cincuenta años de la publicación del que probablemente es su libro más significativo: “El origen de las especies mediante la selección natural”. Finalmente, este curso ha sido declarado por el papa Benedicto XVI el año de S. Pablo para conmemorar así, simbólicamente, el segundo milenio de su nacimiento. Estos tres aniversarios a celebrar en este curso traen al pensamiento los tres vértices que definen la superficie del triángulo sobre el que se desarrolla el trabajo de nuestra Universidad.

Pablo de Tarso, que introdujo la fe cristiana en el continente europeo, y de cuyo colosal esfuerzo evangelizador él mismo era consciente cuando escribió: “he trabajado más que todos los demás apóstoles” después de haber dicho,

“gracias a Dios soy lo que soy y su gracia no ha sido estéril en mí”¹, nos invita a pensar en el servicio a la fe que nos corresponde hacer desde la labor estrictamente universitaria. Charles Darwin pone de relieve el valor de una ciencia innovadora para dar explicación del hombre y del mundo. Muchos habían constatado la diversidad y semejanza de los seres vivos pero sólo algunos de ellos –Darwin, el más representativo– fueron capaces, al verlos con ojos que sabían admirarse y preguntar, de elaborar una teoría innovadora que replanteó el puesto del hombre en la naturaleza y obligó a concebir de un modo nuevo a los seres vivos, revolucionó la antropología y la hermenéutica y forzó a la teología a replantearse certezas seculares sobre el modo de actuar del Dios creador.

La Declaración Universal de los Derechos Humanos nos invita a involucrar en la tarea universitaria nuestro compromiso por la libertad y la justicia. No podemos olvidar que el reconocimiento de estos derechos, tanto los civiles y políticos como los económicos y sociales, o incluso los llamados derechos de la tercera generación o derechos de los pueblos, que hoy consideramos inalienables, ha sido fruto de un largo proceso de toma de conciencia sobre la dignidad del hombre, que ha durado siglos y que no podemos dar por cerrado. No es ajeno a la Universidad sino quizá lo más propio de ella reflexionar sobre el ser y el destino del hombre y alumbrar nuevos caminos por donde puedan avanzar en el futuro las libertades individuales, la igualdad y la equidad en las relaciones sociales y la solidaridad entre las naciones y los grupos humanos. El futuro del hombre está aún abierto y puede ser mejor. A la Universidad corresponde soñar ese futuro mejor e imaginar los caminos para hacerlo posible. Como dijo en cierta ocasión el P. Arrupe “Está muy lejos de haber sido agotado todo lo que puede ser objeto de los derechos del hombre. Del mismo modo que no sabemos cuál es el límite de las capacidades físicas humanas cuando vemos cómo se baten marcas que se creía imposible superar, tampoco podemos fijar hasta dónde puede llegar, con el tiempo, una conciencia moral desarrollada y el sentimiento de la fraternidad y la igualdad cristianas a la hora de definir qué es el derecho del hombre”².

En dos palabras, fe cristiana, ciencia innovadora, diálogo entre ciencia, filosofía y fe y compromiso social para la promoción de la justicia son las coordenadas que enmarcan la misión de esta Universidad, que la celebración de estos aniversarios ha de contribuir a revitalizar entre nosotros.

¹ 1Co 15,10

² P. ARRUPPE, *Écrits pour évangéliser*, Paris 1985, 262

Concluyo deseándoos a todos los presentes y a todos los miembros de nuestra Universidad y de las comunidades universitarias cuyos rectores han querido acompañarnos en este año centenario un curso feliz en el ámbito personal y familiar y rico y fecundo en el ámbito académico y profesional.

Muchas gracias.

1 de octubre de 2008

DÍA DE LA COMUNIDAD UNIVERSITARIA (2009)

Una vez más el inexorable discurrir de las hojas del calendario nos ha situado en la fiesta de Santo Tomás y con ella en la celebración del día de la comunidad universitaria. Una velada festiva en la que nos reunimos para rendir homenaje y mostrar agradecimiento a algunos de nuestros compañeros que se han distinguido por la excelencia de su trabajo académico o por un servicio prolongado y generoso a la Universidad.

Hemos comenzado por la investidura de los dieciocho nuevos doctores que durante el año pasado han alcanzado este grado académico. Un número algo más bajo del que habitualmente solemos tener que espero quede compensado con creces por la calidad de vuestra investigación. En nombre de toda la comunidad universitaria os felicito por vuestro esfuerzo y por vuestro éxito. Entre los nuevos doctores merecen mención especial los que se han hecho acreedores de la distinción honorífica a la mejor tesis doctoral en cada una de las Facultades y el galardonado con el Premio “José María Ramón de San Pedro” concedido a la mejor tesis doctoral, relacionada con el derecho y la economía de la empresa, defendida cada dos años en las Facultades de Ciencias Económicas y Empresariales y Derecho. Para todos vosotros nuestro deseo de que el camino de la investigación que habéis iniciado en la tesis doctoral no acabe aquí. Formamos parte de una sociedad que se ha dado en llamar sociedad del conocimiento queriendo expresar, con ello, la relevancia de la aportación de la investigación y la innovación al bienestar social y al desarrollo humano. Realizar una tesis doctoral no se ha de reducir, pues, a cumplir un requisito académico ni, mucho menos, a adornarse con un título de prestigio sino que es una aportación desde el conocimiento al desarrollo del ser humano, que ha de ser promesa de un esfuerzo y una dedicación continuados para mejorar el discurrir de la vida de la humanidad.

Hemos impuesto después las medallas de profesor de la Universidad a ocho nuevos profesores propios. Como he manifestado en ocasiones anteriores esta medalla es el símbolo de una mutua pertenencia. La Universidad os reconoce como sus profesores propios al tiempo que se os entrega como algo vuestro. La Universidad desempeña sus funciones docente e investigadora por medio de sus profesores propios, de tal modo que sois vosotros quienes expresáis y realizáis lo que la Universidad es. Esta mutua pertenencia exige también una

mutua fidelidad. Ser profesor propio no es un privilegio ni una prebenda. Es una categoría académica que reconoce una cualidad en el esfuerzo y en el servicio. Al daros la enhorabuena os animo a hacer crecer en vosotros el sentido de pertenencia a esta Universidad que es la vuestra y a la identificación con sus objetivos y valores. Que durante toda vuestra vida académica sintáis, cada vez más profundamente, que fue una hora buena aquella en la asumisteis ese compromiso y comenzasteis a ejercer ese servicio.

Enhorabuena también a los 28 alumnos que habéis obtenido el Premio Extraordinario de fin de carrera en cada una de nuestras titulaciones. Nuestra Universidad es conocida y reconocida no sólo por la atención que nuestro profesorado presta a los alumnos sino también por la calidad humana e intelectual de nuestros estudiantes: por sus valores, su capacidad crítica, su espíritu de trabajo, su responsabilidad y su disposición para la colaboración. Quienes habéis obtenido Premio Extraordinario de fin de carrera sois paradigma de esa calidad intelectual y personal de nuestros alumnos y acicate para nuestros profesores y cuantos formamos la comunidad universitaria, pues alumnos excelentes demandan profesores de calidad y servicios que lo sean también.

Enhorabuena a los miembros de las Universidades de Valladolid, Autónoma de Barcelona, Huelva y Complutense de Madrid que os habéis hecho acreedores, en su décima edición, de los “Premios Santo Padre Rubio” convocados por el Instituto Universitario de Estudios sobre Migraciones de nuestra Universidad, destinados a distinguir trabajos académicos sobre las migraciones, abiertos a participantes de otras Universidades y patrocinados por la Provincia de Castilla de la Compañía de Jesús, y a quienes habéis merecido los accesits del “VIII Premio Ignacio Ellacuría, S.J.” para estudios de interés social patrocinado por nuestra Universidad y dirigido a premiar trabajos de nuestros propios estudiantes.

Como todos los años, el pasado 25 de enero recordaba el calendario litúrgico la conversión de S. Pablo, pero este año, en el que por iniciativa del papa Benedicto XVI estamos conmemorando el segundo milenio del nacimiento del apóstol de las gentes esa celebración cobra en la Iglesia una relevancia especial. En su primera carta a los corintios Pablo de Tarso se refiere a la sabiduría de los griegos, basada en la razón, y a la sabiduría de los judíos apoyada en las intervenciones maravillosas de la divinidad para contraponer ambas, como camino para ir a Dios, a una sabiduría superior que denomina el discurso de la cruz. Pablo considera que el camino de la razón y el camino del milagro son dos caminos distintos, válidos pero insuficientes para conocer a Dios. Sólo la

sabiduría de la cruz, es decir, el discurso que nace de la experiencia de servicio y da razón de la existencia humana poniendo su sentido y su realización en la entrega de la vida como hizo Jesús, que no vino a ser servido sino a servir y dar su vida por todos, es la más alta sabiduría porque nos lleva a conocer al único Dios vivo y verdadero.

Nosotros realizamos nuestra vocación de universitarios trabajando y disfrutando cada día con el conocimiento de los griegos, basado en la razón. Al reunirnos cada año para celebrar el día de la comunidad universitaria homenajeamos a algunos compañeros que han alcanzado especiales logros académicos. Pero no seríamos fieles a nuestra identidad y a nuestra razón de ser si nos quedáramos conformes con tal de ir creciendo en el conocimiento en el que los griegos fueron los primeros en distinguirse. Porque hay una sabiduría superior que es la sabiduría del servicio, la sabiduría que pone la existencia humana al servicio del amor. Os invito a todos los galardonados a poner vuestra sabiduría personal al servicio de la sabiduría de la generosidad y de la entrega de la vida.

Sin embargo a cuantos habéis cumplido 25 ó 40 años en la Universidad o bien habéis alcanzado el curso pasado la edad de jubilación no tengo que invitaros a hacerlo porque ya lo habéis hecho o lo estáis haciendo así. Más allá y por encima de los logros académicos, por medio de mis palabras todos cuantos formamos la Universidad queremos agradecer tantos años de trabajo y de entrega a cuantos os habéis ido dejando la vida en sus aulas y en sus oficinas. Es momento para agradecer a vosotros, profesores y trabajadores, el servicio, la disponibilidad y la ayuda prestados durante tantos años a alumnos y compañeros. En este tiempo nos hemos beneficiado de vuestro trabajo, de vuestra competencia y de vuestra compañía. Por muchos adjetivos que añada y muchas veces que lo reitero, las palabras, como suele ocurrir, se me quedarán cortas para expresar el inmenso agradecimiento que sentimos.

Finalmente, quiero dar las gracias a nuestros invitados, familiares y amigos, por haber querido unirse a nosotros esta tarde. Quiero también manifestar de modo especial mi agradecimiento y el de todos nosotros al Sr. Nuncio de S. S. en España, al P. Provincial de España de la Compañía de Jesús, al Sr. Director General de Asuntos Religiosos y a quienes son patrocinadores de algunos de nuestros premios, la provincia de Castilla y los familiares de José María Ramón de San Pedro. Muchas gracias así mismo a la profesora Rosario Paniagua de la titulación de Trabajo Social y al profesor Christopher Waddington, que comenzó su trabajo en la Universidad en el Instituto de Idiomas y que ha sido

fundador y alma de nuestra hoy prestigiada titulación de Traducción e Interpretación.

Un día de fiesta no es el mejor momento para hablar de trabajo. Pero no quiero acabar mis palabras sin añadir una palabra de agradecimiento a todos los miembros de la comunidad universitaria por el esfuerzo invertido para poder someter en los plazos establecidos todas nuestras titulaciones al Consejo de Universidades y a la Agencia Nacional de Evaluación de la Calidad (ANECA). En estos momentos se encuentran en proceso de evaluación del programa “VERIFICA” los 18 másters universitarios ya implantados en la Universidad más otros 6 nuevos, así como 9 titulaciones de grado. Con ello no hemos acabado la tarea pues en los próximos meses aún hemos de diseñar nuestras titulaciones de grado y algunas de postgrado de la Escuela Técnica Superior de Ingeniería y hemos de someter a evaluación los períodos de formación del doctorado. Estamos también en el momento de ir preparando la implantación de los nuevos programas de estudio, adaptados a las exigencias del proceso de Bolonia, lo que, con la ayuda de Dios, tendrá lugar para la mayoría de nuestras titulaciones el próximo curso. Mi agradecimiento personal y el de toda la Universidad por el trabajo realizado y una palabra de ánimo por lo que aún queda por hacer.

Muchas gracias por vuestra atención.

28 de enero de 2009

ACTO DE GRADUACIÓN DEL CURSO 2008-09

Nos hemos reunido para celebrar vuestra graduación cuando estáis a punto de concluir vuestros estudios en nuestra Universidad. Haber alcanzado la meta que os habíais propuesto os llena de satisfacción y hace que nuestra reunión sea un acto festivo y alegre. Seguro que por vuestro pensamiento han pasado en estos días imágenes que os recuerdan la inseguridad de las primeras semanas, el esfuerzo continuado a lo largo de los meses, los momentos felices vividos cada vez que finalizaba un curso, algún que otro sinsabor pero, sobre todo, la satisfacción por la obra bien hecha y el agradecimiento a compañeros y profesores que han estado cerca de vosotros, os han prestado su apoyo y os han ayudado durante este tiempo de tantas maneras.

Permitidme, por ello, una palabra de felicitación. Os quiero dar la enhorabuena personalmente pero, sobre todo, en nombre de toda nuestra comunidad universitaria. Compartimos vuestra alegría porque vuestro éxito es también el nuestro. Quienes como personal de administración y servicios o como profesores estamos dedicando nuestra vida a la Universidad lo hacemos con los ojos puestos en ayudaros a realizar vuestra vocación profesional y a que crezcáis como personas. Haber estado a vuestro servicio durante estos años, cuando llegáis al final del camino, nos llena de satisfacción.

Quiero extender esta felicitación también a vuestros padres, familiares y amigos que os acompañan, pues comparten con vosotros vuestros logros. Lo que sois y lo que habéis conseguido se lo debéis a ellos en no pequeña medida. Además, a vuestros padres les quiero agradecer especialmente que os hayan enviado a estudiar en nuestra Universidad por la confianza que depositaron en nosotros y el aprecio que con ello demostraron a nuestro modo de enseñar y formar.

Este curso, por primera vez en nuestra Universidad, participáis en este acto de graduación, además de quienes habéis cursado diplomaturas o licenciaturas, quienes habéis obtenido alguno de nuestros másters oficiales. Nuestra Universidad ha comenzado ya a transformar sus enseñanzas, como el resto de la Universidad española, para adaptarlas a la nueva legislación que las acomoda al Espacio Europeo de Educación Superior. Los nuevos títulos de grado, que hemos comenzado a implantar el presente curso, se van a caracterizar por proporcionar a los estudiantes una formación generalista e integral. Por su parte,

los títulos de máster oficial se orientan a capacitar a los estudiantes, tras haber alcanzado su formación de grado, para el ejercicio profesional especializado o para los estudios avanzados y la investigación.

En nuestra Universidad queremos desarrollar los nuevos programas, que iremos implantando durante los dos próximos cursos, con las mismas características formativas con las que cuantos ahora os graduáis habéis cursado vuestros estudios. Pienso, por lo que se refiere a nuestro modo de enseñar, en el rigor en el estudio, la exigencia en el trabajo personal, la capacidad de colaborar en equipo, la actitud crítica ante las visiones trilladas y perezosas, la competencia en lenguas extranjeras, la movilidad internacional, la disponibilidad para el servicio, en una palabra, en todo aquello que justifica que el slogan de nuestra Universidad sea “el valor de la excelencia”. Y por lo que toca a nuestros objetivos formativos me refiero al carácter práctico de nuestros programas, a la preocupación por la formación integral de la persona, al compromiso con los valores que nos hacen ser y sentirnos hombres para los demás y con los demás y al cultivo de la dimensión trascendente del ser humano que se abre a la fe en Dios y al compromiso con los otros, más allá de lo que las leyes y la razón nos exigirían: lo que trasciende toda sabiduría, el amor cristiano (cf. Ef. 3,19).

Con este horizonte ante sus ojos nuestros predecesores fundaron el ICAI hace ahora cien años. En este curso, al celebrar su primer centenario, queremos renovar aquel impulso fundacional que buscaba, ante todo, la calidad de una enseñanza orientada al ejercicio profesional, a la que se unía una formación integral caracterizada por el compromiso social y cristiano, sin complejos, de sus estudiantes. Hoy nos sentimos herederos y continuadores de aquella intuición educativa que queremos seguir impulsando en un mundo tan distinto en aspectos superficiales, que se dejan percibir a primera vista, como semejante en las dimensiones más profundas, que configuran al ser humano y organizan sus relaciones sociales, y que sólo una mirada atenta y profunda logra descubrir.

Con vuestra graduación llega también, de alguna manera, vuestra despedida de la Universidad. Sin embargo, debo deciros que, por nuestra parte, no queremos dejaros marchar del todo. Claro que debéis abandonar las aulas para iniciar vuestra vida profesional. Hasta ahora lo que habéis hecho en la vida ha sido principalmente recibir, de vuestros padres, de los profesores, de la sociedad en una palabra. Ha llegado el momento de que comencéis a aportar a la sociedad de acuerdo con lo que de ella habéis recibido a lo largo de estos años. Vuestra Universidad desea que lo hagáis así. Pero sin que os olvidéis de nosotros. Hoy

dejáis de ser nuestros alumnos para empezar a ser nuestros antiguos alumnos, de modo que a partir de ahora nos une una nueva relación, quizá más estrecha.

Precisamente esa relación es la que hemos querido sellar entregándoos nuestra beca y nuestra insignia. En ambas va el escudo de la Universidad, símbolo de lo que somos y de los valores que nos mueven. Allá donde vayáis llevaréis a vuestra Universidad. Quienes se relacionen con vosotros a lo largo de vuestra vida profesional y también personal nos verá a nosotros. Vuestra competencia y honestidad en lo profesional y vuestro modo de actuar y comportaros en cualquiera de los ámbitos de vuestra vida hablará de la Universidad que os formó. Por eso, en nombre de vuestra Universidad os pido que allá donde vayáis actuéis de acuerdo con lo que aquí habéis aprendido. Y os lo pido pensando no sólo en nosotros sino también vosotros. Aquí hemos tratado de formaros para servir a los demás, para hacer de vuestro ejercicio profesional no sólo vuestro medio de vida sino, sobre todo, el modo de construir una sociedad más justa para todos y donde todos puedan disfrutar de la verdadera libertad. Hoy nos dejáis como estudiantes pero queremos y os pedimos que sigáis perteneciéndonos como antiguos alumnos en los que siga viva la impronta de haber estudiado con nosotros.

Permitidme que, a modo de consigna, resuma en una frase lo que la Universidad espera de vosotros. Me gustaría deciros que os comprometáis valientemente con la verdad. Que tanto en vuestra vida privada como en vuestra actuación pública siempre busquéis la verdad, digáis la verdad y obréis la verdad. Conocer la verdad no es algo que le venga dado al ser humano sin esfuerzo. El hombre sólo la puede alcanzar desde una actitud humilde de búsqueda y de renuncia propia. Porque reconocer la verdad en el otro exige no sólo respeto y tolerancia sino también amor, mientras que los intereses egoístas nos ocultan la verdad.

Pero buscar la verdad no basta. Es necesario fundar las relaciones en la verdad. De modo especial en la vida pública: en la relación profesional, en la vida laboral, en los medios de comunicación social, en la vida política. El éxito de los grupos, instituciones y empresas sólo se dará si sus relaciones se fundamentan en la verdad. No siempre será necesario o prudente decir toda la verdad, pero aun en esos casos no os dejéis arrastrar a la manipulación, el disfrazar o la doblez. La verdad es algo que debemos a los demás. Negarles la verdad, tratar de engañarles o intentar manipularles es negar a los otros algo a lo que tienen derecho.

Finalmente es necesario obrar la verdad. Que vuestra actuación se adecúe siempre a las exigencias de la verdad. A la verdad de la realidad y a la verdad íntima de las personas. Sólo obrando la verdad podréis trabajar por la justicia y sólo la verdad os hará libres (Jn. 8,32).

Es frecuente en los actos de graduación desear suerte para su futura vida profesional y personal a quienes celebran el final de sus estudios. Yo también os deseo buena suerte recogiendo el sentir de cuantos hoy os acompañamos y de cuantos os queremos bien. Pero quiero deciros también que la buena suerte es algo que se merece y se conquista. Así lo vio el poeta latino Virgilio que sentenció en uno de sus versos *Audaces fortuna iuvat* (Eneida, 10, 284), *la suerte favorece a los valientes*. Os deseo suerte, pero os deseo sobre todo la valentía que os haga acreedores de la suerte. Valentía en la honradez profesional, valentía en vuestro compromiso por la justicia, valentía en buscar y obrar la verdad, valentía para respetar la libertad, en una palabra audacia para hacer el bien y para vencer al mal con el bien (Rom. 12,21).

19, 20 y 21 de junio de 2009

APERTURA DEL CURSO 2009-10

Una vez más el inexorable discurrir del tiempo nos sitúa ante el inicio de un nuevo curso académico. Es posible que estos días nos muevan encontrados sentimientos que pueden oscilar entre la inseguridad ilusionada ante algo nuevo que comienza –sentimiento que probablemente afectará a los más jóvenes, que se estrenan como profesores este curso–, hasta una cierta pereza o escepticismo que, a ratos, sentimos los más veteranos, que volvemos a comenzar un nuevo curso académico como hemos hecho ya tantas veces en nuestra vida. Os voy a decir lo que me digo a mí mismo: en la vida nada se repite ni es rutinario. Porque cada día y cada curso de nuestra existencia es único e irrepetible. El tiempo que se nos ofrece nunca volverá. De ahí que un nuevo curso sea una nueva oportunidad única que Dios nos concede para lograr nuestra realización como personas e hijos suyos y, en nuestro caso concreto, por medio de nuestro trabajo como profesores y de nuestro servicio en la Universidad. Por eso mi primera palabra en este nuevo curso es para desearos un curso feliz en el que seamos capaces de sacar partido del tiempo que se nos concede para ser buenos profesores para nuestros alumnos, investigadores dispuestos a mejorar la sociedad con nuestro trabajo y buenas personas y buenos compañeros de los que tenemos cerca.

Como todos sabéis, durante este curso comenzaremos a impartir nueve titulaciones de grado acomodadas al proceso de Bolonia, que sumadas a las tres iniciadas el curso pasado, suponen la transformación de todas nuestras titulaciones de grado a excepción de las de la Escuela de Ingeniería, ahora ya en proceso de verificación para ser implantadas el curso 2010-11. A los doce másters oficiales que veníamos impartiendo implantados entre los años 2006 y 2008 se suman este año otros cuatro másters nuevos y a los tres programas de doctorado ya implantados desde el año 2006 se añaden ahora otros dos nuevos programas de doctorado. Aún no hemos acabado con los procesos de verificación de las nuevas titulaciones, pues durante este curso deberemos someter a verificación algunas otras titulaciones de máster y períodos de formación de doctorado hasta completar el mapa de titulaciones de nuestra Universidad. Aprovecho esta mención para agradecer, una vez más, el esfuerzo realizado en los departamentos, decanatos y direcciones de Escuelas e Institutos para salir con buen pie de los procesos de verificación y autorización de implantación de titulaciones.

En contra de lo que habitualmente se oye y se dice el proceso de Bolonia por sí mismo no implica ningún cambio pedagógico. Se ha acordado una nueva medida de la actividad académica, que pasa de medir la actividad docente del profesor a medir la actividad de aprendizaje del alumno. La construcción del espacio europeo de educación superior nos obliga, pues, a cambiar la medida de la actividad docente. Pero no nos obliga a cambiar ninguna de nuestras buenas prácticas docentes. Es sólo una oportunidad para mejorar los modos y métodos de enseñar. Obviamente debemos intentar desterrar de nuestras prácticas docentes las inadecuadas, incorrectas o ineficaces si alguna tenemos todavía, pero esa mejora no tiene por causa el proceso de Bolonia sino nuestra responsabilidad como profesores y nuestro compromiso con los alumnos y la sociedad.

Los principios que informan el “Proyecto Educativo” de nuestra Universidad aprobado por la Junta de Gobierno en 1998, en el que ya se hablaba de pasar de una metodología basada principalmente en la docencia del profesor a otra centrada en el aprendizaje del alumno, siguen estando vigentes y merecen releerse al comienzo de un nuevo curso. A este respecto quiero fijarme en un par de aspectos que me parece conveniente recordar. Primero, en la labor del docente. Ejercer como profesor es un curioso oficio cuya calidad y eficacia no se mide por lo que el profesor hace sino por lo que el alumno aprende. El profesor no puede engañarse pensando que él enseña bien cuando el alumno aprende mal o no aprende. Cada vez que el profesor rubrica con su firma en un acta de calificación el fracaso de algún alumno testifica al mismo tiempo su propio fracaso, aunque no sea por su culpa. Pero siempre el fracaso del alumno forma parte de la responsabilidad del profesor. Que nadie piense que estoy exhortando a suprimir fracasos por la vía de un irenismo académico que otorgaría aprobados no merecidos. Cualquier profesor que actuara así, aprobando a quien no ha alcanzado los objetivos, competencias y conocimientos previstos en una materia no sólo habría fracasado como profesor sino que además, enmascarando el fracaso, habría defraudado a los alumnos y a la sociedad. Porque la labor del profesor es enseñar y el profesor enseña cuando el alumno aprende. De ahí que mi exhortación al comenzar este nuevo curso vaya en una doble dirección. Por un lado, hemos de ser conscientes de que forma parte de nuestra responsabilidad, aunque no sea sólo nuestra, conseguir que el alumno alcance los objetivos y los niveles de competencias y conocimientos establecidos en los nuevos planes de estudio. Por otra parte, y éste es el segundo aspecto que quiero subrayar, hemos de intentar que nuestros alumnos salgan cada vez mejor preparados para lo que

es imprescindible recrear allá donde se encuentre débil una cultura académica de mayor esfuerzo, constancia y exigencia. Aprender sin esfuerzo es imposible. A mi modo de ver ese es el significado verdadero del antiguo adagio “la letra con sangre entra”, que no se refiere ni a una enseñanza autoritaria ni justifica los castigos sino que recoge la experiencia bien constatada de la dedicación continuada y el constante esfuerzo que requiere todo proceso de aprendizaje. La cultura del esfuerzo, que es otra manera de decir la cultura de la excelencia, ha de ser uno de los horizontes de la implantación de los nuevos títulos en nuestra Universidad, sin dejarnos arrastrar por los cantos de sirena que quizá puedan engatusar a otros y engañados llevarles al abismo.

Creo sinceramente que las Facultades y Escuelas de nuestra Universidad cuentan con unos Claustros de Profesores excelentes no sólo por sus conocimientos académicos y científicos sino por sus cualidades humanas y personales, su atención personal a los alumnos, su habilidad para contagiar motivación e ilusión por los estudios y por su capacidad para marcar a los estudiantes altas metas y su autoridad para exigirles el esfuerzo necesario hasta alcanzarlas. Así que os invito a todos a continuar por la senda de la calidad docente que ha sido siempre seña de identidad de las instituciones que hoy forman la Universidad Pontificia Comillas desde su fundación.

Durante este curso, secundando la iniciativa del papa Benedicto XVI que ha proclamado un año sacerdotal celebraremos en la Universidad, a cargo de la Facultad de Teología un Congreso Internacional bajo el título *El ser sacerdotal: fundamentos y dimensiones constitutivas*. Con este Congreso pretendemos ofrecer una vez más a todos los sacerdotes un servicio de reflexión teológica característica de las funciones universitarias, y asegurar una vez más a la Iglesia, especialmente a la española, el compromiso de Comillas con la formación sacerdotal caracterizada por la calidad académica, la profundidad espiritual y el diálogo, sincero y sin complejos, con el mundo y la sociedad en los que Dios nos ha hecho vivir.

El Congreso será inaugurado por el P. Adolfo Nicolás, Preósito General de la Compañía de Jesús y Gran Canciller de nuestra Universidad, de viaje a España para asistir a la beatificación del P. Bernardo de Hoyos, un joven jesuita nacido en Torrelobatón en 1711, que murió de tifus a los 24 años, cuando estaba a punto de terminar sus estudios de teología y pocos meses después de su ordenación sacerdotal en Valladolid. A él le cabe la gloria de haber sido el más relevante introductor en España de la devoción al Corazón de Jesús.

Aunque la profunda experiencia espiritual de Bernardo de Hoyos nos llega de un siglo con una sensibilidad religiosa bastante distinta de actual, tampoco estará de más que a lo largo de este curso aprovechemos la ocasión que nos brinda su beatificación para acercarnos a su experiencia cristiana. Sus escritos se perdieron en la expulsión de los jesuitas de España y la América española por el rey Carlos III en 1767. Sin embargo, conservamos mucho de ellos gracias a su primer biógrafo, el P. Juan de Loyola que en 1735 escribió una larga y completa biografía de Bernardo, nunca llevada a la imprenta, en la que incluyó muchos textos originales del biografiado. En uno de ellos nos confiesa Bernardo que “al comer, al dormir, al hablar, al estudiar y en todas partes no parece palpa mi alma otra cosa” que el amor de Dios manifestado en el Corazón de Jesús.

Que a lo largo de este curso cuantos formamos parte de nuestra comunidad universitaria, alumnos, profesores y personal de administración y servicios lleguemos a palpar –aunque sólo sea algunos ratos– el amor y la misericordia de Dios en quien vivimos, nos movemos y existimos.

Concluyo agradeciendo la equilibrada y acertada lección inaugural de este curso que nos ha impartido el profesor Luis González-Carvajal Santabárbara y la presencia en este acto del Vice-Gran Canciller de la Universidad y de todos los amigos de la Universidad que han querido acompañarnos.

Muchas gracias por vuestra atención.

30 de septiembre de 2009

DÍA DE LA COMUNIDAD UNIVERSITARIA (2010)

Quiero comenzar mis palabras en esta ocasión mostrando mi agradecimiento personal y en nombre de la Universidad a Monseñor Renzo Fratini, no hace mucho tiempo nombrado por el papa Benedicto XVI Nuncio Apostólico en España, que este año, por primera vez, ha querido presidir nuestra Eucaristía y acompañarnos en esta celebración del día de la Comunidad Universitaria con motivo de la fiesta de Santo Tomás de Aquino.

Permítame, Señor Nuncio, una breve palabra de presentación de nuestra Universidad. El 16 de diciembre de 1890, acogiendo la petición del primer Marqués de Comillas, el papa León XIII erigió en la villa cántabra de Comillas un seminario pontificio –un seminario del Papa en España, como más tarde se acostumbraba a decir– dedicado a la formación de candidatos al sacerdocio procedentes de las diócesis españolas, hispanoamericanas y filipinas, cuya dirección fue encomendada a perpetuidad a la Compañía de Jesús. El Papa mismo aceptó ejercer como Patrono de ese seminario, patronazgo que ejercía por medio de su Nuncio en España, lo que fue motivo para que desde el comienzo una cercana relación de atención y cariño uniera al Seminario –enseñada Universidad–, con el representante del Papa en nuestro país.

En efecto, una vez impartidos todos los cursos de la carrera eclesiástica, a petición del segundo Marqués de Comillas y de la Compañía de Jesús, el 29 de marzo de 1904, el Papa San Pío X otorgó a la institución comillense carácter y rango universitarios al concederle la facultad de conferir grados académicos en Filosofía, Teología y Derecho Canónico.

En los años sesenta, la Universidad, con el aliento del entonces Nuncio en España, Monseñor Ildebrando Antoniutti, se trasladó gradualmente de Comillas a Madrid: en 1962 la Facultad de Derecho Canónico, en 1967 la Facultad de Teología y en 1968 la Facultad de Filosofía. Desde el año siguiente, 1969, la Facultad de Filosofía amplió el campo académico de su actuación a la Psicología y a las Ciencias de la Educación haciendo coexistir así los estudios eclesiásticos con otros de naturaleza civil.

Gracias al impulso del nuncio Monseñor Luigi Dadaglio, el 20 de junio de 1978, sendos Decretos de la Congregación para la Educación Católica integraron en la Universidad las instituciones de educación superior que la Compañía de Jesús tenía en Madrid, en concreto, el Instituto Católico de Artes e Industrias

(ICAI), que había comenzado su andadura en 1908, y el Instituto Católico de Administración y Dirección de Empresas (ICADE) que, iniciada su actividad en 1956, desde 1960 se había convertido en centro de enseñanza universitaria.

Ampliada así nuestra Universidad, dejó de ser meramente Universidad Eclesiástica para convertirse en una Universidad Católica que durante estos últimos treinta años ha aumentado su actividad docente e investigadora. En concreto, en 1988 en colaboración con los Hermanos de S. Juan de Dios nos adentramos en las Ciencias de la Salud con las titulaciones de Enfermería y Fisioterapia, respetando la tradición secular de las instituciones universitarias jesuíticas, ya que S. Ignacio había dejado escrito en las Constituciones de la Compañía: “El Estudio de Medicina (...), como más remoto de nuestro Instituto, no se tratará en las Universidades de la Compañía o a lo menos no tomará ella por sí tal asunto” (CSI 452).

En la actualidad forman nuestra comunidad universitaria unas doce mil personas entre alumnos, profesores y personal de administración y servicios. En estos años estamos adaptando nuestras titulaciones a las exigencias de la nueva legislación española con vistas a la construcción del Espacio Europeo de Educación Superior (EEES), el llamado proceso de Bolonia, que supone una profunda reestructuración –casi podríamos decir una refundación– no sólo de nuestra Universidad sino de toda la Universidad española. Al mismo tiempo continuamos manteniendo con orgullo nuestro compromiso fundacional con los estudios eclesiásticos en nuestras Facultades de Teología, Filosofía y Derecho Canónico. Contamos con un Colegio Mayor que es casa de formación sacerdotal en la que se forman candidatos al sacerdocio o bien cursan su bienio de licenciatura especializada o doctorado en Teología o Cánones jóvenes sacerdotes provenientes de algunas diócesis españolas y, sobre todo, latinoamericanas, casi todos ellos becarios. Desde hace unos cuantos años estamos recibiendo también, cada vez con mayor amplitud, seminaristas, religiosos y sacerdotes provenientes de las iglesias de Asia y África.

Siguiendo la tradición universitaria ignaciana y jesuítica, tal como consta en las Constituciones de la Compañía, donde se puede leer: “como sea el fin de la Compañía y de los estudios ayudar a los prójimos al conocimiento y amor divino y salvación de sus ánimas, siendo para esto el medio más propio la Facultad de Teología, en ésta se debe insistir principalmente en las Universidades de la Compañía...” (CSI 446), nos sentimos comprometidos, pues, con la reflexión teológica, la creación de pensamiento filosófico, realizado por cristianos, y la

atención cuidada al estudio de los Cánones, especialidad ésta que probablemente constituyó la aportación científica más significativa de la Universidad cuando desde sus aulas todavía podía oírse el romper de las olas del mar.

En este día de la comunidad universitaria, dedicado a homenajear a algunos de nuestros compañeros por la excelencia de sus trabajos académicos o por la calidad y los valores de los servicios que han prestado a la Universidad, hemos comenzado por la investidura de los 26 nuevos doctores que a lo largo del año 2009 han alcanzado el más alto grado académico. Entre los nuevos doctores merecen especial mención quienes han alcanzado la distinción honorífica a la mejor tesis doctoral en cada una de las Facultades y el galardonado con el Premio “José María Ramón de San Pedro” otorgado a la mejor tesis doctoral, defendida cada dos años en la Facultad de Teología. Una tesis doctoral es un trabajo original que incrementa los conocimientos no sólo de cada doctorando –lo que le compensaría del esfuerzo y tiempo invertido en ella durante un período importante de la vida–, sino que hace avanzar el conocimiento de toda la comunidad científica. En nombre de ésta os doy las gracias por vuestra aportación, os felicito por vuestro éxito y os animo a continuar por la senda de la creación de pensamiento y la investigación. En la Universidad deseamos y la sociedad necesita que el camino de la investigación que habéis iniciado con la tesis doctoral no se agote con ella.

Hemos entregado también los Premios Extraordinarios de fin de carrera en cada una de nuestras titulaciones y, por primera vez, el diploma de Aprovechamiento Académico Excelente en el Máster Universitario de Derecho de la Empresa. Enhorabuena por vuestro éxito y gracias por vuestro ejemplo. El prestigio que nuestra Universidad se ha merecido y por el que es reconocida en su entorno social, se asienta no sólo en la calidad de nuestros profesores y en la atención personalizada que éstos prestan a los alumnos sino también en las cualidades personales y académicas de nuestros estudiantes. Quienes habéis obtenido los premios extraordinarios de fin de carrera sois exponente de esas cualidades intelectuales y personales al tiempo que acicate para vuestros compañeros.

Enhorabuena también al Grupo de Investigación Interdisciplinario en Inmigración de la Universidad Pompeu Fabra formado por las profesoras Elena Sánchez Montijano y Rocío Faúndez García y al alumno de doctorado Alfredo dos Santos Soares, de nuestro Instituto Universitario de Migraciones, que se han hecho acreedores, en su undécima edición, de los “Premios Santo Padre Rubio” otorgados por el Instituto Universitario de Estudios sobre Migraciones

de nuestra Universidad, destinados a premiar trabajos académicos que supongan un avance en el conocimiento de la inmigración, patrocinados por la Provincia de Castilla de la Compañía de Jesús y abiertos a participantes de otras Universidades e Instituciones. Nuestra felicitación al estudiante merecedor del “IX Premio Ignacio Ellacuría, S.J.” otorgado y patrocinado por nuestra Universidad para trabajos de interés social de nuestros propios alumnos.

Así mismo hemos impuesto las medallas de profesor de la Universidad a trece nuevos profesores y a dos investigadores propios. Durante los siete años, recientemente cumplidos, que llevo como rector se han incorporado 62 nuevos profesores propios adjuntos, 3 investigadores propios adjuntos y 3 profesores agregados de escuela universitaria al tiempo que han sido promovidos a las categorías superiores de profesorado otros 52, lo que supone un total de 120 promociones y significa que el 57% de nuestros profesores propios actuales han alcanzado esa categoría o se han promovido en estos siete años. La categoría académica no implica privilegio ni beneficio. Al contrario, significa, más bien, categoría en el servicio y en la fidelidad a la institución. La Universidad, porque desempeña sus funciones docente e investigadora por medio de sus profesores, viene a ser lo que sus profesores son. Al felicitaros por haber alcanzado la categoría académica de profesores propios os animo a hacer crecer en vosotros vuestra identificación con lo que nuestra Universidad es y a que vuestro servicio a los valores que defiende sea cualitativamente cada vez mejor.

He dejado para el final la palabra de agradecimiento, por ser quizá la más importante, que hoy como todos los años dirijo con gusto y reconocimiento a cuantos han cumplido 25 o 40 años de servicios a la Universidad o a quienes por haber alcanzado la edad de jubilación han cesado en la relación laboral que les unía con la Universidad.

Este año los jesuitas estamos celebrando el quinto centenario del nacimiento de San Francisco de Borja, fundador en 1547, cuando todavía era duque de Gandía, de la primera Universidad de la Compañía. Su rica y sorprendente vida bien merece unos segundos de reflexión pues me parece que su ejemplo puede ayudarnos a vivir mejor las diversas etapas de la vida. Cuando se cumplen 25 años –o incluso 40– de vida profesional o se alcanza la edad de la jubilación no es raro que nos invada una cierta desesperanza sobre lo que el futuro nos puede deparar o una añoranza de los tiempos jóvenes que ya no volverán. Pocas personas habrá en la historia que hayan desarrollado su existencia en etapas

tan distintas con una actividad tan rica y fecunda y siempre buscando actuar honestamente y con justicia como Francisco de Borja.

Con 18 años entró al servicio del emperador Carlos V. Un año más tarde fue nombrado Caballerizo Mayor de Isabel de Portugal, esposa de Carlos V, cargo que le obligaba a prestar a la emperatriz servicio y atención continuada, al tiempo que se desposó con Leonor de Castro, con la que tuvo ocho hijos, dama de la emperatriz que le había acompañado en su viaje a España cuando vino para desposarse con el emperador en Sevilla.

Contando Francisco de Borja 28 años, murió con sólo 36 Isabel de Portugal, que había sido considerada la mujer más bella de Europa, juicio de cuya justicia puede dar testimonio el retrato de Tiziano, que conservamos en el Museo del Prado. Tras la muerte de la emperatriz, Carlos V nombró a Francisco de Borja virrey de Cataluña, a la que gobernó con gran eficacia durante cuatro años. Renunció al cargo al morir su padre y convertirse en Duque de Gandía para administrar su ducado y dedicarse a su vida espiritual y ascética.

La muerte de la emperatriz impresionó vivamente a Francisco de Borja como prueba el hecho de que siendo ya jesuita, varias veces, el 1 de mayo, aniversario de la muerte de la emperatriz, la recuerde en su diario. En concreto, el 1 de mayo de 1564 escribe: “acción de gracias por agora 25 años. Pedir gracia por la emperatriz que murió tal día como hoy”. Encargado por el Emperador de trasladar los restos de la emperatriz, desde Toledo a Granada, donde fue sepultada, aunque probablemente nunca pronunció ante el cadáver las palabras que le atribuyó en su biografía el Cardenal jesuita Álvaro Díaz de Cienfuegos, “Nunca más serviré a Señor que se me pueda morir”, la frase resume bien la experiencia que marcó un cambio en la vida del que muy pronto iba a ser apodado el santo duque. Poco después de enviudar, en 1546, hizo promesa de entrar en la Compañía y mientras se ocupaba en cumplir las obligaciones que sentía tener para con sus hijos y otros asuntos, se dedicó a estudiar Teología en la que alcanzó el grado de doctor a los 40 años, para recibir la ordenación sacerdotal, ya en la Compañía de Jesús, al año siguiente. A la muerte del P. Laínez, sucesor de S. Ignacio al frente de la Compañía, en 1565, fue elegido Prepósito General. Durante su generalato, además de realizar largos y penosos viajes por España y Portugal cumpliendo personalmente los encargos que el Papa le había encomendado, desarrolló una profunda actividad organizadora fruto de la cual fue la fundación de numerosos colegios, la publicación de la primera *ratio studiorum* en 1569, la ampliación de

la actividad misional de los jesuitas en muchos nuevos lugares y el nacimiento de las Congregaciones Marianas.

Lo que siempre me ha impresionado de su figura es cómo supo aprovechar su existencia: no se conformó con vivir sólo lo que para otros hubiera sido una vida plena sino que durante sus 62 años de vida fue capaz de desarrollar varias aventuras vitales, podríamos decir que vivió varias vidas: esposo y padre, leal servidor de la emperatriz, organizador eficaz como virrey de Cataluña, promotor de la ciencia, la cultura y el desarrollo en su patria chica como duque de Gandía, santo jesuita y buen superior. Durante toda su vida hizo gala de una profunda y rica vida espiritual, actuó con honestidad y honradez en todos los cargos que desempeñó y procuró siempre que todas sus actuaciones contribuyeran al triunfo de la justicia. Tras la muerte de la emperatriz, vivió estos rasgos en los que siempre le habían distinguido de modo aún más radical y los orientó a servir sólo al único Señor que no se le podría morir.

Cada una de las distinciones que hemos ido entregando esta tarde se ubican también una etapa de la vida: los premios fin de carrera, que se otorgan cuando el recién licenciado se abre a la vida profesional, la investidura de doctores, reconocimiento natural de haber alcanzado la madurez investigadora, las distinciones a los 25 ó 40 años de trabajo en la Universidad, que premian una afianzada o bien consolidada carrera de servicios y finalmente la jubilación que cierra la relación laboral pero abre un horizonte nuevo de acciones, que pueden ser más enriquecedoras aún y de servicios que pueden ser más generosos de lo que venía siendo la actuación profesional hasta el presente. Que Francisco de Borja nos pueda servir de estímulo a todos para vivir intensamente la etapa de nuestra existencia en la que nos encontremos y para que, como es su caso, nuestra vida entera tenga como punto de mira el servicio al único Señor que no se nos puede morir.

Voy a concluir no sin antes dar las gracias a cuantos, familiares y amigos, habéis querido compartir con nosotros esta velada y a las personas e instituciones que patrocináis algunos de nuestros premios, la provincia de Castilla y los familiares de José María Ramón de San Pedro. Muchas gracias también al profesor Andrés Ramos de la Escuela Técnica Superior de Ingeniería Industrial y al P. Enrique Climent, por sus amenas y sentidas palabras.

Muchas gracias por vuestra atención.

28 de enero de 2010

ACTO DE GRADUACIÓN DEL CURSO 2009-2010

Estamos celebrando la fiesta, quizá durante largo tiempo anhelada, de vuestra graduación como diplomados, graduados, licenciados, ingenieros o másters universitarios. Durante este tiempo habéis alcanzado unos conocimientos y unas destrezas que os capacitan para el ejercicio profesional. Lo habéis conseguido gracias a vuestras cualidades y vuestra dedicación. Os felicito personalmente, y en nombre de toda la comunidad universitaria, por vuestros logros. Éstos han sido posibles gracias también a nuestra ayuda, la de vuestros profesores, compañeros y personal de administración y servicios de la Universidad. Por eso, todos nosotros, los que en estos años hemos sido vuestros compañeros en la labor universitaria, compartimos vuestra satisfacción y vuestra alegría. Colaborando en vuestra formación, realizamos la tarea y el servicio que da sentido a nuestras vidas. De ahí que este día de fiesta para vosotros, para vuestros padres, amigos y familiares, lo sea también para nosotros.

Sin embargo, durante estos años no sólo habéis alcanzado unas competencias profesionales que os van a ser reconocidas por un título académico. Creo que durante este tiempo habéis conseguido mucho más. Habéis madurado como personas, habéis demostrado que sois capaces de superar dificultades, habéis aprendido a establecer relaciones adultas con los otros, os habéis hecho capaces de adquirir y cumplir compromisos con la sociedad, en una palabra, habéis adquirido una formación humana integral que no sólo os capacita para ser buenos profesionales sino que os ha preparado para ser buenas personas y buenos ciudadanos, capaces de contribuir al bienestar de la sociedad.

Ésta es precisamente la razón de ser de esta Universidad y lo ha sido para todas las Universidades y centros de estudios de la Compañía de Jesús desde sus orígenes. Cuando en 1555 los jesuitas pidieron al obispo de Murcia que fundara un colegio en su diócesis lo justificaron diciendo que sería de “gran provecho para la república formar buenos sacerdotes, buenos funcionarios civiles y buenos ciudadanos de toda condición social”¹, y cuando en 1556 el P. Pedro de Ribadeneira escribía a Felipe II para explicarle por qué la Compañía se dedicaba tan de lleno a los colegios, algo que había extrañado al monarca, le decía: “Todo el

¹ Citado por J. W. O'MALLEY, *Los primeros jesuitas*, Bilbao, 261.

bienestar de la cristiandad y de todo el mundo depende de la educación conveniente de la juventud”². Esta convicción, que estuvo en el origen del compromiso educativo de los jesuitas, sigue siendo hoy la razón de ser de nuestra misión universitaria. Lo que nuestra Universidad persigue y lo que le da sentido es contribuir a formar hombres –varones y mujeres– virtuosos por su calidad personal, su cualificación profesional y su disponibilidad y generosidad para ponerse al servicio de los demás a fin de construir una sociedad más justa y mejor.

Permitidme, pues, que hoy cuando celebramos vuestra graduación y, de algún modo, os despedimos de la Universidad os recuerde la dimensión más importante de vuestro paso por nuestras aulas. Os despedimos de la Universidad como alumnos, pero comenzáis a ser nuestros antiguos alumnos. La condición de alumno dura unos años y se pierde al finalizar los estudios. La condición de antiguo alumno dura, sin embargo, toda la vida. Del mismo modo que el título académico que habéis obtenido podrá figurar durante toda la vida debajo de vuestro nombre en vuestra tarjeta de visita, me gustaría que la condición de antiguo alumno de esta Universidad, y con ella la participación en nuestros valores, figurara también durante toda la vida junto a vuestro nombre, allá donde os encontréis, en vuestras actividades profesionales, en vuestra vida familiar y en vuestro compromiso social y ciudadano.

Precisamente por eso os hemos impuesto hoy la beca que lleva nuestros colores y nuestro escudo y os hemos entregado la insignia de la Universidad. Queremos que allá donde vayáis llevéis la formación que habéis adquirido con nosotros. Nuestra Universidad es un centro académico prestigiado. Como tal es reconocido. Así lo reconocisteis también vosotros al venir a estudiar aquí y así lo percibieron vuestros padres cuando apoyaron vuestra decisión de formaros con nosotros. Os agradezco aquella elección a vosotros y a vuestros padres. Pero ahora es muy importante que no os conforméis con haber adquirido una excelente preparación profesional. Es imprescindible que esa preparación profesional se ponga al servicio de una sociedad más justa.

Hasta hoy, lo que ha predominado en vuestra vida ha sido recibir. Habéis recibido de vuestros padres, de vuestros maestros en el colegio y en la Universidad, de la sociedad en una palabra. Cuando el libro de la existencia abre para vosotros páginas inéditas lo que va a predominar en vuestras vidas es aportar.

² Citado por O’MALLEY, 260.

Vais a comenzar a aportar a la sociedad vuestro esfuerzo, al que aplicaréis vuestras capacidades y vuestra generosidad. Esa aportación vuestra no puede limitarse a imitar las actitudes y modos de actuación de las generaciones anteriores sino que la calidad de vuestra contribución a la sociedad se verá juzgada por la hondura de vuestra creatividad y originalidad y por vuestra capacidad de servicio y solidaridad.

Os graduáis precisamente durante el Año Europeo de la Lucha contra la Pobreza y la Exclusión Social. En la Unión Europea, que parece estar al frente de todos los países del mundo en el respeto a los Derechos Humanos y en la puesta en práctica de políticas de bienestar social, tenemos 84 millones de pobres. En España hay 9 millones de personas cuyos ingresos anuales no alcanzan los 6.000 euros y que, por tanto, pueden ser consideradas pobres. De ellas, millón y medio se encuentran en situación de pobreza severa, al no disponer siquiera 3.000 euros al año. Estos pocos datos son índice de una realidad europea –no hablo del llamado tercer mundo– que no puede dejar indiferentes a los antiguos alumnos de la Universidad Pontificia Comillas. Sé que vosotros y yo no somos los culpables, pero somos responsables. Por eso, hoy, que os despedís como alumnos de esta Universidad, quiero deciros que confío en que vosotros no ejerceréis vuestra profesión cerrando vuestros ojos y vuestro corazón a la realidad dolorosa del mundo en que vivimos. En nuestra Universidad hemos intentado que a lo largo de vuestra formación os hicierais más sensibles a las realidades perturbadoras de nuestra sociedad, que aprendierais a pensarlas críticamente, que fuerais capaces de responder a los sufrimientos de los demás, y que os comprometierais con el mundo para hacerlo mejor. En una palabra: además de capacitaros profesionalmente de la mejor manera posible, hemos pretendido que también salgáis de la Universidad excelentemente capacitados en humanidad.

Finalmente, dejadme deciros la que me parece la palabra más importante. Vuestro compromiso con el mundo y sus problemas tampoco debe haceros olvidar que el sentido y el por qué último y definitivo de vuestras vidas no está en el mundo sino en Dios. No hemos nacido sólo para construir una sociedad justa y crear una economía sostenible y equitativa, aunque esto sea muy importante. Hemos nacido para ser hijos de Dios. Os leo unas líneas que escribió en el siglo II un cristiano de lengua griega, de nombre desconocido para nosotros, precisamente para poner de relieve esa doble dimensión de la existencia cristiana: vivir comprometidos con el mundo pero teniendo el corazón y la esperanza puestos en Dios. Es lo que os deseo para el futuro de toda vuestra vida.

Decía aquel hombre: “los cristianos no se distinguen de los demás hombres ni por su tierra, ni por su lengua, ni por sus costumbres. No habitan en ciudades exclusivas para ellos solos, ni hablan una lengua peculiar, ni llevan una vida especial... sino que habitando en ciudades griegas o bárbaras, según a cada uno le cupo en suerte, y siguiendo las costumbres de cada lugar en cuanto a vestido y comida y demás cosas de la vida, demuestran vivir un modo de ciudadanía admirable y, como todos reconocen, extraordinario. Habitan en sus propias patrias, como emigrantes; participan en todo como ciudadanos, pero todo lo soportan como extranjeros; toda tierra extraña es su patria, y toda patria les es extraña. Se casan como todos y como todos engendran hijos, pero no exponen a los que les nacen. Ponen mesa en común pero no lecho... Pasan su vida en la tierra, pero son ciudadanos del cielo. Obedecen las leyes establecidas, pero con su propia vida superan las leyes... En una palabra, lo que es el alma en el cuerpo, eso son los cristianos en el mundo³.

Queridos antiguos alumnos: Al celebrar vuestra partida de la Universidad sólo me queda desearos lo mejor para vuestra vida profesional y personal. Os agradezco, a vosotros y a vuestros padres, la confianza depositada en nosotros cuando elegisteis esta Universidad para cursar en ella vuestros estudios. Espero –y creo– que no os hemos defraudado. No defraudéis tampoco vosotros la esperanza que la Universidad, vuestra familia y, en último término, la sociedad entera tenemos puesta en vosotros de que seréis capaces en vuestro ejercicio profesional y en vuestra vida personal de contribuir a crear una sociedad más justa y un mundo más humano, viviendo siempre como hijos de Dios que sois.

18, 19 y 20 de junio 2010

³ Discurso a Diogneto, V, 1-2.4-7.9-10. VI,1.

APERTURA DEL CURSO 2010-11 EN EL QUINCUAGÉSIMO ANIVERSARIO DE ICADE

Una vez más el implacable discurrir del tiempo nos sitúa ante un nuevo comienzo de curso. Parece que el paso del tiempo nos obliga a repetir liturgias y actos, volvemos a encontrarnos con alumnos nuevos y con ocupaciones antiguas como si de un eterno retorno se tratara. Sin embargo, sabemos que no es así. Ni nosotros volvemos al pasado ni el pasado retorna a nosotros. Cada momento de nuestras vidas, aunque efímero también es irrepetible y precisamente eso es lo que le otorga su valor incalculable. Como dicen aquellos versos de las Geórgicas de Virgilio: “Corre y corre irremediamente el tiempo mientras damos vueltas alrededor de nuestras ocupaciones cautivados por el amor a cada una de ellas”¹. Pero cada instante es una oportunidad única que podemos apurar para realizarnos como personas e hijos de Dios y para contribuir a que los demás puedan hacerlo también. La espiritualidad ignaciana nos invita a dejarnos captar por el amor a cada una de nuestras ocupaciones para encontrar a Dios en todas ellas y a todas en Él sacando partido de las oportunidades que se nos concede vivir. Permitidme repasar con vosotros algunas –no todas– de las ocupaciones que institucionalmente van a cautivar nuestra atención y nuestro amor durante el próximo curso.

Durante este año volvemos a estar de celebración pues ICADE alcanza su quincuagésimo aniversario. Aunque los orígenes de ICADE se remontan al año 1956 cuando se comenzaron a impartir unos cursos de gestión empresarial, en la residencia que los jesuitas tenían en la calle Zorrilla, bajo la dirección de D. Ignacio Díaz de Aguilar y D. Juan José Landecho, sin embargo no fue hasta el 27 de julio de 1960 cuando una Orden Ministerial lo reconoció como centro privado y otra del 2 de noviembre del mismo año lo adscribió, para los estudios de Derecho, a la Universidad de Madrid. En ese momento, y trasladados ya a Alberto Aguilera, comienza la andadura de ICADE como centro universitario.

Pueden considerarse fundadores el P. Ignacio Prieto, S.J., Provincial de Toledo, su primer director, el entonces jesuita, Andrés Sevilla, y su sucesor como

¹ *Sed fugit interea fugit irreparabile tempus singula dum capti circumvectamur amore.* Virgilio, *Geórgicas*, III, 284-85

director de ICADE desde 1964 el P. Juan Martín de Nicolás, S.J. Junto con ellos, otros muchos jesuitas y seglares iniciaron la aventura, quienes gracias a su intuición, esfuerzo, inteligencia y generosidad constantes hicieron posible el éxito. Comprendo que no me es posible en este acto mencionar a todos aquellos sin cuya colaboración ICADE no hubiera sido posible y que muchos de vosotros tenéis en la memoria. Pero no quiero dejar de mencionar, sin embargo, a los alumnos de las primeras promociones que se embarcaron en unos estudios nuevos impartidos por una institución que comenzaba, con una confianza sin límites en la tradición educativa de la Compañía de Jesús y en la calidad y relevancia social que iba a alcanzar lo que aún no existía. También quiero agradecer la generosidad de la Universidad de Deusto que desde el curso 1966-67 hasta la su integración en la Universidad Pontificia Comillas en 1978 hizo posible la continuidad de ICADE, al acoger legalmente a nuestros alumnos como propios.

A lo largo del curso celebraremos algunos actos académicos y festivos en los que tendremos ocasión de recordar y homenajear a muchos o, al menos, a algunos de los protagonistas de la vida de ICADE durante estos cincuenta años. Para preparar adecuadamente esos actos hemos constituido en la Universidad una Comisión Gestora, que ha venido reuniéndose durante el pasado curso, en la que participan activamente representantes de las asociaciones de antiguos alumnos de ICADE y hemos formado un comité de honor cuya presidencia ha aceptado Su Majestad el Rey D. Juan Carlos.

Aunque en su origen ICADE tuvo a gala la formación de directivos y gestores de empresa mediante el cultivo del Derecho y las Ciencias Empresariales y así lo ha venido haciendo con una calidad y un prestigio universalmente reconocidos, sin embargo, desde hace ya tiempo, sin decaer para nada en aquella su primitiva vocación y servicio, ICADE ha ampliado el ámbito de su interés académico y de su investigación. Sólo un ejemplo de los nuevos intereses de los Claustros de las Facultades de ICADE es la magnífica lección con la que hemos inaugurado este curso. Agradezco en nombre de todos a la profesora Dr^a Isabel Lázaro González de la Facultad de Derecho, su dedicación al frente de la Cátedra Santander de Derecho y Menores, de cuya investigación la lección que acabamos de escuchar ha sido una excelente prueba.

El pasado 8 de julio junto con la Presidenta de la Comunidad de Madrid, el Alcalde de Alcobendas y el Presidente de la Fundación Universitaria Comillas-ICAI, pusimos la primera piedra de un nuevo edificio en nuestra sede de Canto Blanco, en el que dispondremos de unos ocho mil metros cuadrados

construidos, que suplementará el actual edificio de Biblioteca y que está destinado a albergar las titulaciones de la Facultad de Ciencias Humanas y Sociales que actualmente se imparten en el edificio de la calle Quintana. Así mismo hemos solicitado en el Ayuntamiento de Alcobendas la realización de un Proyecto de Actuación Urbanística, para los terrenos propiedad de la Compañía de los que dispone la Universidad, cuyo desarrollo está siendo gestionado por la Provincia de Castilla. Esto significa que, resueltos ya anteriores dudas y dilemas, será Canto Blanco el lugar para la futura expansión de la Universidad. Si todo va adelante como esperamos, además del edificio ahora en construcción en el terreno ya urbanizado, la Universidad dispondrá a medio plazo de la posibilidad de construir unos setenta mil metros cuadrados junto a los actuales edificios de la aquella sede. Naturalmente, esto no significa necesariamente que nos vayamos a embarcar en un rápido proceso de construcción con inmediatos traslados. El ritmo deberá ser marcado tanto por las necesidades de expansión de la Universidad como por sus posibilidades de financiación.

Como es habitual en los veranos, también en éste se han desarrollado otras obras que podríamos calificar de menores en algunos de nuestros edificios. Entre ellas sólo quiero hacer notar la ampliación de la cafetería en Canto Blanco y la nueva sala para videoconferencias ubicada en el aula contigua a esta Aula Magna con que nos hemos dotado aquí en Alberto Aguilera 23. Un año más, aun a riesgo de ser reiterativo, quiero agradecer a los profesores y personal de administración y servicios la comprensión que durante los meses de julio y septiembre –algunos también en agosto– han demostrado para soportar las molestias que de modo inevitable conllevan las obras. Para los profesores, alumnos y personal de administración y servicios de Canto Blanco las molestias no han acabado con el verano sino que ellos habrán de soportar las obras y sus consecuencias durante los dos próximos cursos académicos. Obviamente trataremos de minimizar las molestias al máximo y estoy seguro de que, con la colaboración de todos, conseguiremos que la actividad académica no se vea entorpecida lo más mínimo. En todo caso os manifiesto mi agradecimiento por vuestra paciencia y os pido vuestra comprensión.

Precisamente ese mismo día, mientras colocábamos la primera piedra en Canto Blanco, el Secretario General de Universidades ofrecía una rueda de prensa en la que daba a conocer a los medios de comunicación el resultado de la convocatoria de Campus de Excelencia Internacional en su primera fase. Nuestra Universidad que no había concurrido el año pasado, lo hizo esta vez y

conseguimos superar la primera fase, condición imprescindible para que pudiéramos concurrir, como era nuestro deseo, en una agregación –que no significa fusión– formada por las Universidades de Deusto, Ramón Llull y Pontificia Comillas a la segunda fase para la que hemos presentado la documentación el pasado 16 de septiembre bajo el título “*Aristos. Campus Mundus 2015*”. El ya cercano 19 de octubre tendrá lugar en el Salón de Actos del Consejo Superior de Investigaciones Científicas la presentación de todos los proyectos de Campus de Excelencia Internacional que concurren a esta segunda convocatoria. Quiero agradecer a cuantos profesores y personal de administración y servicios de nuestra Universidad han trabajado en la elaboración de este proyecto, bajo la dirección del vicerrector de Investigación, Desarrollo e Innovación la inteligencia, dedicación e ilusión invertidos en la confección del proyecto. También quiero agradecer a las Universidades socias, Deusto y Ramón Llull su colaboración para llevar adelante un proyecto común. Como es fácil de imaginar, diseñar un proyecto concitando sinergias y aunando colaboraciones entre instituciones, que aun siendo cercanas, tienen cada una su propia dinámica interna y su propio ámbito de inserción y de relaciones no siempre ha resultado sencillo. Pero todos, nosotros y ellos, hemos trabajado juntos para conseguir un proyecto común que suponga un impulso de futuro para cada una de las tres Universidades. En esta ocasión, como pasa también muchas otras veces, el conjunto es mejor que la suma de las partes. Hemos obtenido también el apoyo de prestigiosas Universidades extranjeras de la Compañía de Jesús, como Georgetown, Fordham y Boston College y el de empresas con las que colaboramos y organismos de la administración cuya enumeración me ahorro en este momento. Obviamente no me atrevo a pronosticar cuál va a ser el resultado de nuestra apuesta: si seremos reconocidos o no como Campus de Excelencia Internacional. Sin embargo, lo que sí puedo decir es que, independientemente del resultado que obtengamos, el trabajo realizado es ya muy positivo para nuestra Universidad pues supone un verdadero plan estratégico que señala el camino por donde deberemos avanzar en las funciones universitarias en los próximos años.

En este contexto de excelencia sí quiero hacer notar que recientemente hemos obtenido dos nuevos reconocimientos: la etiqueta de Madrid Excelente concedida por la Comunidad de Madrid y el Premio que la Cámara de Comercio Franco-Española concede “a un representante del mundo de la universidad, de la investigación, o a un organismo o institución que por su acción haya

contribuido a inculcar, divulgar y/o fomentar el espíritu empresarial en la sociedad” en su cuarta edición. La pista para que este premio aterrizara en nuestra Universidad la proporcionó nuestra titulación de Traducción e Interpretación, a cuyos profesores, especialmente a los de Lengua Francesa quiero manifestar el agradecimiento de la Universidad en su conjunto.

En este curso 2010-11 acaba el plazo establecido por el Gobierno español, a tenor de los acuerdos de Bolonia, para sustituir las anteriores diplomaturas y licenciaturas por las nuevas titulaciones de grado. Como es sabido en la Universidad española no se pueden admitir, a partir de este curso, alumnos nuevos para primer curso de los anteriores planes de estudio, con la excepción de las licenciaturas de sólo segundo ciclo que podrán mantenerse hasta el curso 2012-13. En nuestra Universidad, este curso comenzamos la implantación de los grados en Ingeniería Electromecánica e Ingeniería Telemática en la Escuela de Ingeniería Industrial (ICAI) que sumados a los otros 12 grados cuya implantación se inició en los dos cursos anteriores hacen un total de 14 grados, aparte naturalmente de los impartidos en las Facultades Eclesiásticas. Con ello hemos concluido la transformación de todas las enseñanzas de grado que veníamos impartiendo. Queda abierta la puerta a la posible implantación de grados nuevos que, en todo caso, sólo llevaremos a cabo tras pausada reflexión y tras constatar que dan respuesta a una verdadera necesidad demandada por los estudiantes y las familias.

Por lo que toca a los másters comenzaremos este curso la implantación de siete nuevos: *en Filosofía: Humanismo y Trascendencia*, *en Investigación sobre Familia: Perspectivas psicológicas, educativas y sociales*, *en Psicología de la salud*, *en Marketing*, *en Ciencias Jurídicas*, *en Cuidados Paliativos* y, finalmente, *en Biomecánica aplicada a la valoración del daño*, que con los 16 que hemos venido implantando desde el curso 2006-07 hacen un total de 23 másters oficiales. Todavía en estos primeros meses del curso solicitaremos del Consejo de Universidades, tras la preceptiva evaluación de ANECA, la autorización para implantar durante el curso 2011-12 otra media docena de másters universitarios con reconocimiento oficial.

El horizonte para nuestro trabajo en la aplicación del llamado proceso de Bolonia, para nuestra Universidad viene marcado a partir de este curso por el proceso de seguimiento de las titulaciones recientemente implantadas y por la preparación que debemos acometer ya para obtener en su momento la acreditación de estas titulaciones. Los másters deberán someterse a la acreditación a

los cuatro años de haberse implantado, una vez obtenida la evaluación positiva de ANECA, y los grados a los seis años. Esto significa que los másters deberán hacerlo a partir del curso 2012-13 y los grados a partir del curso 2014-15. Para ello las Facultades y Escuelas han nombrado ya los comités de seguimiento de cada una de las titulaciones. Así mismo desde el rectorado daremos durante este primer trimestre los pasos necesarios para la puesta en práctica de todo lo necesario para conseguir este objetivo.

Todos los grados y postgrados de la Universidad española pueden considerarse programas de calidad, pues para ser implantados todos han tenido que obtener la evaluación positiva de la Agencia Nacional de Evaluación de la Calidad (ANECA) pero el Ministerio de Educación durante este curso va a abrir para las titulaciones de máster y los programas de doctorado un reto nuevo: la posibilidad de obtener la etiqueta de programas de excelencia. Se supone que todos tienen calidad pero sólo algunos serán calificados de excelentes. No me parece necesaria mucha reflexión para decidir que, en principio, todos nuestros programas de máster oficial y de doctorado deberían concurrir a esta nueva convocatoria cuando se produzca, sabiendo que del éxito que obtengamos en ella dependerá, incluso independientemente de nuestra voluntad, el futuro y la supervivencia de esos programas.

A partir de este curso nos hemos hecho cargo en la Universidad de la revista “Padres y Maestros” cuya transferencia de la Compañía de Jesús hemos aceptado con gusto. Creo que supone una oportunidad para el Instituto de Ciencias de la Educación, los departamentos de Educación y Métodos de Investigación y Evaluación y de Psicología, así como para todas las titulaciones de grado y de postgrado que tienen que ver con la educación, de hacerse presentes en los ámbitos de los profesionales de la educación en todos sus niveles. El título de la revista es bien significativo. No hace referencia sólo a los maestros; también piensa en los padres, de modo que la revista está abierta a todo lo que el Instituto Universitario de la Familia pueda aportar en relación con la dimensión educativa de la familia y sus problemas.

No quiero alargarme más. Para concluir quiero desear a los miembros de la comunidad universitaria que este nuevo curso sea para todos una ocasión de felicidad y de fecundidad de nuestro trabajo. De cómo abordemos estas y las demás ocupaciones del curso que hoy inauguramos dependerá nuestro bienestar profesional. Pero muchas veces lo que los trabajos y los días suponen para nosotros dependen de nuestro modo de vivirlos. Ya dejó dicho Heráclito que “a

quienes penetran en los mismos ríos aguas diferentes los bañan²". O dicho con las palabras, más cristianas, de S. Pablo: "En todo interviene Dios para bien de los que le aman³". Que sintamos la intervención providente de Dios en nuestras vidas durante el nuevo curso.

Concluyo agradeciendo vuestra asistencia a este acto a todos los miembros de la comunidad universitaria y a cuantos amigos de la Universidad habéis querido acompañarnos mostrándonos vuestro afecto y vuestro apoyo.

Muchas gracias por vuestra atención.

22 de septiembre de 2010

² HERÁCLITO, *Fragmentos*, 40.

³ *Romanos*, 8,28

DÍA DE LA COMUNIDAD UNIVERSITARIA (2011)

Al comienzo de la pasada primavera nos reunimos en Ciudad de México. Los representantes de las más de 200 universidades e instituciones de enseñanza superior, en las que la Compañía de Jesús desarrolla a lo largo y ancho del mundo su misión intelectual, que es una de las formas de llevar adelante su servicio a la misión evangelizadora de la Iglesia. En esa reunión el P. Adolfo Nicolás, S.J. Prepósito General de la Compañía y Gran Canciller de esta Universidad, nos habló sobre los *Retos para la formación superior jesuítica en el mundo globalizado de hoy*. Concentró su intervención en tres desafíos, distintos y, a la vez –como él mismo dijo–, interrelacionados entre sí, que, de alguna manera, se corresponden respectivamente con las tres funciones de la universidad: enseñar, servir a la sociedad e investigar.

Según el P. Adolfo Nicolás los tres desafíos a los que en el presente se enfrenta la misión universitaria de la Compañía son: promover la profundidad de pensamiento y la imaginación, redescubrir y cumplir con la universalidad propia de la Compañía en el sector de la formación universitaria y renovar el compromiso personal e institucional con la misión intelectual.

Frente a uno de los efectos negativos de la globalización como es el imperio de la superficialidad, que afecta cada vez más a nuestros alumnos y no deja de afectarnos también a nosotros, el P. General, interpretando el *magis* ignaciano en el sentido de mayor profundidad, nos exhortaba a los análisis hondos, a la reflexión crítica, al rigor en el pensamiento y en el trabajo intelectual. La rapidez e inmediatez en la comunicación que nos proporcionan las nuevas tecnologías no ha de ser obstáculo para la profundidad y la reflexión que exige la labor académica y la enseñanza universitaria.

Por lo que respecta a la universalidad nos dijo el P. Nicolás que no debíamos sentirnos satisfechos con el auge de la internacionalización de nuestros programas, estudiantes y profesores o con el incremento de nuestros intercambios y la ampliación de nuestras experiencias culturales. Nos invitó a universalizar el servicio que las universidades de la Compañía prestan a la sociedad. Reconocía el P. Nicolás que cada universidad de la Compañía se esfuerza en utilizar sus ricos recursos de talento, visión y energía no sólo al servicio de la formación de profesionales sino para convertirse en una fuerza cultural en defensa de la verdad, la virtud, el desarrollo y la paz en la sociedad. Reconocía que cada universidad

de la Compañía trabaja por la *Caritas in veritate*, es decir, está comprometida en promover el amor y la verdad, pero quizá de modo demasiado aislado. Echaba en falta, pues, un mejor aprovechamiento del potencial de las más de doscientas instituciones de enseñanza superior de la Compañía para universalizar ese servicio nuestro a favor de toda la humanidad. Recordaba el P. General que una de las razones que Ignacio de Loyola aduce en las Constituciones de la Compañía de Jesús para que los jesuitas “tomen asunto de universidades”, es precisamente “que se extienda más universalmente su fruto” (CSI 440).

Finalmente, por lo que toca a la misión intelectual como creación de conocimiento, en el contexto de la sociedad en que vivimos, a la que se ha dado en llamar sociedad del conocimiento, el P. General nos hacía una doble invitación. Por un lado, nos exhortaba a esforzarnos en procurar que nuestro trabajo intelectual no contribuya a ahondar la brecha que separa a los que hemos tenido oportunidades de formarnos y aprender y a quienes han carecido de ellas, sino a buscar, por el contrario, que nuestra competencia intelectual se ponga al servicio de los más desfavorecidos. Por otra parte, a procurar que nuestra incidencia cultural sea capaz de hacer frente, desde el diálogo y la cooperación, a una cultura dominante que se caracteriza, siguiendo el diagnóstico del papa Benedicto XVI, por un secularismo agresivo, a tenor del cual la fe no tiene nada que decir al mundo y a sus problemas, y por el surgimiento de diversos fundamentalismos entre quienes reaccionan de modo agresivo y simplista, huyendo de la complejidad de nuestro mundo, para refugiarse en una fe divorciada de la razón. Pues la tradición intelectual jesuítica ha combinado siempre una sana valoración de la razón y del pensamiento con un compromiso profundo con el evangelio.

La fiesta que hoy celebramos pone de relieve que las personas y los trabajos de nuestra universidad se encuentran en línea con las respuestas que el P. General nos invitaba a dar a los desafíos de nuestro mundo. No quiero decir que podamos darnos por satisfechos con el camino realizado o que no debemos profundizar o mejorar la calidad de nuestro servicio. Pero creo sinceramente que nuestra universidad está siguiendo con la pasión del corazón y con el realismo de la mente, al que también nos exhortaba el P. General, el rumbo marcado en Ciudad de México para las instituciones universitarias de la Compañía.

De ahí que hoy, con motivo de la fiesta de Santo Tomás de Aquino, rendimos homenaje a algunos miembros de nuestra Comunidad Universitaria que en diversas situaciones y por distintos motivos se han hecho acreedores de

nuestro reconocimiento, precisamente por contribuir con generosidad a que nuestra Universidad se encuentre en línea con los objetivos que nos marcaba el P. General.

Ante todo, queremos manifestar nuestro agradecimiento, sincero y profundo a cuantos han cumplido 25 o 40 años de servicios a la Universidad y a quienes por haber alcanzado la edad de jubilación han cesado durante el pasado curso en la relación laboral que les unía con la Universidad. Sin la colaboración de todos ellos, profesores y trabajadores, nuestra Universidad no habría logrado ser lo que es. Pues durante todos estos años toda la comunidad universitaria se ha beneficiado de vuestro trabajo, de vuestra competencia y de vuestra compañía. A quienes cumplan 25 y 40 años de servicios, además de expresar mi agradecimiento personal y el de la Universidad en su conjunto quiero animaros a continuar prestando en los próximos años un servicio semejante con una dedicación pareja y, sobre todo, con el mismo cariño por lo que esta Universidad es y quiere ser.

A los jubilados, al cesar vuestra relación laboral quiero dejar constancia del agradecimiento institucional y personal por vuestra aportación a la obra común. Sin vosotros, la Universidad no habría llegado a donde está. Por eso queremos seguir contando con vosotros, aunque sea de otra manera, pues lo que constituye una Universidad es, sobre todo, su patrimonio cultural, su tejido humano y sus relaciones de amistad.

Han hablado en vuestro nombre el P. José María Fernández Martos y Carmen Quiñones. A ambos quiero agradecer sus palabras y la disponibilidad con la que ambos aceptaron el encargo de intervenir en este acto en cuanto se lo propuse. El P. José María Fernández Martos, aunque se jubiló hace unos años de las tareas docentes sigue prestando a la Universidad al frente del Colegio Mayor, un servicio cuya relevancia y calidad es difícil de ponderar en exceso, contribuyendo desde él al auge internacional, en la línea de los deseos del P. General, de nuestras Facultades Eclesiásticas. A Carmen Quiñones, además de sus palabras, sentidas y cordiales, quiero agradecerle personalmente la ayuda y atención que desde hace más de ocho años me viene prestando cada día, fiel, eficaz e incansable. Espero que todos los demás me perdonéis que no os mencione explícitamente pero precisamente porque os merecéis esa mención sabréis comprender que no lo haga.

Hemos impuesto la medalla a los nueve nuevos profesores propios incorporados durante el último año, con los que el número de profesores propios

de nuestra Universidad ha alcanzado la cifra de 210. Os incorporáis como profesores propios en un momento maravilloso no porque sea cómodo, sino precisamente por lo que tiene de retador. Creo que a vosotros os afecta de modo especial la invitación del P. General a promover la profundidad de pensamiento y la imaginación en la actividad académica. El momento universitario actual exige a los que os incorporáis pero también de todos los demás profesores que activemos nuestras capacidades personales y, sobre todo, nuestra generosidad para sacar adelante la obra común. Vivimos un momento de transformación de la Universidad española y muy competitivo en el que todos se esfuerzan por ponerse a la cabeza mejorando la calidad de su oferta y sus servicios. Nosotros que llevamos muchos años en los puestos de cabeza en muchos aspectos no sólo no podemos quedarnos atrás sino que hemos de esforzarnos en ser los primeros. Y lo hemos de hacer no sólo atendiendo a los parámetros de la calidad y la excelencia por las que todos competimos sino distinguiéndonos de modo muy especial por la orientación y los valores que dieron origen a las instituciones hoy integradas en la Universidad y que han constituido las señas de nuestra identidad durante toda nuestra existencia. Entre ellos no quiero dejar de mencionar, además de la excelencia académica, la formación cristiana y hondura espiritual de nuestros alumnos, el compromiso social hacia dentro y también fuera de la institución, la tenacidad para superar dificultades y la cohesión y pertenencia interna de cuantos forman la comunidad universitaria, continuada en el afecto que nuestros antiguos alumnos manifiestan por la Universidad.

Hemos asistido a la investidura de los 22 nuevos doctores que desde la celebración del Día de la Comunidad Universitaria del año pasado han alcanzado en nuestra Universidad el supremo grado académico. Os felicito en nombre de la comunidad universitaria y os agradezco vuestra contribución a que esta Universidad avance por el camino del tercer reto al que hacía referencia el P. General, el desarrollo de la misión intelectual de la Compañía al servicio de la Iglesia. A algunos de vosotros os hemos hecho entrega además de las distinciones honoríficas a las mejores tesis doctorales en cada Facultad o Escuela durante el pasado curso. Para vosotros, nuestro agradecimiento y nuestra felicitación llevan un plus que quiere estar a la altura de la excelencia de vuestro trabajo. Entre las distinciones a las tesis doctorales merece especial mención la entrega del Premio “José María Ramón de San Pedro” a la mejor tesis doctoral defendida cada dos años en las Facultades de Ciencias Económicas y Empresariales y Derecho. En esta edición ha sido obtenido por el Dr. Fernando Vives Ruiz,

cuya tesis lleva por título *La validez de los LBOS en el Derecho Español*. Mi felicitación al premiado y mi agradecimiento personal y en nombre de la Universidad a la familia de D. José María Ramón de San Pedro por este patrocinio que atestigua su aprecio a la labor académica de nuestra Universidad y su cariño a la Compañía de Jesús. Este año constituye una especial satisfacción que el premio haya sido entregado en nombre de la familia por D. Juan Claudio de Ramón Jacob-Ernst, reciente antiguo alumno de nuestra Universidad y en la actualidad flamante miembro del servicio diplomático de nuestro país.

En la línea de la excelencia de las mejores tesis doctorales se sitúan los Premios Extraordinarios de fin de carrera en cada una de nuestras titulaciones. Enhorabuena por vuestro éxito y gracias por vuestro ejemplo. El prestigio que nuestra Universidad se ha merecido y por el que es reconocida en su entorno social, se asienta no sólo en la calidad de nuestros profesores y en la atención personalizada que éstos prestan a los alumnos sino también en las cualidades personales y académicas de nuestros estudiantes. Quienes habéis obtenido los Premios Extraordinarios de fin de carrera sois exponente de esas cualidades intelectuales y personales al tiempo que acicate para vuestros compañeros.

Finalmente hemos entregado el XII Premio Santo Padre Rubio, S.J. destinado a premiar trabajos de carácter científico que hagan avanzar el conocimiento de la inmigración y el X Premio Ignacio Ellacuría, S.J. de estudios de interés social. El Premio Santo Padre Rubio, S.J. lo patrocina la Provincia de Castilla de la Compañía de Jesús y lo convoca y falla nuestro Instituto Universitario de Estudios sobre Migraciones. El concurso no se limita a trabajos realizados en nuestra Universidad sino que se abre a investigadores y grupos de investigación de otras instituciones. El primer premio de los entregados este año lo ha ganado por la profesora Dr^a Noemí Mena Montes de la Facultad de Comunicación de la Universidad Rey Juan Carlos por un trabajo en el que aborda la cuestión de la coherencia entre la doctrina política y el tratamiento mediático del variable contexto de la inmigración. Ha obtenido el segundo D^a Katrien Dekocker, trabajadora social de Caritas Madrid y doctoranda de nuestro Instituto Universitario de Investigación sobre Migraciones con un estudio en el que muestra cómo la evolución de las tensiones sociopolíticas provocan la singularidad de la situación migratoria de la comunidad venezolana en la Comunidad de Madrid. A las premiadas y a todos los participantes en el concurso nuestra felicitación por su labor y nuestro agradecimiento por haber querido concurrir al certamen. Agradezco también la sensibilidad de la Compañía de Jesús para dotar

este premio que intenta alentar en mundo universitario trabajos que desde una perspectiva académica aporten conocimiento a uno de los problemas sociales y humanos más importantes de nuestro mundo y contribuye a situar uno de los ámbitos de la investigación de nuestra Universidad en la línea de la *Caritas in veritate* del papa Benedicto XVI a la que nos exhortaba en México el P. Nicolás.

El Premio Ignacio Ellacuría, S.J. está destinado a trabajos académicos realizados por alumnos de nuestra Universidad. Este año ha sido otorgado en su categoría A, para alumnos de los dos primeros cursos de grado, a D^a Vera Santiago Iglesias, alumna de primer curso de Psicología por su trabajo *Semana del voluntariado: Dales tiempo, dales vida* y en su categoría B, para el resto de los alumnos de la Universidad, a D. Miguel Urra Canales, alumno del Programa de Doctorado en Ciencias Humanas y Sociales, por su estudio *RSE y magis, binomio para hacer de la solidaridad un valor excelente en Comillas*. A todos ellos nuestra efusiva felicitación y nuestro reconocimiento por la calidad de su trabajo y, sobre todo, por la cualidad de su interés académico.

Voy a concluir no sin antes dar las gracias a Monseñor Renzo Fratini, Nuncio de S. S. el papa en España y al P. Vice-Gran Canciller de la Universidad por acompañarnos en este acto así como a cuantos, familiares y amigos, habéis querido compartir con nosotros esta celebración.

Muchas gracias por vuestra atención.

27 de enero de 2011

ACTO DE GRADUACIÓN DEL CURSO 2010-11

Hoy es un día de fiesta en el que celebramos vuestra graduación. Quiero que mi primera palabra al concluir este acto sea para daros la enhorabuena en nombre de cuantos formamos nuestra comunidad universitaria. Es un día de alegría para vosotros, para vuestros padres, familiares y amigos y también para nosotros, profesores, compañeros y personal de administración y servicios de la Universidad.

Para vosotros, porque hoy celebráis el final de un programa de estudios universitarios en el que habéis puesto ilusión y esfuerzo y gracias al cual os sentís capacitados para vuestra inserción profesional o habéis mejorado las competencias con las que ya contabais. Para vuestros padres, amigos y familiares porque se sienten orgullosos de vosotros y quieren compartir vuestro éxito y vuestra satisfacción. Y para nosotros, los que formamos esta comunidad universitaria, porque vemos con gozo que recogéis los frutos del trabajo que junto con vosotros hemos sembrado durante estos años.

Como dice un verso el libro de los Salmos (126,6) –“*va llorando el que lleva el zurrón de la semilla, pero volverá cantando, trayendo sus gavillas*”–, a buen seguro que estos años de estudio han sido para vosotros años de esfuerzo, que ahora se ve recompensado por el enriquecimiento personal conseguido, por la satisfacción de haber aprendido y por la capacitación lograda para ponerla al servicio de la sociedad. A lo largo de vuestros años de estudio hemos tratado de ayudaros a conseguir una excelente capacitación profesional. Para lograrla ha sido imprescindible que activarais vuestras cualidades y pusierais a contribución vuestro esfuerzo. Hoy os alegráis de haberlo conseguido y todos nosotros os damos la enhorabuena por ello.

Pero la frase bíblica que acabo de citar no sólo se cumple en los estudios sino que refleja una constante de la existencia humana, que veréis repetirse a lo largo de vuestra vida. El hombre ha sido creado para alcanzar la felicidad, que sólo puede lograr con grandes inversiones de esfuerzo y sacrificio.

Este acto marca simbólicamente vuestra incorporación al mundo laboral y vuestro futuro, pero próximo, desarrollo personal y familiar. En todos esos ámbitos os volveréis a encontrar con la experiencia que refleja el citado verso bíblico. Ya reconoció Qohelet (1,8) que en la vida humana nada se consigue sin empeño, cuando escribió “*todas las cosas se obtienen con esfuerzo, cuanto nadie*

podría decir”. Como digo, a lo largo de vuestra estancia en la Universidad hemos tratado de contribuir a vuestra preparación profesional equipando vuestras aptitudes, pero nuestra preocupación más honda buscaba, sobre todo, mejorar vuestras actitudes. Nuestra Universidad se distingue y quiere distinguirse por la formación en valores. Hoy día casi todos los conocimientos pueden encontrarse con facilidad en Internet. Pero la honradez en la vida profesional y social, los principios éticos en la toma de decisiones ante los dilemas de la existencia, la capacidad de esfuerzo y de servicio a los demás, la actitud crítica ante el poder y los poderes, la responsabilidad y la libertad, todo eso hay que llevarlo puesto porque los valores son patrimonio de las personas y, en consecuencia, no se encuentran con la facilidad de un click en Internet.

Fue con este objetivo con el que nuestros predecesores fundaron ICADE, hace ahora más de cincuenta años. A lo largo de este curso, hemos celebrado este aniversario con la idea de reavivar el fuego sagrado que ha ardido desde su origen en el hogar de ICADE y también en todos los otros centros de nuestra Universidad, alimentado por la calidad de una enseñanza orientada al ejercicio profesional, a la que se unía una formación integral caracterizada por el compromiso social y cristiano de nuestros estudiantes.

Vuestra generación se incorpora a la vida profesional y social en un momento con más dificultades de las que encontraron vuestros compañeros de hace unos años o vuestros mismos hermanos un poco mayores. Pero esto no debe desanimaros. Al contrario, debe ser un acicate para vosotros. Pues en la vida el éxito depende del esfuerzo constante, de la inteligencia competente y de la honradez responsable. A veces puede dar la impresión de que la suerte o la osadía son los factores del éxito. Pero esa impresión es el espejismo de la apariencia. Más todavía, buscar el éxito sin esfuerzo es el camino seguro para llegar a la crisis. Por eso, en el día de hoy, en el que simbólicamente abandonáis la Universidad como estudiantes, éste es el último consejo que recibís de la Universidad por mi boca: que tanto en vuestro trabajo profesional, como en vuestro compromiso social y en vuestra vida familiar antepongáis los valores, que tanto en vuestras familias como en la Universidad hemos tratado de transmitir, a cualquier otro atajo o solicitud.

Decir que hoy abandonáis esta Universidad como alumnos no significa que la abandonéis del todo. Al contrario, quienes hemos sido vuestros profesores y compañeros durante estos años queremos recuperaros como nuestros antiguos alumnos. Precisamente ese es el significado de la beca que os hemos impuesto

y de la insignia que os hemos entregado. No os pusimos nuestra beca, como aparentemente hubiera sido lo lógico, el día que iniciasteis vuestros estudios con nosotros para que al finalizarlos la entregarais al olvido o nos la devolvierais. Os la entregamos precisamente hoy cuando dejáis de ser nuestros alumnos porque pretendemos que, a partir de ahora, os desempeñéis en vuestra vida profesional, social y personal haciendo honor a nuestros colores y a lo que ellos significan. Queremos que allá donde vayáis no sólo por vuestras aptitudes, sino, sobre todo, por vuestras actitudes todos os reconozcan como antiguos alumnos de la Universidad Pontificia Comillas. Que os hagáis notar por vuestra competencia profesional, por vuestra capacidad de trabajo y de servicio, por vuestra honradez y vuestra responsabilidad, por vuestro compromiso social y político con la justicia, por el entendimiento entre todos y por vuestros esfuerzos por conseguir la paz entre los grupos sociales y entre los pueblos. Todo ello redundará en vuestra felicidad, en el bienestar de la sociedad y también en el reconocimiento de nuestra Universidad por parte de los demás. No superaremos este momento de dificultades económicas y sociales que atravesamos confiando sólo en la suerte o en el esfuerzo de las demás personas o de otros países. Nada nos será regalado. Es preciso que cada uno de nosotros y la sociedad española en su conjunto aplique la única receta eficaz: esfuerzo y honradez. Y en ello habéis de ser líderes quienes os graduáis en nuestra Universidad.

Todo ello os lo pido convencido de que el empeño de la humanidad no se agota en esta vida que parece sino que el hombre trabaja, a veces sin saberlo, para la eternidad. Si los esfuerzos que la humanidad lleva milenios acumulando sobre la tierra, generación tras generación, en último término, sólo condujeran a los hombres a la nada, seríamos dignos de lástima y difícilmente podríamos escapar de la desesperación. Pero, gracias a Dios, no es así; todo lo bueno, lo justo, lo decente que construimos en esta vida lleva en sí la semilla de lo eterno. Nunca lo olvidéis: todo lo bueno que hagáis en vuestra vida quedará hecho y permanecerá vivo para siempre. Por eso con mi enhorabuena por haber acabado el programa de estudios que habíais elegido os doy también mi felicitación anticipada por todo el servicio a la sociedad, el esfuerzo por la justicia y el amor a todos, especialmente a los más necesitados, con que, a partir de ahora se va a llenar vuestra vida.

17, 18 y 19 de junio 2011

APERTURA DEL CURSO 2011-12

Esta vez celebramos el acto solemne de inauguración de curso en una fecha adelantada a la que desde hace tiempo venía siendo habitual. Tras el pasado curso, cuyo calendario nos ha servido de transición, a partir de éste ha quedado implantado también en nuestra Universidad el nuevo calendario que en los últimos años ha venido siendo adoptado por la mayoría de las universidades españolas. Acomodarnos a él, que supone un adelanto de un mes en todas las actividades académicas y de dos en la convocatoria extraordinaria de exámenes va a suponer, sin duda, un esfuerzo para todos al obligarnos a abandonar viejas costumbres. Como es propio del ser humano, que ha de ser capaz de aprender de sus errores y rectificar cuando la experiencia se lo aconseja, habremos de estar atentos para reflexionar y, si procede, corregir los aspectos cuyo funcionamiento no sea el adecuado.

Pero el calendario no es la única novedad que nos trae el nuevo curso. Una de las más relevantes es la entrada en funcionamiento del nuevo edificio construido en Canto Blanco, que además de alojar de modo adecuado el archivo de la Universidad, ampliar la disponibilidad de depósito y sala de lectura de nuestra biblioteca y proporcionar cómodas plazas de aparcamiento, acogerá las enseñanzas que se venían impartiendo en el edificio de la calle Quintana. Con ello el funcionamiento de la Facultad de Ciencias Humanas y Sociales queda unificado en una única sede y las instalaciones de nuestra biblioteca quedarán mejor adecuadas a los métodos pedagógicos inherentes al proceso de Bolonia y a las exigencias de un centro moderno de documentación y estudio. Quiero aprovechar esta mención para agradecer a profesores, alumnos y personal de administración y servicios de Canto Blanco la paciencia y la colaboración demostrada durante el pasado curso soportando las obras y los distintos traslados provisionales. No todo está concluido ya, pues, como estaba previsto, durante este curso deberemos completar el proyecto con la remodelación del antiguo edificio de Biblioteca además del adecentamiento del exterior y ornato de los jardines. Lo que significa que aún será necesario hacer acopio de buen ánimo para sobrellevar durante unos meses más molestias inevitables. Espero que cuando todo esté acabado podamos alegrarnos del esfuerzo realizado con el sentimiento de que ha merecido la pena. Como viene siendo habitual en los veranos, hemos realizado también otras obras menores en el resto de los edificios

de la Universidad, en concreto en éste que ahora nos acoge. Quiero expresar mi agradecimiento personal y en nombre de la Universidad al personal de Oficialía Mayor y a los técnicos y trabajadores de las diversas obras, cuya labor se ha visto sometida a un cierto *stress* de actividad, tanto para que el edificio de Canto Blanco estuviera listo en la fecha de comienzo de curso como para que las obras de mejora de Alberto Aguilera 23, no interfirieran en las actividades con las que nuestra Universidad ha colaborado, en el marco de UNIJES, con las Jornadas Mundiales de la Juventud.

A este respecto quiero felicitar al Servicio de Pastoral y agradecer a sus miembros y todos los alumnos, profesores y personal de administración y servicios que han dedicado a ello parte del tiempo de sus vacaciones de agosto, la labor realizada, para que nuestra Universidad con la colaboración de UNIJES haya llevado a cabo un programa coherente de evangelización como parte de las actividades de las Jornadas Mundiales de la Juventud. Todas las actividades con las que nuestra Universidad ha colaborado se han desarrollado a la perfección, de modo que hemos merecido la aprobación de la organización que nos ha hecho llegar su agradecimiento.

En otro orden de cosas debo mencionar que hace pocos días hemos vuelto a presentarnos, junto con las universidades de Deusto y Ramón Llull, a la convocatoria del Campus de Excelencia Internacional, con fundadas esperanzas de obtener la distinción que no nos fue concedida el año pasado. Hemos mejorado el proyecto sobre el presentado en la anterior convocatoria especialmente tras haber estrechado los lazos con Georgetown University, Fordham University y Boston College. Como digo, este año concurrimos a la convocatoria con renovadas esperanzas de ser seleccionados. Pero en todo caso, como ya manifesté hace ahora un año, cualquiera que sea el resultado de la convocatoria, el trabajo realizado es ya muy valioso para nuestras tres universidades, pues constituye un verdadero plan estratégico que nos señala la senda por donde deberemos caminar en el próximo futuro. Con la visita que hicimos los rectores y vicerrectores de investigación de nuestras tres universidades, en mayo pasado, a las mencionadas universidades norteamericanas hemos abierto campos de colaboración e investigación que a partir de ahora hemos de aprovechar y llenar de contenido.

En el curso que ahora comenzamos implantaremos cinco nuevos másters oficiales: *Máster Universitario en Interpretación de Conferencias* y *Máster Universitario en Traducción Jurídica Financiera* en la Facultad de Ciencias Humanas y Sociales, *Máster Universitario en Dirección Ejecutiva de Empresas* y *Máster*

Universitario en Supervisión de Entidades de Crédito en la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales y *Máster Universitario en Derecho Internacional y Europeo de los Negocios* en la Facultad de Derecho, con lo que alcanzamos un total de 28 títulos de Máster Universitario ya implantados en la Universidad.

Continuamos, pues, acomodando nuestras enseñanzas a la legislación española ahora vigente al hilo de la construcción del Espacio Europeo de Educación Superior. Cuando parecería que ya estábamos cerca de concluir esta acomodación vuelve a posarse sobre nosotros el espíritu de Penélope que teje y desteje el tapiz una y otra vez. A lo largo del presente curso deberemos acomodar al nuevo Real Decreto que regula los estudios de doctorado, publicado en enero de este año, los siete programas de doctorado que tenemos en la Universidad, dejando aparte, como es habitual, los programas de las Facultades de Teología y Derecho Canónico que se rigen por su propia legislación. Esta es probablemente la labor más importante de reorganización académica que habremos de llevar a cabo durante el presente curso.

Además continuaremos la labor comenzada el curso pasado de seguimiento de los títulos ya implantados en el marco del proceso de Bolonia. Como los miembros de la comunidad universitaria saben, estamos implicados en el plan piloto de la ANECA con media docena de títulos. Preparación estupenda que nos dará la experiencia necesaria para obtener la acreditación de nuestros títulos de grado y máster ya implantados. Recuerdo que los títulos de máster deben obtener la verificación a los cuatro años de su implantación y los títulos de grado a los seis años.

Así mismo hemos de renovar el plan de estudios de la titulación eclesial de Filosofía con el consiguiente cambio de Estatutos para acomodarlos al nuevo Decreto de Reforma de los Estudios Eclesiásticos de Filosofía, publicado por la Santa Sede también en enero de este año.

Finalmente durante este curso se producirá el relevo en el cargo de rector. Mi nombramiento concluye el 31 de marzo y, por tanto, de acuerdo con los Estatutos de la Universidad y el Reglamento de Elecciones, una vez que haya recibido la lista de candidatos propuestos por el Vice-Gran Canciller, convocaré al Senado de la Universidad para que, por su medio, la comunidad universitaria pueda manifestar su preferencia sobre quien haya de sucederme en el cargo. Como el proceso es largo y las situaciones de provisionalidad no son buenas es imprescindible que todos alejemos de nosotros la tentación de pensar que entramos en un período de gobierno de la Universidad en precario. Una vez

iniciado el proceso, cuanto antes de produzca el relevo será mejor, pero antes y después del relevo todos los miembros de la comunidad universitaria debemos continuar ejerciendo nuestras funciones y realizando nuestros trabajos con la normalidad habitual.

Con ser importantes todos estos puntos que acabo de mencionar, sin embargo no son ellos lo más relevante para la vida de la Universidad en este curso. Sin duda lo es el trabajo habitual que tanto profesores como alumnos y personal de administración y servicios hemos de realizar cada día. Trabajo que ha de caracterizarse por estar enmarcado en las dos palabras que pronuncié al entrar en el cargo de rector y que por ser éste mi último discurso de inauguración de curso me permito recordar: calidad y cualidad, es decir, identidad. La labor que desempeñamos cada día ha de distinguirse por su calidad y por testimoniar con las obras la identidad que con tanta frecuencia proclamamos con las palabras. Como guía de nuestra identidad nos puede servir el discurso pronunciado por el papa Benedicto XVI en el encuentro con jóvenes profesores universitarios celebrado en El Escorial el pasado 19 de septiembre, al que tuve el gusto de asistir acompañando a un grupo representativo de profesores, de quien quiero recordar algunas palabras:

“A veces se piensa que la misión de un profesor universitario sea hoy exclusivamente la de formar profesionales competentes y eficaces que satisfagan la demanda laboral en cada preciso momento. También se dice que lo único que se debe privilegiar en la presente coyuntura es la mera capacitación técnica. Ciertamente, cunde en la actualidad esa visión utilitarista de la educación, también la universitaria, difundida especialmente desde ámbitos extrauniversitarios. Sin embargo, vosotros que habéis vivido como yo la Universidad, y que la vivís ahora como docentes, sentís sin duda el anhelo de algo más elevado que corresponda a todas las dimensiones que constituyen al hombre. Sabemos que cuando la sola utilidad y el pragmatismo inmediato se erigen como criterio principal, las pérdidas pueden ser dramáticas: desde los abusos de una ciencia sin límites, más allá de ella misma, hasta el totalitarismo político que se aviva fácilmente cuando se elimina toda referencia superior al mero cálculo de poder. En cambio, la genuina idea de Universidad es precisamente lo que nos preserva de esa visión reduccionista y sesgada de lo humano”.

Hasta aquí la cita del papa. Lo principal del curso que comenzamos es, pues, formar a nuestros alumnos y desarrollar nuestra actividad investigadora desde

esta perspectiva humanista y de formación integral que desde sus orígenes ha marcado la identidad de los centros que constituyen nuestra Universidad.

A realizarlo en este curso que ahora comenzamos os convoco una vez más como lo he venido haciendo desde el curso 2003-04. En esta ocasión, de nuevo, con las mismas palabras del papa Benedicto XVI en El Escorial: “Os animo encarecidamente a no perder nunca dicha sensibilidad e ilusión por la verdad; a no olvidar que la enseñanza no es una escueta comunicación de contenidos, sino una formación de jóvenes a quienes habéis de comprender y querer, en quienes debéis suscitar esa sed de verdad que poseen en lo profundo y ese afán de superación. Sed para ellos estímulo y fortaleza”.

Concluyo agradeciendo la lección sobre el sentido de la existencia humana pronunciada por el profesor Miguel García-Baró de la Facultad de Ciencias Humanas y Sociales y la presencia en este acto de tantos amigos de la Universidad que han querido un año más acompañarnos y alentarnos en nuestra misión.

14 de septiembre de 2011

DÍA DE LA COMUNIDAD UNIVERSITARIA (2012)

Os agradezco a todos vuestra asistencia a este acto en el que celebramos el día de la comunidad universitaria festejando los logros y agradeciendo los servicios prestados a la Universidad por algunos de nuestros compañeros.

Hemos comenzado con la investidura como doctores de los veintiséis alumnos que durante el año 2011 han alcanzado el más alto grado académico. Recibid nuestra enhorabuena y nuestro deseo de que, a partir de ahora, en vuestra vida profesional y académica alcancéis los mejores éxitos, como presagia el valor de vuestra investigación doctoral. Por nuestra parte, nos quedamos con la satisfacción que nos produce constatar el alto número de tesis doctorales defendidas en nuestra Universidad durante este último año y su calidad creciente.

Desde el Día de la Comunidad Universitaria que celebramos el año pasado se han incorporado diez nuevos profesores propios en las distintas Facultades y Escuelas, a los que acabo de imponer nuestra medalla académica. Con ellos la Universidad ha alcanzado, por primera vez en su historia, la cifra de 214 entre profesores e investigadores propios. Al final de mi rectorado me permito hacer un breve balance. Desde diciembre de 2002 la Junta de Gobierno ha aprobado la incoación de 91 expedientes de incorporación como profesores propios y 70 de promoción a categorías superiores. A los profesores propios corresponde de modo propio desarrollar todas las funciones universitarias. Únicamente por medio de sus profesores e investigadores propios puede la Universidad expresar lo que es y realizar su misión. De ahí que la Universidad necesite, vuestro trabajo, sí, pero sobre todo vuestra fidelidad y vuestra lealtad. Ser profesor propio no puede considerarse sólo una categoría académica o laboral y ciertamente no es una prebenda. Es, sobre todo, un compromiso mutuo, libremente contraído, que implica una tarea pero que exige, sobre todo, la excelencia en su ejercicio. A los que celebráis hoy vuestra reciente incorporación como profesores propios a la Universidad os doy nuestra enhorabuena; pero esta enhorabuena se la doy también a la Universidad porque cuenta con vosotros, con vuestro servicio, con la calidad de vuestro trabajo y con vuestro amor a esta Universidad.

Quince, entre profesores y personal de administración y servicios, han alcanzado los 25 años de trabajo en la Universidad a los que se suma Ricardo Moreno, que ha alcanzado los 40 años de servicio. Javier Ezquerro, de la Facultad de Derecho, ha hablado en vuestro nombre, lo que todos le agradecemos.

A cuantos cumplen años de servicio a Comillas quiero dirigiros dos palabras en nombre de la Universidad: por una parte gracias por las capacidades, los esfuerzos derrochados y la calidad con la que lo habéis hecho. Os agradecemos vuestra generosidad, vuestra entrega a la obra común y la ilusión puesta en las cosas. Quiero también animaros a seguir adelante –lo mejor siempre está por venir– para que superando cualquier dificultad o desencuentro que haya podido haber en el pasado –25 años son muchos años– continuéis con más alegría y la misma generosidad al servicio de la Universidad y de su misión.

Es natural que el agradecimiento sea más amplio y profundo aún para quienes celebran en este acto, con su jubilación, el final de sus servicios profesionales a la Universidad. Agradezco al profesor Secundino Castro, de la Facultad de Teología, sus palabras con las que ha expresado los sentimientos de quienes han llegado al final de su dedicación a la Universidad. Aunque jubilación se relaciona etimológicamente con júbilo como le hemos escuchado, a veces en la fiesta de la jubilación se derraman algunas gotas de tristeza. Queremos enjugaros esas gotas de tristeza con el reconocimiento por nuestra parte del valor de vuestra labor y de la generosidad de vuestro servicio. A buen seguro que sin vosotros Comillas no hubiera llegado a ser lo que hoy es.

Mi felicitación también para cuantos han obtenido durante el año 2011 alguna de las distinciones que acabamos de entregar: A quienes han merecido Premio Extraordinario de fin de carrera en cada uno de las titulaciones, a aquellos cuya tesis doctoral se ha hecho acreedora de Mención Honorífica en las distintas Facultades, a los ganadores de los premios José M^a Ramón de San Pedro a la mejor tesis doctoral defendida cada dos años en la Facultad de Teología, del XIII Premio Santo P. Rubio, S.J. para avances en el conocimiento de la inmigración y la Mención Especial del Máster Universitario en Derecho de la Empresa. Es una lástima que el XI Premio Ignacio Ellacuría, S.J. de estudios de interés social haya quedado desierto. Sin duda es indicio de la calidad que el jurado ha querido exigir a los trabajos presentados y espero que no lo sea del escaso interés por parte de nuestros estudiantes por los temas de interés social. Desde ahora mismo animo a todos los estudiantes a ponerse a la tarea para que el año próximo podamos seguir otorgando este premio.

La vida universitaria no puede entenderse sin la emulación y la creatividad, ingredientes necesarios para caminar hacia la excelencia. Cuantos habéis recibido hoy alguno de estos premios sois ejemplo y estímulo para todos nosotros. No tanto porque nos gustaría ser premiados como vosotros sino porque nos

animáis a realizar nuestro trabajo con la creatividad y la perfección con que lo habéis hecho vosotros.

En el marco de esta fiesta quiero recordar que este año 2012 celebramos el aniversario de dos jesuitas insignes por su dedicación a la misión intelectual. Hemos alcanzado el quinto centenario del nacimiento del P. Diego Laínez, uno de los siete compañeros fundadores de la Compañía, que a la muerte de Ignacio le sucedió como Superior General. Parece que fue precisamente él quien tuvo la idea de que la Orden recién fundada abriera colegios y universidades. De modo que la Compañía unió a su primer carisma de estar dispuesta a discurrir con los pies para ir a cualquier parte del mundo a cumplir las misiones que el papa les quisiera encomendar, el carisma de discurrir con la cabeza en sus instituciones docentes formando a la juventud para ser buenos ciudadanos y buenos cristianos. En 1537 cuando contaba 25 años el papa Pablo III le encargó una cátedra en la Universidad La Sapienza de Roma y en 1546 le envió como perito al Concilio de Trento, en el que más tarde, una vez elegido General de la Compañía, participaría como padre conciliar. Fueron precisamente sus intervenciones en el Concilio y sus predicaciones fuera de él, pero al hilo de aquella asamblea, las que otorgaron a la Compañía naciente su prestigio teológico. En los siete años que duró su generalato se le ofreció la fundación de más de cien nuevos colegios pero aceptó únicamente diez, pues le preocupaba mucho más la calidad que la cantidad. Por eso promulgó la *Formula acceptandorum collegiorum*, en la que daba normas precisas a toda la Compañía sobre las condiciones imprescindibles para poder abrir un nuevo colegio.

Celebramos también el cuarto centenario de la muerte del P. Cristophorus Clavius. Enseñó durante 45 años geometría, aritmética, álgebra y astronomía en el Colegio Romano, hoy Universidad Gregoriana, y publicó libros de texto de estas disciplinas de los que se servían los estudiantes en toda Europa. Sabemos que, entre otros, Galileo los estudió y también Descartes aprendió en sus libros mientras fue alumno en el Colegio de La Flèche. Por mandato del papa Gregorio XIII formó parte de la comisión que llevó a cabo la reforma del calendario gregoriano. Considerado el iniciador de la tradición científica y matemática de la Compañía, fue uno de los primeros en insistir en la necesidad de las matemáticas para explicar los fenómenos naturales pues, según él “por la ignorancia de matemáticas algunos profesores cometieron muchos y gravísimos errores” y reconoce que “sin las matemáticas la filosofía natural está manca”. Por señalar una curiosidad, él fue el primero en colocar un punto para separar los

miles en los grandes números de donde derivó la costumbre de separar con un punto o una coma también los decimales.

En la Eucaristía que ha precedido a este acto hemos hecho memoria de Santo Tomás de Aquino. Acabo de recordar a Laínez y Clavius. Tres grandes académicos, teólogos los dos primeros y científico en sentido estricto Clavius y, al mismo tiempo, tres grandes creyentes. La búsqueda de la verdad acerca del funcionamiento del mundo y la pregunta por la verdad sobre la misma existencia del mundo y su sentido no son búsquedas incompatibles sino, más bien al contrario, búsquedas interrelacionadas, que se alimentan mutuamente. Me atrevería a decir que sin la búsqueda de la verdad no sólo por caminos intelectuales sino por el camino de la experiencia religiosa, de la mística en último término, la comprensión del funcionamiento del mundo queda cercenada.

Muchas gracias.

26 de enero de 2012

DESPEDIDA EN EL CARGO DE RECTOR

Podemos leer en el libro de Job que “el hombre está en la tierra cumpliendo un servicio, sus días son los de un jornalero... que corren más que la lanzadera” (cf. Job 7,1.6). Mi primer sentimiento al producirse mi relevo en el rectorado de la Universidad coincide con esta vivencia de Job. En primer lugar, porque estos nueve años bien cumplidos, durante los que he desempeñado el cargo de rector, se me han pasado muy rápidamente, han discurrido más veloces que la lanzadera de Job. Durante este tiempo he sido feliz, creo que porque la felicidad se genera de dentro para afuera y no de fuera para adentro. A sentirme feliz ha contribuido sin duda el hecho de que he vivido este tiempo convencido de que desempeñaba un servicio —que me encomendó en su día la Compañía de Jesús—, a la Universidad, a la misión de la Compañía, a la Iglesia y a la sociedad.

Hoy no es un día para hacer memoria ni balance y menos aún autocrítica. Lo más importante es que hoy la Universidad inicia una nueva etapa bajo la dirección de un nuevo rector y, por tanto, se abre al futuro con la renacida esperanza que suele acompañar los cambios. Pero aun no siendo momento para hacer balance sí necesito echar la vista atrás, siquiera un momento, para dar gracias y para pedir perdón.

No puedo abandonar el Rectorado sin dar, en primer lugar, gracias a Dios que, valiéndose de mediaciones humanas, me encargó esta misión y durante estos nueve años me ha concedido salud y buen ánimo para llevarla a cabo. Y junto con la acción de gracias a Dios quiero dar las gracias también a un sinnúmero de personas que me han ayudado y han colaborado en la tarea. Ante todo a las tres vicerrectoras, cinco vicerrectores y tres secretarías generales que me han secundado en la dirección de la Universidad —no menciono sus nombres porque están en la mente de todos—; a los decanos de facultades, directores de escuelas y delegados de alumnos que se han ido sucediendo en la Junta de Gobierno; a Carmen Quiñones, que sin haber llegado a tejer mis canas, como dice la canción de Juan Carlos Calderón, sí ha hecho de un despacho mi morada y, ayudándome a mí, ha servido a la Universidad con eficacia y discreción. También quiero agradecer su colaboración a todos los miembros de la comunidad universitaria, asociaciones de antiguos alumnos, familias de nuestros estudiantes, despachos y empresas que han colaborado con nosotros, de tantos modos:

con prácticas, dando empleo a nuestros alumnos, patrocinando nuestras actividades o sencillamente desde su cercanía y su apoyo.

En estos nueve años ha habido tiempo para hacer muchas cosas. En este momento la Universidad se encuentra económicamente saneada y equilibrada. Lo hemos conseguido gracias al esfuerzo de todos, a la calidad de nuestra oferta formativa y al control de gastos establecido desde el rectorado. Hemos procedido a una racionalización del profesorado y del personal de administración y servicios así como de sus ocupaciones. Una vez más he de repetir que para mantener esa situación es imprescindible no bajar la guardia. Durante este tiempo ha crecido de modo significativo la actividad investigadora y hemos llevado a cabo el llamado proceso de Bolonia, casi por completo, atendiendo a los requerimientos de cuatro legislaciones civiles distintas cuando no contrarias, aparte de la legislación canónica, que también ha cambiado en estos años, y hemos avanzado mucho en la internacionalización de la Universidad. Es obvio que aún quedan cosas por hacer y seguramente algunas de las hechas deberán ser revisadas. Nos falta la aprobación e implantación de algunos másters y espero que antes de que concluya el curso se puedan someter a la ANECA los siete programas de doctorado acomodados a la más reciente legislación. Durante este tiempo hemos construido un edificio nuevo en Canto Blanco al tiempo que hemos renovado y reformado todos los demás. También hemos mejorado mucho en dotaciones informáticas tanto de hardware como de software y hemos realizado importantes inversiones en equipamiento de todo tipo.

Creo que durante estos años nuestra identidad como Universidad Católica y de la Compañía de Jesús se ha visto reforzada y consolidada en la línea querida por la Compañía de Jesús, y formulada en sus últimas Congregaciones Generales, que implica el diálogo con otras cosmovisiones humanas y religiosas. Los rasgos y valores de nuestra identidad no se imponen a nadie sino que se proponen a todos: alumnos, profesores y colaboradores a los que se invita a sumarse de corazón, con generosidad y libremente a un proyecto cuya más profunda raíz es servir a la misión de Cristo.

En fin, he dicho que no era el momento de hacer balance y quiero mantenerme fiel a mis palabras. Sin embargo, he recordado unos pocos aspectos, aunque relevantes, de lo realizado durante estos años para agradecer de verdad la colaboración de cuantos lo han hecho posible. Es obvio que con las solas fuerzas de un rector no se podría haber conseguido nada. Por eso quiero agradecer la ayuda y el apoyo de la mayor y mejor parte de la Universidad, a cuya

inteligencia, trabajo y compromiso con la obra común se debe cuanto se ha hecho.

Cuando Samuel se despide como juez, tras haber ungido a Saúl como rey de Israel, dice a los jefes de las tribus lo siguiente: “He caminado con vosotros desde mi juventud hasta el día de hoy. Aquí estoy. Declarad contra mí ante el Señor y ante su Ungido. ¿A quién he tomado el buey o a quién el asno? ¿A quién he oprimido o a quién he hecho mal? ¿De quién he aceptado soborno para hacer la vista gorda a su caso?... Respondieron: No nos has oprimido, ni nos has maltratado, ni has aceptado nada de nadie” (1Sam 12,1-5). Sinceramente, creo que yo podría repetir las palabras de Samuel y que la comunidad universitaria podría también responder con palabras parecidas a las de los israelitas. Desde el principio de mi rectorado me propuse que todas y cada una de mis decisiones y actuaciones fueran tales que pudieran publicarse en el periódico del día siguiente o contarse en el telediario de la tarde. Creo que lo he cumplido siempre. Pero quiero pedir perdón por si alguien se ha sentido ofendido, preterido o maltratado. Como dice San Pablo en la primera carta que escribió a los Corintios: “Ni siquiera yo me pido cuentas” (1Co 4,4). En todo caso debo pedir perdón por las ocasiones perdidas, por no haber tenido todas las iniciativas posibles o convenientes y por aquellas veces en que me haya faltado impulso, ánimo o generosidad.

Pero ahora toca mirar al futuro. La Universidad inicia una nueva etapa con un nuevo rector al frente. A mi sucesor únicamente quiero decirle una palabra para desearle los mejores éxitos al frente de la Universidad. Cualquier éxito del rector será un éxito para la Universidad. Y con la confianza que me da conocer al profesor Julio Martínez desde que era novicio jesuita, haber sido su superior durante los primeros años de su formación teológica y también su profesor en la Facultad de Teología, me siento autorizado a recordar ahora unas palabras que el rey Fernando III el Santo, según cuenta la Primera Crónica General de España, dirigió poco antes de morir, a su hijo Alfonso, que las personas inteligentes que me escuchan sabrán interpretar inteligentemente. Le dijo: *“fijo, rico fincas de tierra et de muchos buenos vasallos, mas que rey que en la cristiandat ssea; punna en fazer bien et ser bueno, ca bien as con que”*. Et dixol mas: *“Sennor te dexo de toda la tierra de la mar aca, que los moros del rey Rodrigo de Espanna ganado ouieron; et en tu sennorio finca toda: la vna conquerida, la otra tributada. Sy la en este estado en que te la yo dexo la sopieres guardar, eres tan buen rey commo yo; et sy ganares por ti mas, eres meior que yo; et si desto menguas, non eres tan bueno commo yo»...*

A partir del próximo curso volveré a mis ocupaciones académicas en la Facultad de Teología donde todos los miembros de la comunidad universitaria podéis encontrar un amigo para todo aquello en que os pueda servir y esté en mi mano. Y a partir de hoy mismo trataré de comprobar si tenía razón aquel viejo rector de la Universidad de Murcia a quien se atribuye la frase según la cual “lo mejor de ser rector es haberlo sido”.

Muchas gracias por vuestra atención.

23 de abril de 2012

